





LOS  
**IN-**  
SOSPECHABLES



## HEBDOMEROS

vanilla planifolia

LOS  
IN-  
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA  
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL  
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL  
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES  
Tres laboratorio visual  
Jorge Brozon | Rafael Rodríguez

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL  
*Hebdomeros*, 1929  
© Flammarion

DE LA TRADUCCIÓN: Conrado Tostado

D.R. © Vanilla Planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-95650-4-6

[www.vanillaplanifolia.com](http://www.vanillaplanifolia.com) | [info@vanillaplanifolia.net](mailto:info@vanillaplanifolia.net)

Se autoriza reproducir, transmitir, comunicar o almacenar el contenido de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente de la que se obtuvo.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

# HEBDOMEROS

GIORGIO DE CHIRICO

TRADUCCIÓN | CONRADO TOSTADO





...Y BIEN, AQUÍ EMPIEZA LA VISITA A AQUEL EXTRAÑO EDIFICIO ubicado en una calle austera, aunque distinguida y sin tristeza. Visto por fuera, parecía un consulado alemán en Melbourne. Toda la planta baja estaba ocupada por grandes tiendas. Y si bien no era domingo ni día feriado, éstas permanecían cerradas, lo cual daba a esa parte de la calle un aire de melancólico aburrimiento, cierta desolación, como esa atmósfera singular que tienen las aldeas anglosajonas en domingo. Flotaba en el aire un ligero olor a muelle, a ese indefinible y muy sugerente aroma que se desprende de las bodegas de mercancías localizadas en los muelles. Por lo demás, ese aspecto de consulado alemán en Melbourne era la impresión estrictamente personal de Hebdomeros y, de hecho, cuando lo comentó con sus amigos, se rieron; la comparación les pareció *graciosa* pero no insistieron, cambiaron de tema enseguida y Hebdomeros concluyó que quizá no habían entendido bien el sentido de sus palabras. Pensó en la dificultad de darse a entender cuando uno ha alcanzado cierta altura o profundidad.

“¡Qué curioso, se repetía Hebdomeros, la idea de que cualquier asunto escapara de mi comprensión, me impediría dormir, sin embargo, la gente, por lo general, puede ver, oír o leer cosas completamente oscuras para ellos sin perturbarse!”. Comenzaron a subir la gran escalera construida enteramente de madera barnizada; en medio, tenía un tapete y, al pie, sobre una pequeña columna dórica tallada en roble, donde remataba la rampa, se erguía una estatua policroma también de madera que representaba a un negro californiano sosteniendo, con los brazos sobre su cabeza, una lámpara de gas cuyo mechero estaba cubierto con una funda de amianto. Hebdomeros tenía la impresión de subir hacia un consultorio de dentista o de un

médico especializado en enfermedades venéreas; estaba ligeramente emocionado y sentía como el inicio de un cólico; intentó superar su turbación pensando que no estaba solo, que lo acompañaban dos amigos robustos y deportistas, armados con pistolas automáticas y cargadores de repuesto en los bolsillos traseros de sus pantalones. Al darse cuenta de que se acercaban al piso que, según les habían dicho, era el más rico en apariciones extrañas, comenzaron a subir más lentamente, sobre la punta de sus pies, y poniendo más atención. Se apartaron un poco, aunque mantuvieron la distancia para poder bajar la escalera con el máximo de rapidez y libertad, en caso de que alguna aparición de tipo particular los obligara a hacerlo. Hebdomeros pensó, en ese instante, en sus sueños de infancia, cuando subía con angustia y bajo una luz indecisa escaleras amplias de madera barnizada, en las que un espeso tapete amortiguaba el ruido de los pasos —de cualquier modo, sus zapatos crujían rara vez, pues los mandaba a hacer a la medida con un zapatero de apellido Perpignani, a quien toda la ciudad conocía por la buena calidad de sus pieles; todo lo contrario del padre de Hebdomeros quien carecía de la menor habilidad para comprar zapatos, de allí que hiciera un ruido abominable, como si a cada paso aplastara una bolsa de avellanas—. De pronto, aparecía el oso, aquel oso obstinado y perturbador que lo seguía por pasillos y escaleras, con la cabeza baja, como si pensara en otra cosa y, luego, la fuga desesperada, cruzando recámaras de salidas complicadas, el salto al vacío, por la ventana (suicidio en sueños) y el descenso, planeando, como esos hombres-cóndor que le gustaba dibujar a Leonardo, entre catapultas y partes anatómicas. Aquel sueño predecía contratiempos y, sobre todo, enfermedades.

“¡Henos aquí!”, dijo Hebdomeros extendiendo el brazo ante sus compañeros con el clásico gesto del capitán conciliador que frena el impulso de sus soldados. Llegaron al umbral de una amplia sala, de techos altos, decorada a la moda de 1880. La iluminación y el tono general de la habitación, completamente desprovista de muebles, hacía pensar en los salones de juego de Monte Carlo. En una esquina, dos gladiadores con

escafandras se ejercitaban sin convicción bajo la abúlica mirada del profesor, un gladiador retirado con ojos de buitre y cuerpo cubierto de cicatrices. “¡Gladiadores! Esa palabra contiene un enigma”, dijo Hebdomeros en voz baja a su compañero más joven. Y pensó en los *music-halls*, cuyos techos luminosos evocan las visiones del paraíso dantesco; también pensó en los atardeceres romanos al final del espectáculo, cuando el sol declina y el inmenso velarium alarga su sombra sobre una arena olorosa a aserrín y una grava impregnada de sangre...

Visión romana, frescura antigua  
Zozobra del anochecer, canción náutica.\*

Otra vez puertas capitoné y corredores breves y vacíos, luego, de golpe: ¡la sociedad! Ir por el mundo. Hacer una vida mundana. Reglas de sociedad. Saber vivir. Invitaciones. P. A. C. (Por Amable Conducto). N. R. D. A. (Nos Reservamos el Derecho de Admisión). R. S. V. P. (*Reservez S'il Vous Plaît*). En una esquina de la sala, un enorme piano de cola abierto, del que, sin necesidad de levantarse sobre la punta de los pies, se veían sus complicadas entrañas y la clara anatomía de su interior. No era difícil imaginar la catástrofe si alguno de los candiles, llenos de velas de cera azul y rosa encendidas cayera sobre el piano. ¡Qué desastre en aquel remolino melógeno! La cera derramándose sobre las tensas cuerdas metálicas, como el arco de Ulises e impidiendo el juego preciso de los martinetes forrados de fieltro. “¡Ni pensarlo!”, dijo Hebdomeros, volviéndose a sus compañeros y los tres, entonces, tomados de la mano como para enfrentar un peligro, vieron en silencio, con los ojos bien abiertos, un espectáculo desconcertante: imaginaron que navegaban en un moderno submarino y que descubrían, a través de las claraboyas, los misterios de la flora y la fauna del océano. Por lo demás, el espectáculo que presenciaban tenía ciertamente algo subacuático que recordaba esos enormes acuarios, aunque sólo fuera por su luz difusa y sin sombras. Un silencio,

\* *Vision romaine, fraîcheur antique / Angoisse du soir; chanson nautique.*

extraño e inexplicable pesaba en el escenario: el pianista, sentado ante su instrumento, tocaba *sin hacer ruido* y no se veía porque, después de todo, no había nada en él digno de verse, los personajes del drama giraban en torno al piano, con tazas de café en las manos y gestos y movimientos de saltarines filmados en cámara lenta. Toda esa gente vivía en un mundo propio, aparte, *ignoraban todo*; nunca habían escuchado una sola palabra de la guerra de los bóers ni de la catástrofe de la Martinica; eran incapaces de reconocerlos porque nunca los habían conocido; nada los perturbaba, nada entraba en contacto con ellos: ni el ácido prúsico ni el bisturí, ni las balas blindadas. Si a un *rebelde* (por llamarlo así) se le hubiera ocurrido encender la mecha de un aparato explosivo, los cincuenta kilogramos de melinita alojados en su interior habrían ardido lentamente, silbando como leña húmeda. Algo, en todo eso, resultaba desesperante. Hebdomeros suponía que era efecto del ambiente, de la atmósfera y no conocía ningún remedio, lo único que se podía hacer era vivir y dejar vivir. Pero, *that is the question*: ¿realmente estaban vivos?... Era difícil responderlo, sobre todo así, de pronto, sin dedicar al tema algunas noches de profunda meditación, como hacía Hebdomeros cada vez que algún problema complicado asediaba su espíritu.

Además, temía iniciar una discusión con sus amigos, sobre las eternas preguntas: ¿qué es la vida?, ¿qué es la muerte?, ¿es posible la vida en otros planetas?, ¿cree usted en la metempsicosis, en la inmortalidad del alma, en la inviolabilidad de las leyes naturales, en los fantasmas que predicen catástrofes, en el subconsciente de los perros, en los sueños con búhos, en lo enigmático de los grillos, de las cabezas de codorniz y de los ocelos en las pieles de los leopardos? Este tipo de discusiones lo horrorizaban, aunque en el fondo se sintiera instintivamente atraído por el lado enigmático de los seres y las cosas. Eran los otros, los que debatían con él, quienes le inspiraban desconfianza; temía su amor propio, su despecho, su histeria; no quería despertar sentimientos complejos en sus amigos; de hecho, también temía su admiración; todos esos ¡*Formidable!* ¡*Insólito!* ¡*Sorprendente!*!, le producían un placer muy mediocre y terminaban irritándolo.

Su única dicha consistía en que no se ocuparan de él, *de ninguna manera*; vestirse como todo el mundo; pasar desapercibido; jamás sentir a su espalda o a sus costados la flecha de una mirada, así fuera bondadosa. O bien, es cierto, quisiera que se ocuparan de él, pero de otra manera: gozar de las ventajas y las satisfacciones de la gloria, sin padecer sus inconvenientes. En una palabra, ¡sibaritismo!

Ej.: El vaso roto era muy caro.

Ej.: La puerta cerrada no cedía.

Tomemos el ejemplo del vaso roto. Esa reputación de niño-mártir, a quien su madrastra asestaba una andanada de golpes con cualquier pretexto, era completamente falsa, uno se daba cuenta de inmediato cuando toda la familia se había reunido en el comedor, en torno a los añicos del famoso vaso de Rodas que durante noventa y dos años coronó la vitrina. Los siete miembros de la familia observaban esos añicos blancuzcos con la mirada baja, las manos abiertas sobre las rodillas flexionadas y los codos hacia fuera, como si estuvieran sentados en un banco invisible. Pero nadie se movía, nadie *lo acusaba*. Miraban con la misma curiosidad con la que algunos arqueólogos verían aparecer una estatua desenterrada o con la que un grupo de paleontólogos apasionados miraría el fósil que la pala nuevamente trajo a la luz del día.

Se hablaba de pegar los añicos y cada quien emitía su opinión al respecto. Algunos pretendían conocer a especialistas que realizaban este tipo de trabajos de una manera tan perfecta que más tarde resultaba imposible distinguir fisura alguna. El ama de casa (a quien el barrio entero acusaba de ser la pesadilla del joven Aquiles) resultaba la menos trastornada de todos y, de hecho, fue la primera en romper el hechizo de la contemplación. El hermano de Aquiles afirmaba que la manera en que los añicos habían quedado dispersos sobre la duela contribuía, con mucho, a la fascinación de los siete miembros de la familia. Los añicos, en efecto, estaban dispuestos en forma de trapecio, como esa constelación tan conocida, y la idea de un cielo al

revés encantó a esas buenas personas, al grado de inmovilizarlas, de modo que, salvo por el hecho de que miraban hacia abajo y no hacia arriba, resultaban dignas colegas de los primeros astrónomos caldeos o babilonios, que a lo largo de hermosas noches de verano velaban acostados sobre terrazas, con las caras vueltas hacia las estrellas. Pero nadie entraba al cuarto vecino. Allá estaban el aparador, la tetera de plata y el temor a las grandes cucarachas negras al fondo de trastes vacíos. Hebdomeros jamás pensó en asociar, en su imaginación, la idea de las cucarachas con la de los peces, sin embargo, las palabras *grande* y *negro* le recordaban esa punzante escena, en parte homérica y en parte byroniana, entrevista alguna vez hacia el atardecer en los rocosos litorales de una árida isla. Para Hebdomeros, la escena resultaba una fuente de decepción, seguida de un sentimiento de que se auto traicionaba. El mar estaba liso y reflejaba perfectamente el cielo iluminado por el ocaso. Cada cierto tiempo, con la regularidad de un cronómetro, una ola larga nacía a cierta distancia de la orilla, crecía, aceleraba su carrera y venía a abatirse precipitadamente sobre la arena, en medio de un ruido de trueno partido a la mitad. Entre una ola y otra reinaban el silencio y la calma más absolutos. En ese escenario, Hebdomeros escuchó por primera vez la súplica de la esposa del pescador. Al principio, pensó que el pescador ya se había alejado en su barca, mar adentro y le fue imposible no ver en la letra de la canción un mal augurio para los pescadores, algo que de un modo fatal, tarde o temprano, acarrearía alguna desgracia a esos hombres, expuestos continuamente a los peligros de las tempestades:

Haz de mis brazos remos y de mis trenzas, cuerdas  
Pues grandes peces negros podrían devorarte  
En la profundidad de las hondas aguas.\*

Por fortuna, su angustia fue corta ese día, pues instantes más tarde entrevió, a una treintena de pasos, al pescador remendando

\* *Fais de mes bras des avirons et de mes tresses des cordages / Car les grands poissons noirs pourraient te dévorer / Au fond des eaux profondes.*

tranquilamente sus redes, cerca de su choza. Un ventarrón, al abrir la puerta, lo puso al alcance de su vista. Este episodio trajo al alma de Hebdomeros una vaga tristeza mezclada con un sentimiento de decepción. Después de todo, debería alegrarle pensar que, en lugar de que lo devoraran grandes peces negros en la profundidad de las aguas, el pescador remendaba con tranquilidad sus redes en el tranco de su choza. Pero así es la naturaleza de los hombres, golosa de dramas, de tragedias. Siempre nos decepciona cuando, al acercarnos a un círculo de gente en la calle, vemos que se trata simplemente de un vendedor de portaplumas rodeado de mirones, cuando de lejos nos imaginábamos catástrofes horribles, automóviles reducidos a polvo y hombres vueltos papilla; o bien, cuando en presencia de dos individuos exaltados, que se insultan con violencia, vemos que su querrela se resuelve sin llegar a las manos, sin que nos regalen el espectáculo de un magnífico encuentro de box a puño limpio, de éstos con los que el cine estadounidense se muestra tan pródigo y en cambio, el cine francés, ¡lástima!, y con toda razón, avaro. Hebdomeros pensó todo esto al examinar y analizar su estado de ánimo; acabó por avergonzarse de lo que sentía y se dirigió a su hotel para la cena, sonrojándose como una casta doncella que, al perseguir tras un arbusto a una locuaz mariposa, se encontrara súbitamente en presencia de un macho adulto en cuclillas y con los pantalones abajo, satisfaciendo un deseo imperioso y natural.

La cena en el pequeño jardín del hotel, cubierto de guijarros pulidos, resultó triste para esos dos hombres con barbas de sátiros, chalecos arrugados de tela blanca y deslavada, con complicados dijes en las cadenas de sus relojes. Uno de ellos declaraba que, a veces en la noche, se despertaba con hambre hasta que adoptó la costumbre de pedir a la sirvienta que, a la hora de preparar la cama, dejara un gran tazón de leche en la mesa de noche, así, una vez acostado, antes de dormir, tomaba el tazón, lo elevaba como para una libación y lo vaciaba de un trago. El otro, más brutal aunque con mayor edad, contaba que en las noches de verano, cuando la ciudad estaba casi desierta (los habitantes se refugiaban de la canícula a la orilla del mar

o en el campo), se paseaba a las tres de la mañana por la avenida de los Limoneros del brazo de dos damas jóvenes y de costumbres ligeras. Mientras escuchaba distraídamente tales conversaciones, Hebdomeros buscaba en su memoria cierta remembranza sin lograr precisarla. Recordaba vagamente un cuarto sin ventanas hacia el mar. Por esa única abertura, expuesta al norte y que confería al cuarto una claridad de estudio, se percibía a lo lejos parte de esa montaña que, del otro lado, descendía hacia el golfo y, más cerca, árboles, sobre todo pinos. Los violentos vendavales que con frecuencia llegaban del mar los habían doblado en poses estéticas de bailarinas exóticas. En ese momento, esto contrastaba de una manera muy curiosa con la calma absoluta que reinaba en la atmósfera: en la claridad de este bello día de octubre, los desdichados pinos parecían condenados al purgatorio de una tempestad perpetua, y detrás de ellos, al norte (del lado diametralmente opuesto al mar), el horizonte brillaba con una pureza helvética. Hebdomeros pensó entonces en Basilea, en los puentes sobre el Rin que voltea, con violencia torrencial, sus olas color esmeralda. Más allá, heroicas montañas elevaban sus cimas encapuchadas de nieve brillando al sol. Allí se encontraban las célebres cavernas habitadas por semidioses que de jóvenes se mostraban belicosos y fanfarrones. Pero, más tarde, en el otoño de sus vidas, cuando se acercaba el momento de cruzar el umbral para penetrar en el dulce reino de los eternos, se volvían sabios y poetas; entonces, con una desaprensión de pederastas platónicos, enseñaban a sus nietos el arte de preparar medicinas macerando plantas amargas y el de tañer la lira, enorme y pesada como una catedral en miniatura. Y aunque el otoño despojara de sus hojas a los árboles centenarios, todo ese vasto horizonte retintineaba de inmortalidad.

Frente a esos santuarios donde, bajo losas intangibles terminaban de oxidarse y podrirse las sagradas armas de Heracles, velaban guerreros barbados de perfil purísimo e impregnado de belleza viril. A lo largo de los muros de tabique, del lado que nunca llegaban los rayos del sol, trepaba la hiedra y verdeaba el musgo. Era la época cuando Valtador sacaba de sus cajas los



tapices apelmazados y sacudía la naftalina con la que estaban cubiertos...

Vientos de playas  
Bellos tiempos  
Noches de tormentas  
estivales.\*

Ya había pasado el verano ardiente de las cenas en la playa. Hebdomeros recordaba esas cenas a base de salmonetes descompuestos que envenenaban a los bañistas y los hacían retorcerse toda la noche, presas de cólicos en sus cuartos de hotel, entre sábanas calientes por la canícula, en medio de una atmósfera irrespirable, donde el olor del linóleo se mezclaba con el de los baños sucios; por la ventana abierta, entraba a intervalos regulares el ruido de las olas que reventaban abajo, en alguna parte, en la oscuridad.

En este momento había que levantarse y salir. Hacía rato que esa idea preocupaba a Hebdomeros. Los pavos reales, que arrastraban sus colas oceladas bajo los árboles del gran jardín descuidado, caracterizaban muy bien, con sus gritos desgarradores, la *atmósfera* tan especial de esta fachada de villa pasada de moda, cuya larga veranda estaba repleta de plantas y flores artificiales. El gran problema ahora era salir. En ciertos momentos, eso podía hacerse sin dificultad: por ejemplo, durante una velada, cuando todo el mundo conversa y gesticula y los invitados pasan de una sala a otra, entretenidos en hacerse los listos y en concluir brillantemente las conversaciones; entonces resulta un juego de niños escabullirse entre los invitados y despedirse a la inglesa; por el contrario, hay otros cuando resulta mucho más difícil. Al menos eso pensaba Hebdomeros, en medio de la sala, rodeado de todas esas prostitutas quincuagenarias, severas como aeropagitas intransigentes, con los brazos hercúleos cruzados sobre sus pechos hipertrofiados, en poses de luchador frente al fotógrafo. Sus agresivas miradas convergían sobre él,

\* *Vents des plages / Temps très beaux / Soir d'orages / estivaux.*

como la artillería de una escuadra contra la fortaleza enemiga. Ningún ser humano hubiera tenido el valor de levantarse y salir del centro de ese círculo alerta e infernal. De allí que Hebdomeros prefiriera quedarse y fingir interés en todos esos cuadros y objetos de arte, muy mediocres por cierto, que conocía de memoria desde su infancia. Y se dejó ir con el arrullo de una hora redescubierta: el crepúsculo, jardines en la bruma de la noche, cuarteles de artillería, temblores de tierra, sismos, como decían los diarios; todo el barrio pasaba la noche fuera: los colchones se habían arrojado por las ventanas y dispuesto, más tarde, sobre la plaza principal, en torno a la estatua de un político con levita y un rollo de piedra en la mano, donde el autor del monumento había grabado su nombre y la fecha de ejecución de la obra. Otros afirmaban que se esperaba un cometa y con él, como precedían los libros de astrología, el fin del mundo. Juventud de serenatas al pie de las necrópolis blanquísimas, bajo el claro de luna, y luego esas noches realmente extraordinarias, cuando caían cascadas de flores y se levantaban ofrendas infinitas sobre las solitarias orillas de un mar cuyas olas arrastraban rosas y rosas innumerables; y todo eso para encontrarse ahora entre tantos perseverantes, en esta inmensa casa de vidrio, persiguiendo un ideal fugitivo. De allí que pasara noches enteras sentado en su cama, con el rostro hundido entre las manos, mientras, sobre la mesa, entre la pipa y la bolsa de tabaco, se consumía la vela, deformada por el escurrimiento de la cera; en esos momentos, sin embargo, llegaba a abrirse la pared de enfrente, como el telón de un teatro y surgían espectáculos, algunas veces espantosos, otras sublimes o encantadores: podía ser un océano en tempestad, con duendes asquerosos, haciendo muecas y gesticulando hostilmente sobre la cresta espumosa de las olas, o bien, un paisaje primaveral de una poesía y una tranquilidad desconcertantes: laderas reverdecientes y tiernas flanqueaban un sendero cuyos bordes eran sombreados por los almendros en flor. Sobre ese sendero, vestida toda de blanco, una mujer de semblante pensativo y grave caminaba lentamente. “Eso no es nada, decía Hebdomeros, comparado con lo que era esta ciudad en las noches

de verano”. Partenagogé, pedagogé, efebogogé, esa construcción más bien baja y perfectamente proporcionada parecía un juguete enorme que, tras muchos intentos, se había colocado en su sitio definitivo. Su fachada daba al sur, es decir, al mar y su popa, al norte. Y sobre esa popa, los niños soñadores venían a acodarse, pues el norte los atraía más que cualquier otro punto cardinal; más tarde también sentirían atracción por el oeste, pero por el momento, sólo existía el norte para ellos. A mediodía, durante esas estaciones intermedias que son el otoño y la primavera, el cielo era azul como un trozo de papel extendido, sin esa franja más clara hacia el horizonte; azul por todas partes, de arriba abajo: un auténtico techo se extendía sobre la ciudad. En esos días de felicidad suprema, el sentido de los puntos cardinales y, en general, de la orientación, desaparecía para ese joven mundo de vírgenes-atletas y de efebos-gimnastas, que se entrenaban sobre pistas luminosas. A veces, las muchachas que volaban sobre la arena, como ciervas con pies de bronce, ganaban copas de plata maciza y coronas de laurel. Los niños y los efebos se encontraban en la misma situación, y quienes, en otro momento, soñaban con el norte, olvidaban sus ensueños. Sí, ese joven mundo vivía, sin saberlo, una de las horas más profundas de su vida. Los efebos que practicaban en la palestra y los niños que aún se divertían construyendo en la arena o tendiendo trampas con aceitunas negras a los mirlos silbadores, serían llamados, tarde o temprano, a gobernar los asuntos públicos o a defender, espada en mano, el suelo sagrado de la patria; incluso, a negociar o a construir, a esculpir guerreros y grandes políticos, para que sus efigies, desnudas o vestidas según la moda de su época, se irguiesen sobre las sombras apacibles de grandes jardines llenos de nodrizas.

También serían llamados, quizá, a explorar países lejanos, y por las noches se recogerían en carretas adaptadas como casas rodantes y dormirían entre aullidos de hienas y chacales, agotados por un día de cacería, o bien, negociarían con países vecinos, comprarían y venderían mercancías embaladas en bultos regulares, atados y similares entre sí como hermanos. Sí, resultaba claro que todo ese mundo joven vivía la hora de su

*eterno presente*. En adelante, sólo sería cuestión de horas, pues la naturaleza, que en todo es sabia (o al menos a eso aspira), no dejaría que esa felicidad tan profunda y con orígenes tan delicados durara demasiado, pues demasiada felicidad, lo mismo que demasiado infortunio, podría dañar la salud moral de esos jóvenes sensibles e impulsivos. Sólo los domingos, días de reposo, eran menos felices en el resto de la ciudad. La alegría persistía en aquel reducto de los espíritus puros, gracias al trabajo febril de los obreros, que querían terminar todo en la fecha prevista. ¡Qué cantos de alegría los de esos hombres, felices de poner manos a la obra! Una vez más, el trabajo, el trabajo regular y cotidiano, salvaba del abismo a esos espíritus obsesionados con altas especulaciones metafísicas. Incluso tarde, durante la noche, cuando toda la ciudad dormía bajo el cielo lleno de estrellas, el feliz ruido del trabajo retintineaba bajo los pórticos interiores del edificio. Todo funcionaba, progresaba, iba hacia delante a pasos agigantados y por fin llegaba a esa tarde memorable (ya que toda la mañana, hasta mediodía, se vivió la fiebre de los últimos retoques y el acabado de trabajos prácticamente concluidos, bajo el sol ardiente de un verano prematuro). Los limoneros despedían un fuerte olor y él cantaba con voz potente y melodiosa; a ratos cantaba suavemente y en sordina, como si quisiera contar a un círculo íntimo, a gente nacida para comprenderlo, el gran dolor de un bandido que es llevado al calabozo: ¡Adiós, altas montañas, peñas escarpadas! ¡Noches que la luna bañó con su dulce luz, adiós! ¡No padezco ninguna enfermedad, pero moriré!

¡Resultaba tan bello, tan sobrecogedor! Mientras tanto, en las ventanas iluminadas de esa casa, con cierto aire de alcaldía y de colegio, se perfilaban sombras; siluetas tan precisas que uno podría reconocerlas perfectamente en la calle; siluetas de personajes que se encontraban en la sala; un auténtico congreso de fantasmas. Había generales, ministros, pintores o, mejor dicho, un pintor que rezaba para no fumar (los médicos le habían prohibido hacerlo); moría lentamente y su casa moría con él. Antes, cuando su vigoroso cuerpo rebosaba de salud, la casa de postigos verdes sonreía en medio de jardines; desde las

ventanas, por donde entraba el sol de la primavera, la vista se extendía alrededor, sobre laderas sonrientes y fecundas, cubiertas de árboles frutales; sin embargo, poco a poco habían surgido, por todas partes, grandes construcciones de concreto armado; su círculo implacable se estrechaba con lentitud y seguridad en torno a la casa, de la que había huido la felicidad. Ahora se veían otros rostros en las calles. Los vecinos ya no se reconocían entre sí. A veces, una ventana se abría, alguien aparecía entre las cortinas, contra el fondo negro de la recámara; pero se decía que eran antepasados y que todo era efecto de la sugestión. A pesar del ritmo de vida, notoriamente acelerado, y de la indiscutible elegancia que ahora reinaba en el barrio, Hebdomeros se refugiaba en el parque de pinos. Eran pinos mártires, pues una extraña epidemia flagelaba a esos árboles simpáticos, tan saludables y vivificantes. Todos llevaban, enrolladas en sus troncos como serpientes gigantes, una escalera de madera blanca. Esas escaleras de caracol conducían a una especie de plataforma, un auténtico collarín que oprimía la garganta al infeliz pino. Y allí, el Rey Lear, como lo llamaban los habitantes del palacio, se divertía sorprendiendo a los pájaros con las actitudes y expresiones menos conocidas; sobre todo, acechaba gorriones. Acostado pecho a tierra sobre la plataforma, inmóvil como un leño, no había nada humano en él. Tampoco parecía una estatua. Nada en su actitud, ni aun cuando se volvía sobre su espalda para descansar algunos minutos, evocaba a esos personajes recostados en los sarcófagos, ya fueran cónyuges etruscos o *landgraves* armados de cabo a rabo. No había nada en él que recordara a esos viejos de barba fluente y mirada dulce, indecentemente desnudos y regimiento extendidos, con el codo apoyado sobre un cántaro volcado en medio de rosales, que en la estatuaria antigua representaban a los ríos, riqueza de los países. Nada que recordara la actitud de los gladiadores ni de los guerreros heridos o moribundos. Este hombre singular tenía un aspecto petrificado, de allí que recordara un poco a los cadáveres descubiertos en Pompeya. A fuerza de permanecer acostado sobre la plataforma, acabó por integrarse a ella, se *plataformizaba*, se convertía en un gran

trozo de madera sin pulir, clavado de prisa en su base para sostenerla con el fin de prevenir un vuelco que no se produciría jamás. De allí que cuando se encontraba en su puesto, la plataforma parecía invertida, pues sólo se podía imaginar ese incierto refuerzo clavado *por debajo* a la base. Vistos así, de cerca, los gorriones tenían un aspecto monstruoso. Más de una vez, el lado enigmático, perturbador e inquietante de las cabezas de las aves había precipitado a Hebdomeros hacía complicadas meditaciones, durante las cuales se entregaba, con frecuencia, a soliloquios metafísicos, en particular, cuando pensaba en la cabeza de la codorniz; entre las otras cabezas de aves que lo inquietaban, figuraba en primer lugar la de la gallina; la del gallo lo inquietaba menos y, menos aún, la del ganso y la del pato. Por lo general, consideraba las cabezas de aves como un mal augurio, como algo que acarrea males. Pensaba que los egipcios ponían cabezas de aves en las pinturas y esculturas de sus personajes para sanar homeopáticamente sus temores y aprehensiones supersticiosas: al mal con el mal. Y pensaba que por esa misma razón, en Italia se hace la señal de los *cuernos* (el diablo) ante algo que se teme. Estos pensamientos lo asaltaban sobre todo cuando se encontraba en el jardín más próximo al pinar. Entre los setos descuidados de aquel jardín melancólico, deambulaban cabras y paquidermos de bronce; un rinoceronte se había hundido hasta las rodillas en el estiércol del corral, y tras el muro, del otro lado de esa ridícula cerca que sólo servía para delimitar fronteras o para que los vecinos no pelearan entre sí y vinieran a pisotear las coles y las lechugas de los otros, se encontraba el *albergue*. No era, por desgracia, ese buen albergue, sonriente y reparador, que alegró y reconfortó a nuestros abuelos, ése que hacía pensar en la inmortalidad y en la teoría según la cual nada se pierde, nada se destruye, sino que todo sigue vivo, transformando su forma y su materia; ese albergue que hacía soñar en la metempsicosis, al igual que los días de vendimia en las colinas de la campiña romana. Y a propósito de vendimias, Hebdomeros recordaba aquellos días menos simples de lo que parecían a primera vista.

Nubes blancas con formas esculturales navegaban en el cielo puro del otoño y, entre ellas, con poses de una majestuosidad sublime, se recostaban genios ápteros. Entonces, el explorador salía al balcón de su pequeña casa suburbana, dejando atrás su habitación con muros cubiertos de pieles y fotografías de naves negras como la tinta, en medio de la blancura de los bancos de hielo; el explorador miraba ensoñado a los grandes genios ápteros recostados sobre las nubes; pensaba entonces en los infelices osos blancos perdidos sobre los icebergs que flotaban a la deriva y sus ojos se bañaban en lágrimas; evocaba sus viajes, los altos en la nieve, la navegación lenta y penosa por los fríos mares del norte. “Dame tus mares fríos, los calentaré en los míos”. ¡Galantería de dioses! Puesto que hay dos, sí, dos dioses: Neptuno blanco y Neptuno negro, lo que equivale a decir el dios del norte y el dios del sur, y quien hablaba así era el negro, tendiendo a su colega blanco, a través del vasto mundo, sus brazos cargados de algas. Hebdomeros dedujo de todo esto que la raza negra era más amable, que su corazón era más generoso y su alma más sensible; había conocido, incluso, a pintores negros; uno de ellos se distinguió por el cuadro que envió al Salón, titulado *Cáucaso y Gólgota*. Su sentido no quedaba muy claro, sin embargo, su aspecto equilibrado le valió la medalla de plata; el año anterior, el mismo negro obtuvo una mención honorífica por un cuadro titulado *In flagrantis*. En vez de dramas de adulterio, el artista representó a un perro de aguas que sorprendía a un par de gorriones que picoteaban las cerezas del desayuno, dispuestas por su amo en el jardín. El lienzo *Cáucaso y Gólgota* representaba un camino largo y polvoriento que rodeaba una peña bastante baja, donde el pico y la pala habían hecho hoyos y surcos por todas partes, como Cronos en el rostro de los ancianos; sobre la peña se levantaban tres cruces, bajo las cuales se atareaban legionarios romanos con perfiles imperiosos y papadas comprimidas por los barboquejos cerrados; además, había mujeres afligidas y hombres en calzones largos, cargando escaleras; abajo, a la orilla del camino y sentado sobre una piedra, se veía a Hebdomeros en la misma pose que Renán en el célebre cuadro *Renán ante el*

*Partenón* de André Brouillé. El artista había representado a un Hebdomeros pensativo, mirando a lo lejos un paisaje de fábricas y de chimeneas humeantes. *El pensamiento del artista es profundo*, con estas palabras comenzaba el artículo que Étienne Spartali, el famoso crítico, dedicó al artista negro, y que apareció publicado en uno de los diarios más importantes de la capital; sin embargo, aun con los artículos y los estudios que le dedicaron, el cuadro siguió siendo para todos un enigma. Hebdomeros, como se sabía, era amigo del pintor y muchas personas lo interrogaron, pero él respondía a todos que no podía aportar mayor cosa y que además le parecía poco delicado preguntar al negro cualquier asunto al respecto; le gustaba llevar con mucho tacto sus relaciones; consideraba que el tacto era de las principales virtudes del hombre y por nada del mundo habría tolerado que sus amigos y conocidos juzgasen qué le hacía falta.

Mientras tanto, los días, para Hebdomeros, se deslizaban de una manera bastante monótona. Se levantaba temprano, por la mañana, casi siempre lo despertaban el ruido, las risas y los discursos de la servidumbre de la casa de enfrente, pues la ventana de su cuarto daba al patio; y cuando le costaba trabajo despertarse, se levantaba, abría los postigos y miraba ante él, hacia la parte posterior del edificio que precedía al suyo, donde se alojaba su recámara; el espectáculo que se desplegaba ante su vista, entonces, era siempre el mismo: recamareras cepillando vestidos frente a las ventanas de la cocina; y justo frente a su ventana, un artillero, ordenanza de un coronel, doblaba con cuidado cada mañana los pantalones de su jefe, tras haberlos repasado con un trozo de trapo humedecido en benzina. El militar cortejaba asiduamente a la recamarera y ambos tenían una expresión burlona cada vez que Hebdomeros se asomaba a la ventana. La recamarera, muchacha muy rubia y de buen ver, a quien un amigo de Hebdomeros llamaba la libélula, se mostraba mucho más amable con su vecino cuando el ordenanza del coronel no andaba por allí. El aspecto preocupado y meditabundo de Hebdomeros le gustaba mucho y a veces, al verlo acodado en la ventana, le preguntaba si no sentía



nostalgia por su país natal. La respuesta que él daba en esos casos no resultaba muy clara. La simpatía de la joven sirvienta hacia Hebdomeros crecía con el tiempo y sentía que habría terminado por enamorarse de su vecino cuando, de pronto, algo imprevisto destruyó sus ilusiones y sus sueños más queridos. Una tarde, hacia el final de un bello día de abril, la sirvienta se encontraba en la ventana de la cocina, bruñendo una tetera de plata; estaba sola y pensaba en Hebdomeros; en ese momento, lo vio salir al patio con tres amigos. Uno de ellos descubrió un zapato viejo, con la suela desprendida y tuvo la idea de sacarlo del rincón con una patada sabiamente colocada; rápidamente, Hebdomeros dejó su sombrero, su bastón y su abrigo en el saliente de una ventana de la planta baja y se puso, con entusiasmo, a perseguir a patadas, frente a él, al zapato viejo; los cuatro amigos improvisaron con el zapato un partido de fútbol en el patio de la casa; sin embargo, el más loco, el más rabioso de todos era Hebdomeros, quien había perdido por completo su aspecto nostálgico y saltaba como un salvaje, gritando de alegría, cada vez que golpeaba el zapato con la punta del pie, enviándolo hacia sus amigos, quienes se protegían vociferando y divirtiéndose como locos. La joven recamarera desconsolada cerró la ventana, dejó la tetera a medio bruñir sobre la mesa de la cocina y se sentó en un banco, hastiada y decepcionada. “¡Y yo que creía que él, al menos, *no era como los otros*, pensó con tristeza!”.

A veces, los domingos por la mañana, antes de que el ruido de los trabajos domésticos lo arrancara del sueño, un canto muy puro arrullaba los últimos instantes del descanso de Hebdomeros; el canto provenía del orfanato y siempre lo sumergía en una negra melancolía; recordaba que en su niñez sentía la misma tristeza al escuchar el piar de los gorriones cuando volvían por las tardes, hacia el ocaso, a pasar la noche en las frondas del jardín. Pensaba que esa tristeza nacía del hecho de que, tanto el piar de los pájaros como el canto de los huérfanos le reprochaban no ser lo *suficientemente puro*; salía entonces a dar largos paseos por el campo para distraerse; las campanas de las aldeas lo saludaban a lo lejos; niños delgados y

desnudos se bañaban en las claras aguas de los arroyos, y cerca de la orilla, a un metro bajo el agua, los cadáveres de los piratas se movían lentamente, como se mueven las algas, incluso cuando el mar está quieto.

La travesía por aquel lago, inmenso como un océano donde se desatan terribles tempestades, aturdió un poco a Hebdomeros, pero no conseguía olvidar la casa de campaña de un general, jefe de una inquieta y numerosa familia. En las noches de insomnio, miraba el techo de su recámara, en la planta baja, débilmente iluminado por la luz del exterior; a veces, una sombra lo cruzaba, algo como un gran compás que se abría y se cerraba, como un trípode lanzado a la pista de una patada, como una marcha presurosa y prudente. Pensaba que alguien merodeaba por allí, que los ladrones le echaban el ojo a las sillas metálicas y a las mesas del jardín; saltaba entonces del lecho y descalzo, en camisa, como un matricida que es conducido al suplicio, entreabría la puerta con suavidad, empuñaba su escopeta de caza y miraba hacia fuera: nada, nadie; el gran desierto de la noche. Una noche de verano sin luna, pero suave, clara y solemne, a lo lejos se escuchaba el eco de las cascadas que se precipitaban desde lo alto de aquellos montes que los hombres, ávidos de mármol, habían cortado y triturado; el eco se perdía en los valles profundos, oscurecidos por la sombra de los sicomoros. “Un perro suelto, de seguro, me gastó esta broma”, pensaba y se volvía a acostar, tras depositar la escopeta en un rincón. Pero ya no se trataba de *la habitación*, refugio del viajero fatigado; toda la familia del general estaba de pie alrededor de la mesa ovalada y comía de prisa arroz con pimientos, sosteniendo el plato con la mano izquierda, levantándolo a la altura de la barbilla, como los barberos con las bandejas de porcelana, cuando refrescan con agua y alumbre las mejillas recién rasuradas de sus clientes. Los niños habían cenado antes que sus nodrizas en una mesa aparte y se divertían disparando sus Winchester contra los pequeños murciélagos que zigzagueaban en el crepúsculo como aves ebrias; segundos después de cada detonación, el acre olor de la pólvora sin humo entraba por las ventanas abiertas. Mientras tanto, el

jefe de la familia, el general, se arruinaba jugando a las cartas. Se desvelaba hasta el amanecer en hoteles somnolientos, en compañía de gañanes tramposos que lo despojaban de todas sus pertenencias. Al día siguiente, la familia padecía la humillación de llevar la platería y los recuerdos familiares al Monte de Piedad y de pedir prestadas pequeñas sumas de dinero a la servidumbre. La noche no había caído por completo. Las promesas de los trenes eléctricos iluminados como teatros apuntaban hacia allá, hacia el golfo encantado que la luna llena, recién salida, iluminaba por un lado y los faros de los *palacios* construidos a la orilla del mar, por el otro; hacia allá, donde sólo reinaba la suave luz de la luna y una tenue neblina envolvía los contornos de la ribera; una tinta gris-violeta descendía desde el cielo sobre el agua, donde cientos de botes con haces de espigas en sus proas bogaban como en un sueño. En cada barquita, una campesina rubia y muy bella, con los brazos desnudos y el pecho ceñido por un corpiño de terciopelo, remaba suave y cadenciosamente; era el paraíso terrenal. Todos los hombres, salvo Hebdomeros, titubeaban, pues del otro lado había una fiesta; el siroco, el torbellino de teatros al aire libre, bajo bombillas de acetileno, donde venían a quemarse las mariposas nocturnas. Banqueros obesos, congestionados por el consumo de bebidas alcohólicas y copiosas comidas, hacían escenas espantosas a los capitanes de meseros pálidos de terror; amenazándolos con destruir sus carreras, reducirlos a la miseria y arruinarlos por completo. Y cuando llegaba la hora de volver, de emprender el camino hacia sus suntuosas villas construidas entre ruinas donde las lagartijas inmortales, pues siempre renacían, se deslizaban como relámpagos sobre piedras vetustas, ya que hay que recordar que esto ocurría en los tiempos de los cenadores floridos y las grutas artificiales, cuando resonaba el llamado de lo regional, un hombre, cuyas manos le estorbaban y no sabía qué hacer con el fatal bastón que había perdido y luego encontrado en los canales de Venecia la roja —“¡Esvetonia! ¡Esvetonia!”— sólo era el recuerdo de un eco. Sus esposas los esperaban, tenían una paciencia a prueba de todo, pues muchas veces la fiesta se prolongaba hasta las primeras luces del alba y

entonces llegaba el momento de las súplicas infinitas para que ellas salvaran a sus maridos, se ofrecieran a trabajar las tierras, a tirar de las carretas como bestias, a trajinar en lo que fuera, sin pedirles nada a cambio; a cosechar el cáñamo de los terrenos pantanosos en plena canícula, hundidas hasta las rodillas en el fango, devoradas por mosquitos con trompas sedientas de sangre. A veces, esos ruegos estremecedores duraban hasta el alba; hasta que un sol ardiente y espléndido surgía triunfal, tras los montes vecinos y de poca elevación, encendiendo los oros de los frontones de templos diminutos como juguetes enormes y tiñendo castamente de rosa las estatuas, erguidas sobre sus pequeños pedestales. La vida se despertaba por todas partes y mientras empujaba a sus palacios fúnebres a esos negros demonios, embrutecidos por el insomnio y la indigestión, hacía estallar las canciones felices de los herreros y el ruido de carretas rústicas, llenas de zanahorias y de nabos, que se sacudían, dando tumbos, sobre el duro camino empedrado. Habría sido una locura defender la ciudad, oponerse con un puñado de hombres enfermizos e impresionables a esos feroces intrusos que avanzaban empuñando armas, recién desembarcados de naves que los cubrían con piezas de artillería de largo alcance. Hebdomeros comprendió que cualquier gesto, por heroico que fuera, resultaría inútil; y después de llevar a sus compañeros y amigos a un lugar seguro y dejarles suficiente dinero, se dirigió a una montaña húmeda y boscosa, con el propósito de recuperar las fuerzas y la esperanza perdidas.

Durante los pocos días que hacía buen tiempo, un ministro genial, a quien sus criados fieles y refinados empujaban en su silla de ruedas, frecuentaba los claros de los parques olorosos a plantas putrefactas por el exceso de humedad; el ilustre inválido padecía una enfermedad muy perniciosa, que exigía que su cuerpo, recostado en la silla, mantuviera siempre una inclinación determinada, sin la cual se hubiera expuesto a morir de súbito a causa de la mala broma que le jugaría la orina retenida en su organismo, pues sólo podía expulsarla con mucha dificultad (con frecuencia permanecía días enteros sin orinar). De modo que así permanecía hasta la puesta de sol,

extendido en su sillón reclinable, con las piernas envueltas hasta las rodillas en chales y mantas, la mirada perdida, sin pensar en nada, bajo la supervisión taciturna de los empleados domésticos. Otro fantasma, un viejo políglota, se obstinaba invariablemente con las mismas preguntas en las noches de luna llena, ante el espectáculo grandioso de los árboles dormidos, cuyos follajes se rozaban en la sombra: “¿Adónde irá a parar todo esto? ¿Hacia qué desconocidas riberas navegan todas las cosas?...”. Entonces, para romper la atmósfera, la *stimmung* —como decía Hebdomeros— creada por tales preguntas, los cínicos y deportivos muchachos respondían imitando con la boca el ruido de un pedo, sonoro y prolongado. Y después, la lluvia; la lluvia, hoy igual que ayer y que mañana; la lluvia, no muy fuerte pero regular, la lluvia sin fin; y todos los árboles adoptaban la forma de sauces llorones.

Los pastores permanecían de pie, mojados hasta los huesos, en harapos y apoyados en largos cayados en medio de sus melancólicos rebaños. Hebdomeros sintió que la humedad llegaba hasta él, sentía frío en su cama, las sábanas nunca estaban completamente secas; crecía musgo en los armarios donde colgaba su ropa, como en una gruta; sapos tristes se desplazaban con saltos fofos por el pequeño jardín del hotel donde se hospedaba.

Había que huir, entonces, dejar esos lugares. Hebdomeros pidió la cuenta y se despidió del hostelero, quien no encontraba palabras para demostrarle que la lluvia no duraría eternamente, que el año anterior, por la misma época, había un clima magnífico; el barómetro, por lo demás, subía; los ancianos de la zona afirmaban que los pájaros piaban de cierto modo que anunciaba un cambio en la dirección del viento; de hecho, ya había comenzado a soplar del norte, lo cual limpiaría el cielo: “Créame, señor Hebdomeros —añadía el hostelero jugando familiarmente con los botones del impermeable de su cliente y sacudiéndole la espalda—, mírelo usted mismo, cuando el tiempo está despejado se goza desde aquí de una magnífica vista; para comenzar, se ve allá, al fondo de la llanura, la ciudad, con su catedral, las torres de su vieja alcaldía, el río que la

parte en dos y sus puentes, auténticas obras de arte; enseguida, el círculo de colinas que la rodea, cubierto de fincas con terrazas floridas. Incluso se puede ver, con mi catalejo de marino, a la gente acodada en las ventanas; y, más lejos, al oeste, las célebres cimas conocidas como dientes de dragón, siempre cubiertas de nieve; más de un alpinista temerario ha muerto en el fondo de sus precipicios. Arriba, al norte, se distingue el mar, con el puerto y su conglomerado de fábricas y manufacturas, siempre en la plena actividad que volvió célebre a nuestra región por su trabajo”. Hebdomeros lo escuchaba con amabilidad, le hubiera gustado decirle que los paisajes le daban horror y que sólo le gustaban las habitaciones, esas buenas habitaciones donde uno se encierra con las cortinas y las puertas cerradas, en particular, los rincones y los techos bajos; pero no dijo una sola palabra acerca de sus gustos por temor de no ser comprendido y sobre todo, de que lo tomaran por loco y lo reportaran a las autoridades sanitarias del país. Liquidó entonces la cuenta del hotel que, debido al lugar y a la temporada, resultó bastante elevada y bajó a la llanura. La ciudad estaba rodeada de picos de volcanes; hacía un calor sofocante; un joven ingeniero, empleado en las obras de prolongación del ferrocarril, exclamaba todo el tiempo que estaba harto de esta vida, que había llegado al límite. Antes de sentarse a la mesa, en el pequeño restaurante donde comía con frecuencia, acostumbraba ir directamente a la cocina a destapar las cacerolas y ver qué habían preparado; estaba en muy buenos términos con el chef, de vez en cuando le regalaba fotos obscenas y, a cambio, aquél le narraba sus proezas eróticas, la mayoría inventadas. La ciudad estaba llena de fuentes termales, algunas sulfurosas. El hotel donde se hospedaba Hebdomeros quedaba bastante lejos del mar; sin embargo, cierta divinidad marina en bronce, de pie sobre el lomo de un delfín y armada con un tridente, hacía guardia frente a la entrada principal. Hebdomeros sintió de golpe todo el apego que lo vinculaba con ese hotel; y sintió cómo ese apego crecía día con día; pensó en el momento de la separación y tal pensamiento le provocó una profunda tristeza; sin embargo, no había más remedio, no quedaba otra solución; era “necesario

querida, es la expiación”, como decía el capitán para poner su conciencia en paz mientras ofrecía el brazo a su mujer, con galantería. Ambos estaban de excelente humor ese día, pues sabían que en la noche estaban invitados a cenar en casa del coronel, quien estaba a cargo de la guarnición, y que después de la cena tendría lugar una brillante recepción. Llegó el momento de despedirse. Un sirviente de rasgos giottescos tuvo que arrastrar a Hebdomeros hasta el vagón de segunda del ómnibus de las dos, como a un trapo. Después, fue un viaje sin fin, hecho de largas e inexplicables paradas en pequeñas estaciones vacías, perdidas en medio del campo. Un grupo de jóvenes carniceros dormía boca abajo, con las cabezas cubiertas con sus mandiles manchados de sangre, para evitar que las moscas se encarnizaran con ellos, como si fueran carroña; el canto obsesivo de los grillos crepitaba sobre higueras polvorientas, fosilizadas por la canícula. Los jefes, reyes bárbaros, inmóviles como estatuas sobre caballos pequeños y blancos, con ajuares carnavalescos, semejantes a las monturas de los jefes sarracenos, miraban, con las frentes en alto y los puños orgullosamente apoyados en sus caderas acorazadas, el largo desfile de la horda de invasores que serpenteaba hacia el poniente, arreando ante sí el ganado robado a los campesinos. De vez en cuando, algún soldado sediento bajaba al lecho del arroyo seco a buscar agua; y, si tenía suerte, se acuclillaba como pantera para saciarse con avidez, llenaba en seguida su casco y con infinitas precauciones subía la barranca, como una sirvienta novata con una sopera, para unirse a sus compañeros de armas; porque todos esos guerreros, fatalistas y feroces, en el fondo eran muy sensibles y de corazón generoso; siempre pensaban en el amigo, en el compañero, en el jefe inválido que yacía en el carro, sobre la paja, presa de los sudores de las fiebres palúdicas. Con frecuencia, los prisioneros de esa horda invencible se sorprendían al ver que a los jefes heridos o enfermos se les trataba igual que al más humilde y oscuro guerrero, cuando en sus filas se les habría tratado con todas las consideraciones, y los propios jefes lo querían así: aquí radicaba la fuerza de la horda, que ningún enemigo podía resistir. Las carretas destinadas

al transporte de enfermos y heridos en nada se distinguían de las que llevaban a algún jefe. Hebdomeros era el único que se mantenía al margen de los grandes movimientos de migración. Miraba fijamente la línea de arena que en ese instante los vientos del desierto levantaban en conos, cuyos vértices tocaban el suelo y se elevaban como humo por el cielo amenazante, adoptando la forma bíblica de los candelabros judíos, iluminados de vez en cuando por relámpagos que surgían entre ellos, como trípodes lanzados al cielo, como ángeles inexplicables y geométricos, ángeles despojados, como árboles en otoño, como ese ángel seco, sin ornamento, que sólo llevaba lo indispensable, lo estrictamente necesario y que Hebdomeros vio precipitarse un día a través de los pisos de una gran casa de retiro, para abatirse sobre una recámara, junto a una cama donde agonizaba tranquilamente un general muy anciano, rodeado de sus oficiales visiblemente consternados y de su familia, en lágrimas. Una vez recibida el alma del difunto, el ángel recobró su aspecto de trípode arrojado al vacío y volvió al cielo con ella. El alma del general adoptó, en los reinos eternos, la forma de una humareda muy pura. A lo lejos se extendía un mar de astros, como si el cielo hubiera cambiado su aspecto de cúpula por el de un techo decorado. Globos cautivos, con formas ridículas y obscenas, flotaban sin convicción sobre la plaza de armas cuando Hebdomeros entró en una cervecería inmensa repleta de bebedores; el humo de las pipas y de los cigarros era tan denso que había que avanzar a gritos, como los paquebotes en los días de grandes nieblas. Hebdomeros afirmaba que una mesera de mediana edad en esta cervecería estaba enamorada de él. “Su amor tiene algo del amor de una madre”, decía a uno de sus jóvenes amigos. Pero la verdadera razón para ir a la cervecería era que esperaba encontrarse con un hombre hirsuto, con grandes lentes de carey, muy moreno y vestido siempre con una ropa interior muy sospechosa, que, entre la clientela y el personal, tenía la reputación de ser un hombre de una bondad a toda prueba. Se le había visto llorar. Él escribía sus memorias y en las mañanas, al alba, cuando dejaba su casa suburbana construida a la orilla de un bosque pequeño pero impresionante, se



demoraba, en ocasiones mucho tiempo, con la mano apoyada en el cerrojo de la puerta del jardín, contemplando, con una mirada nostálgica y conmovida, esa fachada modesta aunque barroca y estilizada de la casa que él había heredado de su padre y que, con toda seguridad, seguirían habitando sus hijos, con sus esposas y sus propios hijos. A veces, en esos momentos, el último cuarto de luna iluminaba la casa con débil claridad y todo resultaba muy dulce y muy triste a la vez. También tenía la reputación de ser una especie de antídoto contra la mala suerte y el mal de ojo; las visiones amenazantes, los monjes que perseguían marranas rodeadas de cerditos y las mujeres alargadas, con cabezas de pájaros, se desvanecían a su paso. Pero su mayor particularidad era la enorme, exquisita, infinita sensibilidad de su alma. ¿Había que sacar en claro de todo eso que era un sentimental y un soñador? ¿Uno de esos seres que van por la vida como desechos de barcos arrastrados por las olas? Desgraciadamente no. *Wir zahlen Geld*; le damos dinero; así comenzaba el anuncio que había insertado en los periódicos. Movidó por esa atractiva promesa, Hebdomeros se internó en calles oscuras, donde se apretaba una muchedumbre silenciosa, subió escaleras sórdidas, flanqueadas de muros leprosos, cubiertos de graffitis obscenos y cuando al fin se encontró en presencia de aquel hombre, de aquel apóstol a quien más de una vez había visto en los ensueños de su infancia alejarse del mundo, con su alforja al hombro y empuñando el bastón de los peregrinos, la frente en alto y la mirada ardiente, como los que caminan al fondo de llanuras desoladas hacia ciudades blancas, porque saben que allá los esperan sus hermanos, bajo los arcos de los pórticos, espiondo febrilmente su llegada; una vez, decíamos, que Hebdomeros se vio en presencia de aquel hombre a quien su padre había brindado hospitalidad durante más de un mes, para que curara su tibia lastimada por la cox de una mula; una vez que tuvo frente a sí a ese hombre que muchas veces lo había llevado al teatro cuando era niño y le había mostrado cómo el diablo, en escenarios de provincia, disparaba su carabina en una habitación y abría la ventana en seguida, para arrojarse al vacío, como clavadista al agua, Hebdomeros percibió

a una especie de miopiteco gesticulante que al verlo estalló en un formidable acceso de hilaridad; pronto, todos los tinteros quedaron volcados, pues entre un espasmo de risa y otro golpeaba las mesas con sus puños. “¡Dar dinero! ¡Dar dinero! —gritaba, carcajeándose y resoplando como energúmeno—, pero, señor mío, ¿y sus bienes raíces? ¿Y sus acciones? ¿Y sus obligaciones?”. De súbito, se hizo la luz en el espíritu de Hebdomeros. Una vergüenza enorme subió por él, como un escalofrío y le enrojeció el rostro. Huir, huir, sí, huir; no importaba hacia dónde, no importaba cómo; huir; dejar ese lugar; desaparecer. Quizá se iría allá, a China; llevaría una vida de noctámbulo, en pagodas iluminadas como grandes linternas, y a mediodía, sobre una hamaca suspendida bajo cerezos en flor, dormiría la siesta; se adormecería en la dulce tibieza de la hora meridiana y las cabras, entonces, alentadas por su inmovilidad, se acercarían con prudencia, allí, cerca de él y comenzarían a rumiar lentamente las hojas de las enredaderas.

Dada la imposibilidad de dar marcha atrás en ese fatal movimiento de migración hacia el oeste, Hebdomeros se vio de nuevo en la misma ciudad o mejor dicho, tuvo la impresión de encontrarse en la misma ciudad, pues algo en la disposición de las calles y el emplazamiento del castillo había cambiado; los barcos o, más bien, las lanchas reposaban a la orilla del río, cuyas aguas reflejaban el crepúsculo cubierto de nubes con ese color blanquecino y lechoso que contrastaba fuertemente con las tintas recargadas, casi negras, de la ribera; los botes se perfilaban también como formas sombrías contra la claridad del agua; lo cual les confería un vago aspecto de góndolas fúnebres y evocaba una trágica Venecia durante las epidemias de peste, cuando la plaga implacable segaba la vida de pintores ilustres. Mientras tanto, el cielo se ensombrecía más aún y la noche terminaba cubriendo por completo la comarca con sus velos oscuros. Hebdomeros pasaba detrás de un establo cuya ventana, por aquel lado, se elevaba del suelo a la altura de un hombre, pues la parte posterior del edificio daba a una calle más alta que la del otro lado, donde estaba la puerta de entrada. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo; a pesar de la débil

claridad emitida por las lámparas que los campesinos habían colgado en las esquinas, distinguió las vasijas de piedra, de origen prehistórico, donde según la leyenda reposaban los restos de los cinco primeros reyes legendarios que gobernaron la ciudad; más tarde, éstas fueron utilizadas por las lavanderas para lavar sus lienzos; ahora, los campesinos metían en ellas a las vacas que debían vigilar de noche; y, allí, en esa gran caja de piedra desprovista de ornamentos (lo que no le sentaba nada mal, por cierto) Hebdomeros *lo vio* y se vio a sí mismo, desnudo y arrodillado, como Isaac ofreciéndose en su sacrificio:

Dulce cordera, hermana de Isaac,  
no digas tres, si no los traes en el morral.\*

Esos hombres taciturnos y sobrios, las mangas dobladas sobre sus hercúleos brazos, se inclinaban sobre él y lo trasquilaban cuidadosamente; en la penumbra del establo se distinguía el relámpago de las tijeras de acero. En un rincón, a la derecha, un rayo de luna al pasar por el tragaluz parecía salpicaduras de plata y mercurio sobre la paja prensada; del lado opuesto, una linterna colocada en el piso iluminaba a una vaca con su becerro, ambos acostados sobre el estiércol; una joven campesina se adormecía, cerca del grupo de animales, sentada en un banco, con la espalda apoyada en el muro, la cabeza caída sobre el pecho y rodeando con sus brazos a un niño sentado en sus rodillas; al observar las dos escenas, la de la vaca y la de la campesina, Hebdomeros pensó que si un pintor las hubiera representado en un cuadro, el lienzo se habría titulado: *Las dos madres*; y, al mismo tiempo, pensó en la muerte del duque de Enghien; las sombras que la linterna desde el piso proyectaba en el muro evocaban naturalmente estos recuerdos en un hombre con una imaginación poderosa y una mente atiborrada de lecturas. Y sin embargo, cantaban, al fondo de las vasijas, como sólo lo hacen los ruisseños enamorados en las noches de verano al fondo de jardines floridos. Hebdomeros habría pasado

\* *Douce brebis, sœur d'Isaac, / ne dis pas trois si tu n' l'as dans le sac.*

un largo rato en la ventana del establo, mirando las curiosas escenas que ocurrían en su interior, si no hubiera sido interpe-lado a quemarropa por ese hombre a quien toda la ciudad lla-maba *el loco* porque, sin ser gastrónomo, sólo se interesaba en los asuntos de la mesa. Cada vez que se encontraba con un amigo, incluso con un conocido en la calle o en cualquier otra parte, no dejaba de detenerlo, sin importar la hora ni el lugar, y allí, de pie, lo sometía a un acuciante interrogatorio para saber lo que había comido durante el almuerzo o la cena. Por lo demás, siempre se paseaba con un bastón de acero muy del-gado con la punta aguzada; y con ése removía, con frecuencia, las cajas llenas de basura que encontraba junto a las cocheras, cuando volvía a casa, tarde en la noche. Y repetía, a quien qui-siera escucharlo, que el arroz y el salchichón le encantaban. Sin embargo, según había entendido Hebdomeros, la vida libre y loca de este extraño gastrónomo no duraría mucho tiempo. Se acercaba la temporada de los grandes trabajos meteorológicos; era fines de marzo y en los primeros días de abril debería ence-rrarse allá arriba, en la torre del castillo. Se aproximaban los días en que, aislado del mundo, se negaba a recibir a nadie, se tratara de quien se tratara; y cuando lo buscaban periodistas o simplemente curiosos y personas inoportunas que tocaban a su puerta, la sirvienta, después de hacer al visitante la pregunta ritual: *¿de parte de quién?*, respondía invariablemente: *el señor no está*, o bien, *el señor salió a un mandado*; los visitantes obstinados replicaban a esta última respuesta que esperarían a que el señor regresara; *¡Ah, no!*, añadía entonces la sirvienta sin desconcertarse, *es imposible, porque cuando el señor sale a hacer sus mandados tarda varios días en regresar*. Además, no sólo cerraba su puerta a todo el mundo, sino que se negaba a volver a casa a la hora de la comida. Sumergido en el estudio comparativo de sus anemómetros perfeccionados, olvidaba, en medio de un desorden indescriptible, la vida, con todo su cor-tejo de preocupaciones, de dolores, de placeres y alegrías. De vez en cuando, aprovechando esos raros momentos en los que, vencido por la fatiga o el ayuno, se abandonaba a un breve sueño, muy breve; por lo demás, su esposa y su hija, verdaderos

modelos de devoción, penetraban entonces en su gabinete con pies de gato y después de dejar en su mesa un plato con un panecillo, crepas, queso salado, algunos dátiles y una jarra de café frío, se retiraban caminando hacia atrás, sin quitarle la vista, pues ¡ay de ellas si llegaba a sorprenderlas en su estudio! Esa vida no podía durar, resultaba claro. Su hija, Emma, padecía crisis nerviosas todas las noches. El padre intentaba granjearse a su hijo Mario, cocinero en Marsella, ofreciéndole cigarrillos y así alargaba la noche hasta las primeras luces del alba, cuando un oficial sin chaqueta, con la camisa abierta hasta el pecho, pasaba caracoleando entre montones de pascua; cabalgaba sin silla, con las dos piernas del mismo lado, como mujer; mientras la sangre le escurría de una larga herida en la mejilla izquierda, hasta manchar su ropa; sin embargo, parecía no darse cuenta. Al principio había rechazado el duelo: “*Pelear*, exclamaba con tono sorprendido, pelear ante una dama”; y señalaba con un rápido gesto a la muchacha del corpiño de flores que permanecía sentada en medio de la pradera, en pose de Juana de Arco escuchando *voces*; sin embargo, se vio obligado al duelo y así ocurrió lo que tenía que ocurrir... Así, ahora, las horas pasaban lenta y fatalmente, como pasan todas las horas. El sol permanecía en lo alto, en un cielo sin nubes, aunque velado con una suave neblina que anunciaba el verano; ni un sople; un fuerte olor a vino áspero y descompuesto subía de las grutas profundas donde roncaban, completamente ebrios, acostados unos sobre otros, todos revueltos, monjes y contrabandistas expulsados por el nuevo régimen. La sombra de los cuadrantes solares marcaba mediodía; sin embargo, unos instantes más tarde cambió el estado de la atmósfera. ¡Ay! No se trataba de uno de esos cambios bruscos que ocurren en América y en ciertas regiones del África ecuatorial, donde súbitamente en el cielo despejado y el aire inmóvil, negros nubarrones cargados de electricidad invaden la bóveda celeste, sumergiendo a la región en una oscuridad apocalíptica, mientras que ráfagas formidables de agua y viento derriban todo a su paso y hacen que las puertas de los establos y los bancos de los jardines públicos remolineen a la altura de

las casas. No, por suerte estamos muy lejos de esos funestos e imprevisibles cataclismos; el cambio que ocurrió en la atmósfera resultó tan imperceptible que jamás lo hubiera percibido alguien con menos sensibilidad y atención que Hebdomeros; el aire, en efecto, ya no estaba inmóvil; la veleta del campanario, con figura de gallo estilizado, giró ligeramente. Hebdomeros, quien sentía horror hacia esas atmósferas de *finis de primavera*, de esa lánguida pesadez que anuncia la implacable llegada de los meses cálidos, la cercanía de esa estación que un gran poeta calificó de violenta, comprendió que el viento del mar llegaba finalmente y se alegró de todo corazón; presintió, también, que asistiría a uno de esos fenómenos inexplicables que lo forzarían a profundas meditaciones; un viento fresco y dulce persistía, el viento del consuelo y la esperanza. Hasta allí, todo iba bien, pero el gallo, o mejor dicho, la silueta, la sombra que proyectaba el gallo, se volvía cada vez más obsesiva y comenzaba a ganar un lugar decisivo en el paisaje, a jugar un papel en la vida de este tranquilo y modesto rumbo; lugar y papel que nadie habría sospechado con anterioridad; ahora bajaba al mismo tiempo que subía; actuaba por corrosión, por un lado se comía el campanario, mientras que por el otro se internaba en el cielo, recortándose contra él y creciendo con una lenta e inexplicable regularidad; ahora, los pies del gallo tocaban el cielo y su cresta, las nubes; algunas letras blancas, solemnes como inscripciones lapidarias, avanzaban por todas partes, dudaban, esbozaban en el aire una especie de cuadrilla de baile pasada de moda y, por fin, decidían acoplarse según el deseo de una fuerza misteriosa para formar, a cierta altura del suelo, esta extraña inscripción: SCIO DETARNAGOL BARA LETZTAFRA.

De pronto, todo ese aire libre perdió su atmósfera, su *stim-mung*; las vigas del techo y las tablas del piso parecieron iluminarse violentamente, de lado; “es un truco de fotógrafo de provincia”, se murmuraba en los cafés y en las plazas públicas. Otro movimiento: cambia todo un plano de la escenografía, se retira una pantalla, se levanta un telón y nos encontramos

frente *al baile*, la fiesta en el *megaron* americano; el lujo y la lujuria de los fuegos de artificio, las luces maléficas de salas inmensas, decoradas con una suntuosidad y una inteligencia completamente desconocidas hasta ahora; los invitados, cuyas cajas fuertes de cuádruple blindaje están repletas de documentos bancarios, se entregan a una orgía desenfundada; nadan en la sala con movimientos de buzos transformándose bajo el agua; por los ventanales abiertos a la noche se observa el cielo, con todas sus constelaciones multiplicándose al infinito; también se ve la ciudad y sus templos sobrios, blancos sobre peñas sagradas; y la loba, espantosamente dorada, padeciendo el martirio de los voraces gemelos colgados de sus largas ubres. Hebdomeros apenas tuvo tiempo de saltar a un rincón oscuro, desde donde pudo contemplar a sus anchas todas esas extrañas escenas. “Que se desplome el universo”, gritaba una voz de monarca que venía de allá, de alguna parte, de las terrazas con muros y arcos ceñidos por enredaderas. Galope de caballos, pasos graves y cadenciosos de una tropa que se aleja por la puerta septentrional; *porta collina profectus est*; los arroyos, crecidos por las lluvias recientes, rugen y arrojan espuma bajo los puentes; en ese instante, el escenario cambia de nuevo: el viento expulsa a las nubes y la luna huye desesperadamente tras ellas; a veces, la luna desaparece por algún tiempo y de pronto se tiene la impresión de que la Tierra entera se volvió sorda, como una campana de madera; luego, con el viento, sus rayos perforan de nuevo las nubes oscuras; las falanges silenciosas de los gladiadores marchaban alrededor. Hebdomeros miraba a una mujer y a su niño cuando de pronto se desplomaron las grandes rejas del jardín; como si hubiera pasado un ciclón, los bárbaros aparecieron en las puertas de los salones, arrasando todo a su paso, de pie en los estribos, lanzando su grito de guerra y haciendo restallar horriblemente sus látigos con puntas de plomo... se calló la voz que cantaba... el director general de una gran compañía naviera, que habitaba el segundo piso de una confortable casa, se volvió, en medio de sus sueños, hacia el muro; el colchón crujió y él rezongó, dormido, algo incomprensible: pero su movimiento destapó hasta el codo su

brazo izquierdo y Hebdomeros, que hacía una hora esperaba pacientemente a que despertara, vio sobre su brazo un curioso tatuaje: una locomotora de modelo antiguo, rodeada por una serpiente que se mordía la cola. Otra originalidad del director era que siempre dejaba en el piso apoyado contra la cama, un gran chaleco salvavidas: “Hay que tomar sus precauciones, respondía a quienes lo interrogaban acerca de esta singular costumbre, nunca se sabe qué pueda pasar”. Sin embargo, su esposa no se acostumbraba a ver el chaleco salvavidas al pie de la cama; le parecía que daba un aspecto de catafalco; lo consideraba, no sin razón, una idea fúnebre, veía en él un mal signo, un presagio de desgracias. “Ya verás, Martiobarbulus, decía a su marido, ya verás cómo ese chaleco salvavidas, que parece corona fúnebre, acabará tarde o temprano por traerte alguna desgracia”. Pero resultaba inútil tratar de convencer a alguien tan testarudo como él. Hebdomeros debía huir. Logró dar la vuelta en barco a su recámara, a pesar de que la resaca lo arrojara siempre hacia las esquinas y al fin, haciendo acopio de todas sus energías y de su agilidad de antiguo gimnasta, dejó su esqui y apoyándose en las molduras subió hasta la ventana, que era muy alta, como la de una prisión. Su hermana aplaudió entonces de alegría, ¡y qué alegría! Desde allí abarcaba, con una sola mirada, un vasto y reconfortante panorama de pautas de mosaicos blancos, rectangulares, cuadrados y trapecoides, donde jóvenes atletas lanzaban el disco con movimientos clásicos o corrían con las cabezas echadas hacia atrás y hundidas entre los hombros, como ciervos acosados por una jauría. A mediodía, tras un frugal almuerzo en compañía de sus entrenadores de salto y lucha, todos ellos cumplidos caballeros que se disculpaban por su falta de opulencia y su cocina sin pretensiones e insistían en pagar sus comidas, llegaba a esa ciudad, construida como ciudadela, con patios interiores, jardines oblongos y geométricos que cubrían las sobrias formas de las murallas, y encontraba siempre a los mismos hombres, de proporciones exactas, perfectamente sanos de cuerpo y de espíritu, aplicados en su ocupación favorita: la construcción de trofeos. Así surgían, en el centro de los cuartos y los salones,



curiosos andamios austeros y a la vez divertidos; regocijo y alegría de los huéspedes y de los niños. Esas construcciones adoptaban la forma de las montañas, pues al igual que las montañas nacían por la acción de un fuego interior y, tras las perturbaciones de la creación, daban fe, con su equilibrio atormentado del ardor del empuje que había provocado su aparición; de allí que fueran pirófilas, es decir, amaban el fuego, al igual que las salamandras; eran inmortales, pues no conocían ni las auroras ni las puestas de sol, sólo el eterno mediodía. Los cuartos que las alojaban eran como esas islas que quedaban fuera de las grandes líneas de navegación, cuyos habitantes esperaban, a veces durante estaciones enteras, a que la buena voluntad de algún petrolero o de un velero les dejara algunas cajas de conservas echadas a perder; al igual que esas islas, las habitaciones se encontraban fuera de los grandes movimientos humanos; fuera, sin estar tan lejos como para dejar de advertir el paso y escuchar el eco de los ejércitos en marcha, de las interminables hileras de trabajadores honestos, cruzando y volviendo a cruzar los puentes suspendidos sobre pilotes de acero, primero por la mañana, al alba, para ir a sus estrepitosas y ardientes fábricas y, luego por la noche, para volver a sus tranquilos hogares y compartir sanamente el pan y la carne con sus esposas e hijos. Hebdómeros se entregaba, a veces, a una confianza demasiado grande, pero eso no significaba que fuera ingenuo o exaltado, para nada, quería creer; se esforzaba en creer que tal o cual hombre era inteligente y entonces lo afirmaba en voz alta, entre amigos y conocidos, intentando engañarse a sí mismo; sin embargo, sabía en el fondo que las cosas no eran completamente así; en toda esa gente de mirada inquieta y molesta, en esos intelectuales impotentes y despechados que temían y odiaban la ironía y el talento verdadero y que frecuentaban ciertos cafés, donde llevaban bajo el brazo, como una reliquia, el último libro de su poeta predilecto, quien resultaba fatalmente como ellos, un impotente y un estéril constipado en quien se reconocían perfectamente, pero a quien una suerte benévola y una combinación de circunstancias habían colocado a la vista, dando una dulce ilusión de gloria a toda esa gente que se

sentaba a la mesa, cerca de sus tazas de café con leche, con el adorado libro publicado en unos cuantos ejemplares numerados y manchado, en medio de cada página de papel japonés, con dos o tres pequeñas líneas de boberías pseudoherméticas y pretenciosas nimiedades; en toda esa gente, que él reconocía en seguida por ciertos signos exteriores que jamás lo engañaban, en todos ellos, los que sembraban confusión en el arte y en la literatura, hombres de mirada sospechosa cuyos labios jamás habían reído con franqueza, Hebdomeros reconocía algo atado, sentía que un nudo les impedía mover los brazos y las piernas libremente, correr, trepar, saltar, nadar, bucear, contar algo con ingenio, escribir, pintar, en una palabra, entender. Con frecuencia, veía el nudo, la imposibilidad de entender en mucha gente, incluso entre quienes disfrutaban, en la masa de sus semejantes, de una reputación de inteligencia; de allí que para Hebdomeros el nudo fuera un signo infinitamente más profundo e inquietante que el itifálico, el del ancla o el del hacha de doble filo. Los hombres-nudo, como los llamaba, eran para Hebdomeros el símbolo vivo y en movimiento de la estupidez humana. Por lo demás, veía a la vida como un enorme nudo que la muerte desataba; no obstante, también consideraba a la muerte como un nudo que se cerraba y que el nacimiento desataba; el sueño, para él, era un doble nudo; la eternidad, según él, desataba por completo el nudo, pues se encontraba más allá de la vida y de la muerte. Como sea, estas oscuras fatalidades no impedían a los hombres atarearse en sus actividades. Los lunes y los viernes eran días de mercado; esos días llegaban a la ciudad, en largas filas silenciosas, traficantes y revendedores de todos los rincones habitados de esa región llana y monótona; se reunían en la plaza del mercado. Muchos de ellos padecían enfermedades venéreas que se volvían crónicas por no haber sido bien atendidas en sus inicios; aprovechaban su breve estancia en la ciudad para consultar, por la tarde, a los especialistas, quienes no dejaban de darles cita para la semana próxima, cualquiera que fuera el caso. Al caer la tarde, la plaza se vaciaba lentamente, los traficantes, sifilíticos o blenorragicos, volvían a las aldeas vecinas en largas y negras hileras, la plaza quedaba desierta,

como si la tropa la hubiera barrido con insistentes descargas de mosquetón. Las únicas huellas de la muchedumbre ausente eran basuras de todo tipo dispersas en el empedrado; pero, lo que predominaba eran cáscaras de naranja y colillas de puro pisoteadas. Sobre ese desamparo, los guerreros de bronce persistían en sus gestos belicosos, como si los siguieran falanges de soldados fanáticos, sólo visibles para ellos, sabios de piedra, políticos de mármol, a veces, patinados por el humo de la ciudad, grandes hombres desconocidos y calvos que se inclinaban sobre sus libros, sus instrumentos y sus rollos de papel. El sol declinaba hacia el horizonte, alargando sus rayos sobre la gran carretera municipal que unía a la ciudad con otras urbes vecinas. Los pastores, que a esa hora seguían su camino hacia los caseríos del oeste, recibían de lleno en los ojos toda esa tardía riqueza de luz, la cual les impedía ver a sus rebaños y los irritaba enormemente. Entonces, se enojaban, regañaban a sus perros que, enloquecidos por los reproches de sus amos, corrían de un lado a otro y ladraban, con lo que provocaban más problemas que los que resolvían; para ver mejor, los pastores se ponían la mano izquierda sobre la frente, como visera y, sin dejar de maldecir, blandían con la derecha sus largos e inseparables cayados que, vistos de perfil, parecían cascos de guerreros pintados en vasos griegos. Los rayos del sol se alargaban sobre el polvo púrpura del camino de un modo casi horizontal y la sombra de los pastores y de sus cayados también se alargaba; se alargaba de una manera desmesurada, monstruosa, atravesaba las ciudades, los paisajes, los mares y llegaba muy lejos, al país de los cimeros, donde los vientos helados conservan mucho tiempo la nieve de las montañas; la sombra tocaba esas regiones, cuyos habitantes se visten con pieles gruesas todo el año y tienen una mitología complicada y obscena.

Más tarde, el sol desaparecía por completo tras un horizonte de colinas bajas; las sombras, entonces, subían al cielo y se extendían sobre la tierra; allá, arriba, a la izquierda, en el claro espacio, la luna creciente brillaba pura y fría, mientras los soplos purificadores de la noche próxima pasaban sobre la ciudad, donde se extinguían los últimos ecos del trabajo de los hombres.

Hebdomeros dejó la ciudad y se detuvo en un valle, cerca de la montaña principal que se elevaba al este. De un momento a otro comenzaría el largo ascenso nocturno y sentía necesidad de meditar; se sentó, pues, sobre una roca en la que previamente había colocado su abrigo cuidadosamente doblado y se hundió en profundas reflexiones; poco a poco, se levantó el telón delante de cada recuerdo del pasado. Hebdomeros se entregó con gusto a esa nostalgia; una de sus principales debilidades consistía en sentir siempre cierta nostalgia del pasado, incluso si ese pasado resultaba poco favorecedor; de allí, también, que le gustara dormir por las tardes; afirmaba que nada remitía tan profundamente a los recuerdos del pasado como los momentos que preceden o suceden, de manera inmediata, al sueño de la tarde. Decía, dirigiéndose a sus amigos, que se trataba de una simple cuestión de práctica; pero sus amigos no siempre resultaban los espíritus de elite que él hubiera deseado; eran muchachos robustos y de buena voluntad, pero torpes y con frecuencia demasiado lentos para captar y comprender las exigencias de una naturaleza excepcional y las finezas de un espíritu de primer nivel. “En el principio, decía Hebdomeros en sus discursos, uno resbala y se ensucia trabajando; salpica las paredes alrededor; mancha los objetos que toca; desordena todas las cosas; llena el piso de papeles arrugados y garabateados; se pinta uno mismo, sin querer, una máscara de payaso y así sale a la calle, sin saber que lleva la espalda cubierta de rayones y la nariz verde, lo cual, como es natural, hace que la gente volteé a vernos y se ría a nuestro paso. Después, poco a poco, la edad, la experiencia, la disciplina, el saber y el oficio se sobreponen al instinto; se adoptan aires de cirujano de alta escuela, uno se vuelve, a la vez, fino y poderoso; hay cierta lentitud aparente en lo que se hace, sobre todo si se compara con la fogosidad de la juventud; pero detrás de esa lentitud, las obras se acumulan unas sobre otras, por paquetes, por series; y forman capitales formidables, fondos de reserva inauditos; se construyen puntos de apoyo de una solidez a toda prueba; y a quienes son capaces de proporcionar las garantías solicitadas se les abren créditos ilimitados; se ponen en circulación sus

obras capitales por el vasto mundo; se les envía, incluso, muy lejos, hasta esos países aún mal explorados, donde nuestra milenaria civilización apenas ha impuesto con debilidad sus marcas y sus estampillas; por eso les digo, amigos, que trabajen con método, que no desperdicien sus fuerzas; cuando encuentren alguna señal, voltéenla y revuélvanla por todos lados; véanla de frente y de perfil, de tres cuartos y de cerca; háganla desaparecer y fíjense en el aspecto que adopta en sus recuerdos; vean desde qué ángulo parece un caballo y desde cuál otro se asemeja a las molduras de los techos; cuándo evoca una escalera y cuándo un casco con penacho; en qué posición se parece a África, que parece, ella misma, un gran corazón: el corazón de la tierra; un corazón vasto y caliente; diría, incluso, sobrecalentado; late demasiado rápido, tiene que regularse. Como lo previó un gran poeta, muerto hará veinte años, en ese continente vivirá la última gran civilización del mundo, antes de que se enfríe definitivamente y termine como la luna. Pero, por el momento, esas tristes previsiones no conmueven a nadie, mucho menos a ustedes, que desde hace tiempo han sido adiestrados en el difícil juego de derrocar al tiempo y dirigir la mirada hacia otra parte; y no digo esto para halagarlos, pues ustedes siempre han enfrentado las burlas de los escépticos con la obstinación de los buscadores metafísicos y la tolerante y generosa grandeza de sus almas de selectos líricos innatos. Y ustedes, que en el fondo creen menos en el espacio que en el tiempo, siempre han puesto sus esperanzas en el cadencioso avance que arrastra a las grandes razas humanas, avance al que nada se puede oponer; ustedes siempre han vivido en la felicidad de la media luz que entra a sus recámaras a través de los postigos cerrados en el ardiente sol del mediodía, y en la meditación de teoremas aprendidos de memoria de un modo involuible, como los rezos nocturnos que los beatos preceptores enseñan a sus niños lascivos”. Así hablaba Hebdomeros y sus discípulos, a quienes se habían añadido algunos marineros y pescadores de la zona, lo escuchaban en silencio; pero como se acercaban cada vez más a él, tuvo que hacer lo mismo que Cristo en casos semejantes, aconsejado por un apóstol: subió a

una barca amarrada a la orilla y de pie sobre la proa, continuó su inspirado discurso. A lo lejos, detrás de las colinas que dominaban la ciudad hacia el este, la primera claridad del alba invadió castamente el cielo.

“¿Qué es ese rumor que llega de oscuras calles?”, preguntó Lyfontius, el filósofo, levantando la cabeza hacia la ventana del cuarto donde trabajaba, cerca de una mesa repleta de libros y papeles. Vivía en un modesto departamento sobre los portales que enmarcaban la plaza principal de la ciudad. Desde su ventana, podía ver la espalda de la estatua de su padre que se erigía sobre un pedestal bajo en medio de la plaza. Su padre también había sido filósofo y la eminencia de su obra movió a sus conciudadanos a erigirle ese monumento en medio de la plaza más grande y más bella de la ciudad. Las casas que rodeaban la plaza eran más bien bajas, de manera que se podían percibir con facilidad las colinas sembradas de fincas y terrazas con hermosos jardines. En la cima más elevada de esas colinas se veía una amplia construcción que, según se decía, era un monasterio, pero que parecía más una fortaleza, un gran cuartel o un arsenal; estaba rodeada por una muralla con almenas y perforada con aspilleras.

Cuando las velas negras de los piratas aparecían en el mar, a lo lejos, los habitantes de las fincas corrían a refugiarse en esa construcción; llevaban con ellos sus objetos más preciosos, sus libros, sus herramientas de trabajo, sus lienzos y su ropa; armas, no; le tenían horror a las armas y, además, ignoraban completamente su manejo. No sólo no tenían armas en casa, sino que evitaban pronunciar sus nombres, sobre todo frente a los niños; esa gente histérica y puritana consideraba tabú las palabras pistola, revólver, carabina, puñal; si un extranjero ajeno a sus costumbres comenzaba a hablar de armas, el ambiente se helaba y provocaba un malestar difícil de disipar. Y si por azar había niños presentes, el malestar se volvía intolerable. La única arma de la que se podía pronunciar el nombre era el cañón, porque nadie acostumbra tener cañones en su casa. En las fincas abandonadas sólo dejaban muebles viejos y animales disecados, cuya presencia, en medio de cuartos vacíos, aterraba a los primeros

piratas que abrían las puertas de las alcobas, ebrios de matanza y pillaje. Los que se refugiaban en aquella construcción gozaban, por lo demás, de un gran confort. En los sótanos, se almacenaban abundantes provisiones y al centro de amplios patios interiores había jardines artísticamente dispuestos, rincones asoleados donde crecían árboles frutales, toneles con flores, fuentes decoradas con hermosas estatuas e incluso estanques donde nadaban peces y flotaban, pecho al viento, cisnes de una blancura inmaculada. Todo eso permitía a los refugiados olvidar su triste situación de asedio y creerse en uno de esos balnearios, auténticos paraísos terrenales de nuestro planeta donde, durante los tórridos veranos, los ciudadanos cansados del continuo trajín de sus ocupaciones y de los desvelos del éxito, van a curar sus hígados inflamados y sus estómagos agotados. Hebdomeros no compartía la opinión de los escépticos, a quienes todo eso les parecían fábulas y afirmaban que los centauros jamás habían existido, ni los faunos ni las sirenas, ni los tritones. Allí estaban todos, en la puerta, como para probar lo contrario, piafaban y con grandes golpes de cola se sacudían a las moscas que se obstinaban en sus flancos recorridos por escalofríos; allí estaban todos esos centauros de ancas manchadas; había ancianos entre ellos, centauros viejos; eran más grandes que los otros, aunque más flacos; parecían disecados, como si bajo el peso de los años sus huesos se hubieran alargado y ensanchado; a la sombra de sus blancas y espesas cejas, que contrastaban curiosamente con el color oscuro de los rostros, se veían sus ojos cerúleos y dulces, como los ojos de los niños nórdicos; sus miradas estaban impregnadas de una tristeza infinita (la tristeza de los semidioses); eran atentas e inmóviles, como la mirada de los marinos, de los montañeses, de los cazadores de águilas o de cabras salvajes y, en general, de quienes están acostumbrados a mirar muy lejos y a distinguir, desde lontananza a los hombres, a los animales y las cosas. Los otros, más jóvenes, se propinaban grandes palmadas en los flancos y se divertían lanzando coces contra las tapias de las hortalizas. De vez en cuando, un centauro adulto se separaba del grupo y bajaba trotando los senderos que conducían al río; allí se detenía

a conversar con las lavanderas que, de hinojos a la orilla, sacudían sus ropas. Las más jóvenes se inquietaban con la cercanía del hombre-caballo. A Hebdomeros, que había presenciado la escena más de una vez, siempre lo intrigaba la inquietud de las jóvenes lavanderas; pero esta vez creyó descubrir la causa: lo que les inquieta, de seguro, son reminiscencias de tipo mitológico, se decía a sí mismo, y enseguida pensaba: su imaginación femenina, asediada por las reminiscencias y siempre dispuesta a figurar un drama, veía el rapto; al centauro atravesando el río entre remolinos y llevando, con él, a una mujer dando alaridos, despeinada como una bacante ebria; en la orilla, Hércules disparaba sus flechas, con esfuerzo, y lanzaba dardos envenenados; después, su vestido se bañaba en sangre; su vestido, cuyo color se oscurecía y se asemejaba al color de los asientos de vino, se pegaba, de manera indeleble, al torso del centauro, que moldea de un modo perfecto.

Las que tenían más edad las tranquilizaban, les decían que no había nada qué temer, al menos por el momento, y añadían, tras una larga pausa, durante la cual parecían recordar que era como en los días de procesión: “se cena temprano; poco después de la puesta de sol, para que las muchachas más jóvenes levanten, al final de la cena, las migajas que quedaron en la mesa y sacudan los manteles manchados de salsa y vino tinto en el patio, cuando la puesta de sol aún hace brillar los cristales de las casas más bajas. La procesión subía por ese camino que baja hasta cierta altura del valle, de modo que al verla desde la ciudad, los habitantes tenían la impresión de que se trataba de un remolino de polvo avanzando hacia el ancho mar; el estruendo de matracas y cohetes resultaba ensordecedor. La columna avanzaba con brío, banderines al viento, extrañas enseñas izadas como velas de navíos sobre olas en picada, donde se veían signos perturbadores, grabados o pintados, líneas de salida de una larga serie de inspiraciones caprichosas y sorprendentes, seguras garantías para los periodos de calma que vendrían más tarde, cuando las bocas de los oráculos callaran, como si el espíritu hubiera emigrado lejos de la tierra. Hay épocas, jóvenes amigas, en las que resulta perfectamente inútil dejarse encerrar al caer la



noche por guardias distraídos en templos desiertos, con la esperanza de que el sueño, cerca de la imagen de divinidad, traiga una respuesta a las preguntas y abra las puertas de lo desconocido, o bien, levante la misteriosa cortina de las habitaciones cerradas hace mucho tiempo. ¡Oh, ruinas! ¡Templos de Neptuno invadidos por el mar! ¡Olas que arrastran delfines locuaces hacia el santuario donde hasta los iniciados entran temblando en épocas normales con sus sandalias enlodadas en la mano!”. Y ahora, en la encrucijada en fiesta, el desorden y el tumulto se volvían alarmantes. Los propietarios de cafés sacaban de prisa sus mesas a las aceras. La gente se asomaba a los balcones bajos con cualquier máscara e interpelaba sin perturbarse a los paseantes puritanos. Dioses de ocasión, con rostros impenetrables, vestidos con dignidad, se sentaban en las terrazas de los cafés; en todas partes, las habitaciones de las plantas bajas tenían las ventanas abiertas y todas las luces encendidas; había una falta de tacto, un cinismo y una ausencia de freno verdaderamente insólitos; trenes enteros, con locomotoras a la cabeza, entraban de súbito en la estación sin alinearse por calles donde la muchedumbre se hacinaba; no podría decirse dónde terminaban, sin embargo, cuando llegaban al final de la calle, daban vuelta a la izquierda, de golpe, con el clásico movimiento del pez en la pecera, y por ese buen camino desaparecían en las tinieblas de los campos; los perros ladraban a lo lejos; las alegres bandas de jóvenes, tocados con tricornios encintados, pasaban como trombas, gritando bromas groseras. Y en los cafés, transformados en cubos de humo, había una tensión constante, un esfuerzo insensato para sonreír ante bromas de una estupidez inmensa, donde los juegos de palabras rebotaban de un parroquiano a otro: *Yo lo coloco y usted lo quita, ¿adónde iremos a parar? Yo loco, loco y usted loquita, ¿adónde iremos a parar?* O bien, *Usted azul y yo azulado Usted azul y yo a su lado.*\* Otro cliente afirmaba que las

\* Juegos de palabras que se pierden en la traducción. En el original: *Que fera le villageois? Que fera le vil? (demande) Ah! Joie! (exclamation)*. O bien, *Laisse charmer mes parents sourds. Laisse chat (impératif), remets mes pas (impératif) rends sourd (impératif)*. (N. del T.).

terneras de la región harían una colecta ¡para enviar una corona fúnebre al sepelio del carnicero, que había muerto la víspera!

¿Habría manera de volver, entonces? El coche, con tiro de cinco caballos y escoltado de cerca por un destacamento de caballería, saldría al trote; y aquel hombre enorme, aquel héroe, pasaría todo el día bajo el sol y velaría toda la noche mirando las estrellas, tendido en la cima de la gran montaña, negra como ballena varada en la playa. ¿Dónde están, niños? Hebdomeros se había enamorado de Luisa, la sirvienta de la casa de enfrente; se puso su traje nuevo; las campanas sonaban en los campanarios de las parroquias y la primavera sonreía en las hortalizas. ¡La primavera! ¡La primavera! Cortejo fúnebre, visión macabra. Sobre las playas del mediodía se alineaban cadáveres con esmoquin, tendidos en sepulcros; se respiraba el aroma obsesivo del limón que, al igual que el ajo y la cebolla, vuelve indigestas las viandas; y más allá, los naranjos, con sus flores obscenas, símbolos inconfesables. ¿Adónde vas, tú, hombre con piel de astracán en el cuello del abrigo? Prototipo del gran viajero, dispuesto a defender a ese niño enfermo, amenazado por las manos rapaces de los bandidos en ese tren que apesta a ganado mojado por los aguaceros de agosto ¿Adónde vas, tú, guerrero con casco y mirada torva? Corazón de acero, con ventanas abiertas a pueblos colgados de peñas, como nidos de buitres, donde el hotelero, sediento de lucro, muestra con su mano roja el amplio panorama del valle, atravesado a la mitad por el río, algunas veces opaco y otras brillante, como la vida de los hombres. ¿Acaso eso basta para renunciar a tu asiento y empeñarte en permanecer en segunda, habiendo pagado boleto de primera, a pesar de la suave insistencia del inspector? Se trata de un lago inmenso, como el mar, y que monta en cólera de un modo peligroso igual que el mar; cuidado, entonces, con ahogarse, porque las lanchas de motor no vuelven en tu auxilio y entonces sabrás lo que significa renacer esta tarde de verano, cuando las aceras lavadas por la tormenta reflejan las luces de las vitrinas con tanta perfección que uno creería estar en Venecia; ¿y aquella ciudad encantadora, construida en anfiteatro en torno al lago? ¡Pero, ay, esta vez se trata de otro lago, de

un lago apacible, de un lago en el que no se forma ni una onda, de un lago que consuela. Cuando el clima se vuelve pesado, cuando los grandes goterones de la tormenta comienzan a caer al agua, los grandes peces muerden el anzuelo y llevas, entonces, de dos en dos, a esos grandes peces negros, en el fondo de tu canasta florentina. ¿A eso llamas *La matanza de los inocentes*? Llegado a este punto, Hebdomeros protestó; confesó su aversión por las escenas bíblicas, que él llamaba inmorales y lascivas, sin fijarse en los pasajeros que al cruzar el pasillo se burlaban de él y daban un codazo a sus esposas, ahogados de risa; afirmaba que, tras la idea de Cristo representado como cordero, se escondía una pizca de sensualidad de un tipo enteramente especial y acabó elogiando los cafés con divanes de terciopelo rojo y techos decorados a la moda de 1880.

“Allí te sientes a salvo de los peligros del exterior —decía Hebdomeros con una voz que la emoción volvía algo sorda—, que los enemigos más encarnizados envíen sus tropas de elite hasta las puertas de la ciudad, que en el horizonte aparezcan cometas de caudas deletéreas, que por las calles del centro se paseen parejas de leones vomitando llamas, que los árboles de los parques municipales se infesten de pájaros con picos de hierro, que sobre las heces humeantes de los enfermos de cólera zumben insectos fulminantes; una vez que estés en el café, todo eso te da exactamente igual; una vez allí te encuentras totalmente a salvo y si te alzas sobre la punta de los pies, verás, a través de los tragaluces, a los navíos enemigos echar el ancla frente a la costa desierta y a las chalupas repletas de guerreros acercarse a la orilla con grandes golpes de remo. Entonces, se crea una especie de lazo de solidaridad entre los refugiados; todos tienen una tarea y un lugar definido; a las mujeres y a los niños se les pone a salvo en la trastienda, detrás de los baúles y las cajas de conservas. Allí, esos seres ineptos para empresas peligrosas y agotadoras emplean su tiempo preparando comida a base de carne de pescado en conserva, galletas, miel y café, para beberlo siempre bien caliente y aromatizado con especias; también se ocupan limpiando las armas con esmero y remendando ropa y calzado; los más jóvenes salen a buscar caza,

pues hay que pensar en reunir provisiones para el invierno; ya se anuncia el mal tiempo; las lluvias continuas han empantado el terreno y los senderos están resbalosos; se forman charcos bajo los matorrales bastante altos, donde, según la zona, las margaritas y los acianos hacen su tímida aparición, apenas suficiente para volver un poco más alegre el tramo e introducir una nota poética al paso de esos alumnos aplicados, que trabajan con gusto y constancia en salas de aspecto sobrio, donde todo es promesa; el oso polar chapotea entre bloques de hielo y disputa a la morsa un pez desgarrado, el avestruz huye con desesperación ante al jinete árabe, y, más allá, puentes, castillos de incontables torreones y ruinas donde millares de cuervos han anidado. Hebdomeros se creía a salvo en esa cabaña, pues no había advertido en los alrededores ninguna traza de ser humano; sin embargo, a pesar de las apariencias tranquilizadoras desconfiaba: no era hombre que se fiara de las apariencias; cuántas veces, durante su temprana juventud, éstas lo habían engañado; de allí que se mantuviera en guardia y, por las noches, durmiera con un solo ojo cerrado, el bastón de plomo y la pistola automática al alcance de la mano; muchas veces ni siquiera se quitaba los zapatos y se acostaba a medio vestir, para evitar, llegado el caso, toda sorpresa desagradable. Pero el invierno pasó sin que nada extraordinario se produjera. El aire se volvía cada vez más tibio y las plantas reverdecían en la pradera; los cabreros habían bajado de las montañas vecinas tocando festivos tonos en sus largas flautas de cobre; todo anunciaba la primavera, aun cuando en esa región nórdica todo llega de golpe y sorprende, como los escenarios que aparecen tras el telón; un aire de simbolismo flotaba en la naturaleza; incontables y minúsculas cascadas, alimentadas por el deshielo, saltaban por los montes; los ángeles con alas enormes, como de águilas, pero tejidas con plumas blancas y tiernas, como de ganso, se sentaban a la orilla de los senderos, con una mano apoyada en las grandes mojoneras, donde se veía esculpida la imagen bicéfala de Jano rematada con un miembro viril; los ángeles miraban melancólicamente a las parejas que se alejaban abrazadas bajo los almendros en flor. Por todas partes había inscripciones

con letras resplandecientes; al este, las bandas de cazadores recorrían la zona volcánica, montañosa y cazaban con fogosidad, rodeados de jaurías, a los pocos sobrevivientes de una raza de paquidermos casi desaparecida. Muy alto en el cielo, los buitres describían grandes círculos; algunas veces descendían, otras ascendían, temerosos de que algo malo les llegara de la tierra, sin perder de vista jamás a los cazadores. Su objetivo era claro: aguardaban a que cayera un paquidermo y a que lo destazaran para regalarse enseguida con los restos, cuando el último cazador y el último perro hubieran desaparecido tras las peñas. A pesar de los buitres y de las osamentas de animales, que blanqueaban aquí y allá entre peñas grisáceas, la zona no tenía nada de salvaje ni de desértica; por todas partes la llenaban de vida grandes instalaciones mineras; las chimeneas humeaban, los furgones corrían sobre rieles minúsculos; ingenieros barbados con caras congestionadas por el calor, se afanaban por todos lados y aprovechaban los escasos ratos libres para pescar con caña y tirar al blanco con sus revólveres contra botellas vacías. Su única distracción era ir por las noches al guiñol. Esta idea se le ocurrió a un escultor con perfil de rey asirio, quien presumía de haber sido discípulo de un maestro de moda, muy apreciado en la sociedad que frecuentaba porque tocaba la flauta, aunque, por cierto, lo hacía bastante mal. Estos espectáculos de guiñol no transcurrían con la tranquilidad e inocencia que se esperaba; a veces, el que manejaba las marionetas, una persona histérica, víctima de crisis epilépticas, sin dejar de mover a los hombrecitos de ojos cretenses, recortados en cartón, comenzaba a dar tales alaridos que los contra-maestres se despertaban sobresaltados, saltaban de sus camas y corrían a encender las sirenas. Las hienas, entonces, abandonaban los cadáveres a medio enterrar y huían hacia las montañas más próximas. Los carreteros que dormían en sus coches, y que sólo entreabrían un ojo a cada tumbo, se ponían de pie de un salto, y presas de un pánico enloquecido hacían silbar sus látigos y lanzaban a sus animales a galope tendido. Vistos así, esos coches, corriendo de noche a galope, tenían algo apocalíptico. Dejando atrás la monstruosa estación de trenes de esa

metrópoli, donde cerca de ocho millones de personas se afanaban día y noche sin ton ni son, Hebdomeros se encaminó hacia la zona de fiestas nocturnas que constituía un mundo aparte en el corazón mismo de la ciudad. Tenía, en efecto, sus límites y sus fronteras, sus leyes, sus estatutos y poco faltaba para que contara con aduaneros vigilantes que preguntaran en sus puertas si uno tenía algo que declarar. Al borde de esa inefable región, el tráfico de la ciudad se detenía; era allí donde el movimiento convulsivo de los vehículos, el vaivén de los peatones atareados, moría, por fin, como mueren las ondas en las playas. *La felicidad tiene sus derechos*, rezaba un letrero luminoso sobre la puerta principal, construida en el centro de un amplio arco del triunfo, sobre el cual mujeres esculpidas en madera y pintadas en tonos suaves y brillantes tocaban, como afanosos tritones, los largos clarines de la fama. Las fortalezas que se elevaban al lado, los asilos de quienes la fortuna había abandonado, pero a los que la gratitud y la bondad de los hombres no habían olvidado, velaban solos en la sombra; sus solemnes bóvedas callaban en la paz profunda que exige el reposo; era tarde en la noche oscura; el mundo dormía sepultado en una inmensa tranquilidad e igual que él, la tempestad que agitaba al perturbado corazón de Hebdomeros parecía haberse apaciguado al fin. La gloria del pasado, la vanidad del heroísmo humano y todas esas pirámides que los responsables de los asuntos públicos, movidos por el temor al olvido, hacían construir a los asalariados indiferentes que, al mismo tiempo que construían, pensaban en otra cosa, en la novia o la esposa que los esperaba allá, en el hogar apacible, lejos del ruido y del humo, cerca de una ventana abierta hacia la frescura del jardín, donde miles de luciérnagas relucientes rayaban las sombras con trazos fosforescentes. Los cortejos de los reyes avanzaban en vano, entonces, por los grandes caminos de la región; vistos de lejos, su aspecto solemne parecía bastante disminuido, ¡lástima! De no ser por el brillo de las armas que blandían por los jinetes de la escolta, parecerían una tropa de gitanos harapientos, mendigando su pan bajo el sol implacable y la constante amenaza de esos perros de pelo enlodado, que los crueles campesinos azuzaban a su paso.

Si se parte de que el amor nace de la piedad, en el vasto horizonte de la vida de Hebdomeros surgiría, entonces, toda una promesa de sentimientos indecibles. Nostalgias infinitas e impulsos que, en su imaginación perturbada por las noches transcurridas en blanco en trenes de la red estatal, adquirirían la jeroglífica forma de un inmenso galgo, con un cuerpo de una longitud inadmisibles, lanzándose en un salto rígido a través del mundo, pasando como un bólido sobre los abigarrados planos de las ciudades, sobre los bosques domesticados, donde cada árbol tiene un nombre y una historia propios, sobre los campos, cuyas vastas cuencas son fecundadas por más de una semilla que el agricultor precavido arroja en el momento oportuno; la piedad de Hebdomeros se dirigía hacia la humanidad entera; hacia el locuaz y hacia el taciturno, hacia el rico que sufre y hacia el indigente; sin embargo, los hombres que comen solos en los restaurantes despertaban su piedad más profunda, sobre todo cuando se sentaban cerca de las ventanas, de modo que los transeúntes crueles e irrespetuosos, verdaderos fantasmas que vivían en otra atmósfera, podían ensuciar con sus miradas impúdicas la pureza virginal, la tierna castidad, la infinita ternura, la inefable melancolía de ese momento, solitario entre los solitarios, cubriéndolos de una vergüenza tan suave y a la vez tan opresiva que no se explica cómo todo el personal del local, incluidos el gerente y la cajera, los muebles, los manteles, los garrafones, toda la vajilla y hasta los saleros y los objetos más pequeños no se disolvían en un torrente infinito de lágrimas.

A las grandes hipóstasis que acompañaban esos sacudimientos telúricos sucedían espectáculos inolvidables, a los cuales Hebdomeros jamás dejaba de asistir. Millones y millones de guerreros invadían el país, atravesando viñedos; se diría que emanaban de las grietas de las rocas, a través de esas montañas en altorrelieve acribilladas de cavernas, mapas de un estado mayor hipotético que la luz uniforme que descendía del techo volvía aún más verosímiles. *¡Mirmidons! ¡Mirmidons!...* de eco en eco, el grito repercutía a lo largo de playas desiertas, como en la era terciaria. Sobre el peristilo, el cielo era puro y de un azul profundo; en las oficinas, los barómetros marcaban

buen tiempo estable, para desesperación de quienes navegaban en carabelas inmóviles, en medio del océano. En otros puntos del planeta, los siniestros lagos de aguas inmóviles y negras, a cuyos fondos jamás había llegado la sonda, volvían al cielo sus inquietantes ojos, como los ojos de los uranoscopios que los cándidos pescadores llaman de un modo encantador peces cura, y nubes pesadas como peñas y negras como la noche se abrían con los ángulos agudos y las fugas caprichosas de los relámpagos; la lluvia caía, entonces, sin fin en largas y apretadas cuerdas, en haces perpendiculares sobre la superficie del lago que comenzaba a hervir; agua sobre agua; los filósofos hidrónicos, los semidioses reducidos a mera pose a fuerza de querer parecer simples y directos, se pasaban de astutos y tras colgar sus vestidos en las ramas salpicadas de cal de la frágil higuera de la orilla, entraban en el agua *para no mojarse*, decían, y a veces aguardaban días enteros a que se desencadenara la tormenta, para tener la oportunidad de gastar esa fina broma. Hebdomeros se indignaba porque pensaba, al mismo tiempo, en otra cosa. “Elocuencia del pasado”, decía dirigiéndose a sus amigos, ante esos desplantes indiscretos, ante esas suntuosas naturalezas muertas, donde ruedan plátanos y piñas en cascada junto con ciervos destazados y faisanes policromos, ante el desenfado de ese bienestar provocador, ante ese gigantesco insulto, esa fantástica bofetada a la miseria y la sobriedad, he visto a la venganza haciendo muecas en la sombra. Así, entre escaleras tiradas y botellas rotas, los manteles dispersos se enrollan en el piso, como trampas de elefantes, a los pies de los meseros presurosos, cargados de vajillas, provocando verdaderos desastres; la hacendosa servidumbre se tropieza, dando lugar a un formidable destrozo, seguido de una inundación de salsas de todos los colores, donde flotan, como despojos, los cuerpos asados y enjutos de las gallinas. Hebdomeros no podía más; se levantó como se levantan las sombras sobre los húmedos muros de los calabozos cuando se deja la linterna en el piso; se levantó y habló con voz grave, pero que tenía algo de extraño, como si no viera a los dos mil seiscientos setenta y cinco rostros de los hombres que habían venido a escucharlo,



con la mirada fija en él. Al fin cobró contacto con la realidad y evocó esas mañanas de septiembre desde las sagradas alturas donde se dominaba la ciudad; y en seguida, las voces se elevaron: —¡La acrópolis! ¡La acrópolis! “No —dijo con una sutil sonrisa— esta vez no se trata ni de un *rompimiento* ni de *Pablo*; y aunque aquí haya un Pericles, no se trata de quien ustedes piensan, instintivamente, de ése a quien la peste fulminó una calurosa tarde de verano y fue tierno amigo de pintores, escultores, arquitectos y poetas; les presentaré a un Pericles tuerto que, para ocultar su defecto, lleva el casco hundido hasta media nariz; como sea, tiene estilo, tiene cierta elegancia, sobre todo cuando arroja el manto sobre su hombro izquierdo, con un gesto descuidado; sus piernas, largas y torcidas, lejos de darle un aire ridículo, recuerdan, anacronismos aparte, a los viejos picadores que la edad retira del ruedo, pero que aún sienten nostalgia por él; sostiene una moneda en la mano izquierda y contempla, con un solo ojo (hay que decirlo, pues está tuerto), durante largo rato y en silencio, la cabeza un poco echada hacia atrás, enternecido, el perfil de una mujer grabado en una de sus caras”. Entre los tambores de las columnas derribadas, donde de noche, cuando la plaza está desierta, vienen a pacer con avidez grandes yeguas disentéricas las tiernas manzanillas que florecen a la sombra de las ruinas gloriosas. Los leales, los que no se han dejado vencer por el espanto, el egoísmo y la cobardía vergonzosa, los que han hecho a un lado el miedo y mirado a la muerte a los ojos, bien plantados sobre sus piernas cubiertas con armaduras de hierro, en lugar de sufrir la humillación de disfrazarse de mujeres, de campesinas embarazadas o de nodrizas y mezclarse con la masa de corderos de dos patas para huir en barcos repletos, sobrecargados, a punto hundirse a cada golpe de remo, se mantenían ahora, todos, en sus puestos. Se recostaban en el suelo, alrededor de Hebdomeros, en poses magníficas y perezosas y lo escuchaban hablar, como los piratas escuchan a su jefe contar historias espantosas de abordajes y batallas nocturnas. Al caer la noche, los reflectores que los enemigos habían instalado en las alturas circundantes lanzaban largos haces de luz en todas direcciones, molestando

enormemente a esa noble sociedad de guerreros ascéticos y caballeros desengañados, quienes tenían la suerte de encontrarse cerca de un montón de ruinas que el azar de la caída había dispuesto de manera que formaran una especie de gruta, se veían menos perturbados por el juego de los reflectores; pero los demás, a quienes no quedaba más remedio que apoyar su espalda encorvada en el frío y duro tambor de alguna columna, corrían el riesgo de pasar la noche sin reposo. A veces, algunos de ellos volvían la espalda al mar, porque el espectáculo de la playa no los atraía para nada. Después de todo, era su ambiente, su mundo y a esos pescadores, acostumbrados a la mitología náutica, no les impresionaba en lo más mínimo lo que ocurría a su alrededor; los intrigaba, más bien, la presencia de esos grandes palacios, con todos sus pisos iluminados, brillantes, como faros sobre acantilados altos y escarpados, a cuyos pies las olas venían a morir sin ruido. Las ventanas estaban abiertas; los clientes ricos salían, en traje de noche, a los balcones y a las terrazas, atraídos por los murmullos de todos esos dioses marinos, varados allá abajo, en la playa oscura.

Cuando se alejaron de aquellos lugares, donde ya no tenían nada que hacer, Hebdomeros y sus compañeros se internaron en los suburbios, que eran como los camerinos de la ciudad. Y, en efecto, allí acudían para maquillarse, prepararse y ensayar su papel esos personajes cuya actividad atraía con tanta fuerza la atención de todo el mundo, como los actores que esperan la señal para entrar en escena y recitar, con el arte que los maestros les han enseñado, lo que saben de memoria, o casi, sobre los tablados polvorientos, sobre esos mismos que, a pesar de las ideas nuevas y la evolución de los gustos y las costumbres, se ven siempre algo sucios y vergonzosos. En más de una ocasión, al meditar tantos enigmas sin descifrar, Hebdomeros se había hecho esta pregunta: ¿Por qué el teatro siempre tiene algo vergonzoso? Pero jamás llegaba a una respuesta satisfactoria, en cambio, llegaba a ocurrir en ocasiones que el crepúsculo descendiera suavemente cuando se encontraba solo en su recámara, hundido en sus meditaciones; sus tres amigos, que siempre se despedían hacia las seis de la tarde, se iban

cantando alegremente, con un paso acelerado por la rápida cuesta que descendía a la plaza del mercado. Hebdomeros se quedaba solo, allá arriba, en la casa donde hacía diez años había rentado un miserable cuarto amueblado. Luego, a fuerza de economías, ahorrando en todo, apoyado por esa voluntad que bajo la apariencia del hastío y la debilidad siempre había dominado su vida, logró rentar toda la casa y expulsar a los primeros inquilinos, no para vengarse del maltrato que en tantas ocasiones le habían infligido, sino para castigar su maldad; lo consideraba un acto de justicia. “Justicia, antes que nada”, decía sentándose a la mesa para consumir la modesta comida que se preparaba él mismo; casi siempre, ésa consistía en un pájaro magro (un especie de alondra mal alimentada) que todos los días le llevaba un cazador de ochenta años, vecino suyo. El anciano sentía un culto por la caza que rayaba en la obsesión y el misticismo. Se despertaba al alba y le silbaba a un viejo perro que lo seguía bostezando, después de estirarse hasta dislocar los huesos. Así, Hebdomeros le compraba todas las noches un pájaro que no consumía hasta el día siguiente, pues en sus ratos de ocio le gustaba pintar naturalezas muertas con piezas de caza. Colocaba, entonces, el pájaro muerto en una mesa sobre un mantel; a veces también le ponía borra alrededor, como si se tratara nieve, lo que evocaba cacerías de invierno y bellas reuniones de cazadores en los albergues, sentados cerca de chimeneas donde ardían leños, bebiendo alegremente y fumando largas pipas. Cuando llegaba la hora de comer, Hebdomeros desplumaba a su pájaro y lo ponía a cocer en una pequeña marmita, con mantequilla de cabra y una pizca de sal; mientras se cocinaba le daba vueltas y lo picaba con un tenedor, repitiendo siempre en voz baja la misma frase: “Tiene que sentir el calor. Tiene que sentir el calor”. Y si alguien llamaba a su puerta cuando se sentaba a la mesa, aún tenía el valor de invitarlo a compartir lo que había preparado: además del pajarillo asado, un trozo de pan de centeno y una cucharada de mermelada de arándano, y, para beber, levadura de cerveza fresca que disolvía en agua filtrada con un poco de azúcar. En cuestión de guisos y de comida, en general, Hebdomeros profesaba una

moral que le había granjeado la antipatía y con frecuencia los irritados sarcasmos de buen número de sus contemporáneos. Dividía los platillos en morales e inmorales. El espectáculo de ciertos restaurantes, donde finos sibaritas iban a satisfacer la abyecta concupiscencia de sus aparatos gastrointestinales, lo indignaba hasta la náusea y arrebatava a su alma en una justa y santa cólera. Toda esa gente, que comía langostas y chupaba con una voluptuosidad bestial las patas y las pinzas de esos monstruos repugnantes acorazados, tras haberlas roto con un cascanueces, lo hacía huir como a Orestes perseguido por las furias. Pero lo que más le perturbaba era ver cómo, al inicio de la comida, los aficionados a las ostras se tragaban esos moluscos asquerosos con una escenografía de pan negro meticulosamente untado de mantequilla, copitas de vino blanco especial, rebanadas de limón, etcétera; todo acompañado de teorías inmundas y explicaciones obscenas sobre el efecto que el limón ejerce en el molusco cuando aún está vivo y se contrae, o bien de ridículas elucubraciones sobre si el aroma de las ostras hace pensar en el mar, en los acantilados azotados por las olas y otras naderías con las que sólo un ser desprovisto de cualquier pudor y dominio sobre sí mismo puede divertirse. También le parecía muy inmoral el hecho de consumir helados en los cafés y, en general, de arrojar trozos de hielo a las bebidas. El merengue y la crema batida le resultaban materias deletéreas e impuras. Incluso, le parecía muy inmoral, y digno de la mayor represión, ese gusto exagerado e instintivo, que con frecuencia alcanza la voracidad, sobre todo en las mujeres, por las verduras crudas: pepinillos, pepinos, alcachofas en vinagre, etcétera. Consideraba el higo y la fresa como las frutas más inmorales. Servirse higos frescos por la mañana, en el desayuno, cubiertos de hielo triturado, era para Hebdómeros un acto tan grave que merecía una pena de diez a quince años de cárcel, según sus códigos. También muy condenable, para él, resultaba el acto de comer fresas con crema; no alcanzaba a comprender cómo una persona razonable podía llegar a cometer actos tan indignos y cómo podía tener el valor de hacerlo en público, frente a sus semejantes, en lugar de ocultar la vergüenza de sus inconfesables

acciones en el fondo de las habitaciones más oscuras y encerrarse con doble llave, como si se tratara de una violación o un incesto. Atribuía todo eso a la imbecilidad humana, que él calculaba inmensa y eterna como el universo y en la cual tenía una fe inquebrantable. ¡Una fe inquebrantable! Pero esta vez habría querido curarse de esa fe, de esa fe alimentada con ejemplos cotidianos; habría querido aliviarse como los hepáticos: con manantiales calientes y colagogos, *acquae calidae*, César, enamorado y dispéptico rodeado de sus legiones en el valle conquistado. Nadie leyó el himno que escribió esa noche, ni sus amigos más fieles ni, incluso, esa virgen de mirada ardiente y aire regio, a quien estaba dedicado; temía al qué dirán, sentía horror de esos medios indiscretos e incomprensivos. Ahora, los árboles que habían invadido las habitaciones y los corredores de su morada se alejaban lentamente hacia el sur; emigraban por grupos, por familias, por tribus; ya se iban quedando atrás y con ellos se alejaban las mil voces del bosque misterioso y su olor inquietante. Un criado taciturno y de edad avanzada, al que llamaba el Euménido, barría las ruinas que aún cubrían el suelo y ante esa vida nueva, ante ese espectáculo grandioso y mapimundial, *vio* de pronto los océanos. Como el Coloso de Rodas, un coloso de Rodas infinitamente agrandado por el sueño; sus pies; en el extremo de sus piernas separadas, tocaban regiones distintas; entre los dedos de su pie izquierdo se perseguían bandidos mexicanos, como fieras famélicas en torno a peñas sobrecalentadas por la canícula, mientras el pie derecho, arriba, hollaba regiones immaculadas entre osos polares ancianos y obesos, con perfiles entrometidos, que sacudían sus cabezas ante los glaciares despedazados, almenados, horadados como restos de catedrales ilustres destruidas a cañonazos y esquimales amortajados en pieles que, en el umbral de sus chozas apestosas, construidas con cuero de foca, ofrecían a sus mujeres gentilmente a los exploradores excitados. Una vez más, a lo lejos, en la gran noche oscura, ascendieron cohetes silenciosos; grupos compactos de filósofos y guerreros, verdaderos bloques policéfalos de colores tiernos y brillantes, sostenían misteriosos conciliábulo en los rincones de esas recámaras de

techos bajos, donde las paredes y el techo forman un ángulo recto. “Esas cabezas no me dicen nada que valga la pena”, exclamó de pronto uno de los discípulos más jóvenes de Hebdomeros. Bueno —respondió este último—, comprendo, mejor dicho, adivino tu idea; hubieras preferido a los prudentes fantasmas de esa sociedad reglamentada y puritana que huye de los discursos donde se habla de microbios e instrumentos de cirugía y palidece de terror cuando algún torpe emplea expresiones como *hijo natural* o cuando se discuten los sistemas de los parteros y las comadronas; habrías preferido la compañía de una sociedad de fantasmas, en una veranda bien cerrada, mientras largos y silenciosos relámpagos, como parpadeos rápidos y repetidos, anuncian una tormenta aún lejana que se aproxima. Y, en efecto, los rugidos del trueno, muy apagados y apenas perceptibles al principio, se vuelven de pronto más graves; los remolinos recorren el jardín y hacen girar las hojas secas y los diarios abandonados sobre los sillones de mimbre; más tarde comienzan a caer en el polvo de las avenidas cálidos goterones con un ruido de papirotazo aplicado sobre una tela espesa y extendida. “¡Cierren las ventanas! ¡Cierren las ventanas!” grita el ama de llaves corriendo desesperadamente a través de las habitaciones, como una Níobe obsesionada por el espectáculo de sus hijos erizados de dardos; entonces, mi joven amigo, veremos este inexplicable espectáculo: extrañas gallinas, completamente desplumadas, corren enloquecidas alrededor de la mesa del comedor, con sus largas piernas, como avestruces minúsculas; violinistas fúnebres acomodan, de prisa, sus instrumentos en cajas semejantes a féretros para recién nacidos; los retratos se mueven dentro de sus marcos y los cuadros, colgados del muro, caen al piso; los cocineros fantasmas, prototipos del asesino, suben con pies de gato al primer piso, donde se encuentran las alcobas de esos ancianos calvos y distinguidos que, armados de bastones con empuñaduras de marfil, se disponen a morir dignamente, para que sus sobrinos no se sonrojen cuando se hable de ellos. —Habrías preferido eso, joven imprudente— añadió Hebdomeros dirigiéndose aún a su joven discípulo con una sonrisa llena de sobreentendidos—.

Pero piensa más bien en los días hermosos, despejados, en la playa, piensa en los inmortales bendiciendo a quienes los aman y se embarcan con cascos de oro y armaduras de plata, para morir allá, en la otra orilla, pues saben que es la mejor manera de volver enseguida con sus seres queridos y vivir sin amargura y sin remordimiento; es cierto que sólo vuelven como fantasmas, pero, como dice el proverbio, más vale volver como fantasma que no volver jamás; piensa en eso y no te fíes de las apariencias, para que no vuelvas a sentir la tentación de pronunciar una frase como la que acabo de escuchar. Hebdomeros dirigió sus pasos, entonces, hacia aquel río con orillas cubiertas de cemento, hacia aquel palacio vetusto, que eleva sus domos y sus veletas en medio de la continua fuga de las nubes. Aquel sitio austero cuya solemne puerta se encontraba abierta en ese momento, lo habría entristecido, pero el recuerdo de lo que había visto en esos momentos vividos entre un público disperso e indiferente, bastó lo suficiente para consolarlo. Poco a poco, vio surgir del claroscuro de su memoria y precisarse con lentitud en su espíritu, las formas de aquellos templos y santuarios de yeso, construidos al pie de montañas hospitalarias y de peñas, en cuyos estrechos desfiladeros se presentían mundos a la vez próximos y tan desconocidos como esos horizontes lejanos y cargados de aventuras que Hebdomeros siempre había amado desde su triste infancia. Una palabra mágica brillaba en el espacio, como la cruz de Constantino y se repetía hasta el fondo del horizonte, como un anuncio de pasta de dientes: *¡Delfoi! ¡Delfoi!* Un silbido suave, como de laureles doblados por el viento de otoño, atravesó el aire tibio desde la otra orilla, justo frente al lugar sagrado, donde las columnas de oro del Templo de la Inmortalidad brillaban bajo los rayos de un sol clavado en el centro del techo, para que no declinara nunca aparecieron colgados de la pared cuadros muy tristes de épocas ya pasadas. “Es para mantener el equilibrio —decía el guía— pues demasiada felicidad aburre”. Así, Hebdomeros vio a Cristo, insultado por la muchedumbre y arrastrado por los legionarios hacia Pilatos, también vio el Diluvio: las masas de agua irrumpiendo en las llanuras y las mujeres, musculosas

como titanes, aferradas de los últimos peñascos, mientras los elefantes se perfilaban, todos negros, contra el pálido brillo de los relámpagos y levantan sus trompas aterrorizadas contra la tempestad. Pero, ¿valía la pena evocar todo eso? El insomnio en la noche asfixiante y los ojos del tigre que brillan en la habitación cerca del mosquitero cerrado. El claro de luna era tan suave que las montañas parecían muy próximas; las divinidades de la noche murmuraban en las fronteras de la ciudad, donde las aceras parecían muelles frente al mar de praderas y campos; uno podría embarcarse allí, irse, bogar sobre las olas amarillas de los trigales maduros o sobre la onda verde de la hierba tierna; quienes seguían allá, en el café extremo, al fondo de aquel barrio de la ciudad que se levantaba como un promontorio en medio del mar de campos, los que se quedaban, sacudían sus pañuelos y levantaban las manos para despedirse: —¡Sé feliz! ¡*Lebe wohl!* ¡Que la fortuna te sea propicia! ¡Buena suerte! Y tras las olas policromas de ese mar donde florecían las rojas amapolas y los tímidos acianos, el navío desaparece lentamente, como si se lo tragara un mar en calma; las velas hinchadas por los soplos de la primavera son aún visibles, después desaparecen también; entonces, la paz desciende de nuevo sobre los campos, y los pájaros, que por un momento habían dejado de cantar ante ese inesperado espectáculo, retoman su alegre piar. Ahora renacen los mil ruidos de la naturaleza, como renace en la calle el ruido de la vida detenida un momento por el paso de un cortejo fúnebre; el campo se encuentra de nuevo lleno de vida y de alegría y lo muestra sin pena ni remordimiento; frente a granjas de puertas adornadas con guirnaldas, los campesinos y las campesinas bailan en círculo alrededor de un palo ensebado, al calor de las bebidas fermentadas, y lanzan al aire, con gritos agudos, sus sombreros llenos de cintas. Cruzado de brazos como un severo tribuno que presenciara una orgía, Hebdomeros miraba con aire pensativo aquellas ruidosas manifestaciones de una inocente alegría y pensaba: “Esos hombres son felices o al menos parecen serlo, aunque también sobre este punto habría mucho qué decir; pero felices, infelices o simplemente tranquilos, una cosa es segura,



que el célebre *demonio de las tentaciones* que padecemos nosotros, hombres de espíritu y de corazón, nunca ha venido a sentarse a su mesa ni se ha posado en sus cabeceras, nunca los ha seguido al salir el sol, cuando se dirigen al trabajo, hoz al hombro, siguiendo con la mirada a la alondra que sube al cielo como la esfera blanca en la punta del surtidor de agua, en los puestos de tiro al blanco, y menos aún cuando vuelven cansados a sus cabañas, por las tardes, mientras los cuervos, hartos de carroña podrida en el lecho de arroyos secos, regresan a las montañas vecinas con un vuelo lento y regular, lanzando de vez en cuando ese suave graznido que siempre me ha gustado. Sabemos lo que significa aquel demonio que no deja de hacer muecas a nuestro lado; usted se encuentra lejos de la ciudad, se cree libre y tranquilo, como los alumnos que se van de pinta; está sentado en una banca, cerca de un camino abandonado, a la sombra de árboles cuyo tupido follaje detiene los ardientes rayos del sol y los obliga a pasar, filtrados e inofensivos, para dibujar en el camino las notas perforadas del disco del teléfono; usted se cree libre, tranquilo y se abandona al ensueño y a los recuerdos del pasado; evoca el rostro de las mujeres que ha amado y los principales episodios, tristes o alegres, de su vida; usted se cree libre, tranquilo y de pronto se da cuenta de que no está solo, *alguien* más está sentado en su banca; sí, un señor vestido con una elegancia pasada de moda, cuyo rostro recuerda, vagamente a ciertas fotos de Napoleón III o de Anatole France en la época del *lis rojo*, sí, ese señor que lo mira conteniendo la risa es él, el *demonio de las tentaciones*. Y cuando usted, mucho tiempo después de que él haya desaparecido, se levante y se interne por el camino polvoriento, él saltará detrás de un arbusto, imitando de una manera desconcertante el ladrido de un perro; y si agotada su paciencia, usted comienza a apedrearlo con toda la fuerza de sus brazos, él huirá a toda velocidad a través de los campos, vociferando como energúmeno y acusándolo con los aldeanos de las peores afrentas, de violaciones de niñas o de incendios de granjas”. Ese largo soliloquio había entristecido y fatigado a Hebdomeros. El clima seguía hermoso; los árboles se escalonaban reverdecidos sobre

alturas plenas de sol y mezclaban las tintas de sus follajes; los claros estaban cubiertos de un césped muy verde y muy tierno, donde los niños jugaban, lanzando gritos de gozo; las casas, modestas, pero de aspecto limpio, alegre y hospitalario, levantaban sus techos puntiagudos entre los árboles; todo reposaba en la luz. Sin embargo, muy cerca de allí ocurrían acontecimientos de una solemnidad inaudita, uno tras otro, con esa fatalidad que la diosa Historia, sentada sobre una nube con su libro abierto sobre los muslos, había impuesto a su transcurso: ministros barrigones estrechaban la mano mirando a los ojos a los monarcas de torsos cubiertos por mosaicos de cintas y medallas, mientras que abajo, en la ensenada, buques acorazados con hierro disparaban sus cañones e izaban banderas y oriflamas en sus astas y mástiles; Mercurio, que en ese momento sobrevolaba el lugar, miró hacia abajo y saludó alegremente, sacudiendo con una mano su caduceo, cuando los cañones despertaron los ecos del valle.

¿Adónde volver?, ¿a las minas? Hebdomeros desconfiaba de esos terrenos insalubres, donde la fiebre imperaba todo el año y los hoteleros ponían sulfato de quinina en las mesas, como sal y pimienta en otros lugares. Era preferible el aburrimiento de una vida regida por las manecillas del cronómetro, pero lógica en el fondo y no desprovista de poesía, llena de lágrimas interiores; una vida en ese camino flanqueado de villas, donde se desgranaban las quejas de los pianos aporreados por adolescentes que cada mañana hacían sus ejercicios cotidianos. Todo eso hubiera resultado normal después de todo, y ni a Hebdomeros ni a sus amigos les habría disgustado disfrutar algunos días de descanso en aquellos lugares relajantes y aburridos, pero un hecho insólito atrajo su atención y les hizo comprender que no todo era tan normal como lo habían supuesto en un principio. Frente a cada villa había un pedazo de jardín con bancos y sillones de mimbre; en cada jardín, recostado en un sofá, había un gigantesco anciano de piedra; Hebdomeros se sorprendió de que los sillones resistieran tal peso y comunicó su sorpresa a sus compañeros, pero al acercarse se dieron cuenta de que los sillones, que de lejos parecían de mimbre, estaban

hechos enteramente de metal, y las cintas de acero, entretejidas y pintadas de color paja, habían sido calculadas para resistir presiones aún mucho mayores. Los ancianos *vivían*, sí, vivían, pero muy poco; tenían un poquito de vida en la cabeza y en la parte superior del cuerpo: a veces los ojos se movían, pero la cabeza no; era como si estos hombres sufrieran una eterna tortícolis y temieran despertar el dolor con el mínimo movimiento. De vez en cuando, sus mejillas se teñían ligeramente de rosa y, por las noches, cuando el sol se había puesto tras los montes boscosos próximos, se hablaban desde un jardín a otro contando recuerdos de antaño. Evocaban las cacerías de borregos cimarrones y urogallos en bosques húmedos y oscuros aun a mediodía; contaban cuántas veces se habían precipitado uno sobre otro blandiendo sus escopetas por los cañones, como si fueran garrotes, o empuñando sus cuchillos de monte. La eterna causa de esas riñas era alguna presa que dos cazadores pretendían haber abatido a la vez. Una noche, sin embargo, los grandes ancianos de piedra dejaron de hablar; fueron llamados a toda prisa especialistas para que los examinaran y constataron que la poca vida que los había animado hasta entonces había desaparecido, incluso la parte superior de sus cráneos estaba fría y sus ojos se habían cerrado; entonces, se decidió quitarlos de allí para que no estorbaran en los pequeños jardines de las villas; llamaron a un individuo que se decía escultor, era un hombre de modales perturbadores, que bizqueaba horriblemente y quien salpicaba sus discursos con juegos de palabras y bromas soeces; su aliento hedía a aguardiente a tres pasos de distancia. Llegó con una valija llena de mazos de madera de todo tipo y puso manos a la obra en seguida: uno tras otro, los grandes ancianos de piedra fueron triturados y los trozos arrojados en un valle que rápidamente adoptó el aspecto de un campo de batalla tras el combate. Las olas llegaban hasta esos tristes desechos; y allá, tras los negros acantilados con perfiles de apóstoles góticos, se levantó la luna; una luna de palidez boreal huía sobre las nubes y, Hebdomeros y sus compañeros de pie miraron hacia el sur, como náufragos sobre una balsa; sabían que allá, de donde venía la tempestad,

tras ese mar desgarrado que volcaba montañas de espuma en la orilla, estaba África; sí, las ciudades calcinadas bajo un sol implacable, la sed y la disentería, pero también los oasis tan frescos que ya no hay nada más que desear y esa extraña y suave sabiduría que cae de lo alto de las palmeras, junto a los dátiles maduros en las castas horas del amanecer; sin embargo, no había que pensar en eso; Hebdomeros miraba las nubes que, desde el sur, huían hacia el norte, donde quedaba algo de claridad en el cielo; pronto, esa parte de la bóveda celeste también se cubrió de nubes, dispersas primero y después más espesas, más compactas, como grandes velos negros que una mano invisible hubiera arrastrado allá arriba; en poco tiempo el cielo se tornó negro por todas partes. “Debemos dirigirnos, como sea, al norte —dijo Hebdomeros a sus compañeros, quienes estuvieron de acuerdo. En efecto, amigos míos, continuó, el norte es un poco como el occidente, y el sur, en cambio, es un poco como el oriente; les aconsejo desconfiar del sur y del oriente, pues son lugares deletéreos y corrosivos; hacia el norte está la vida y la felicidad, la belleza y la claridad; la alegría del trabajo y del descanso sin remordimiento; si tienen algo que decir o enseñar, díganlo y enséñenlo al norte o al occidente, tendrán más probabilidades de ser comprendidos y recompensados por sus esfuerzos. Sin embargo, eso no quiere decir, amigos míos, que nunca deban ir al sur o al oriente, llegará el día cuando no sólo iremos, sino que nos quedaremos allá; pero habrá que llegar desde arriba; a las plazas fuertes se les toma con astucia; los ataques frontales sólo conducen al fracaso, a las pérdidas materiales y de vidas. En el vasto mundo, las cosas enemigas son más numerosas que las favorables; sigan, pues, una buena táctica y una buena estrategia, no sólo combatan con valor, sino con ciencia e inteligencia; el valor no basta. No basta con que algún día sus amigos, sus parientes o incluso personas que ustedes desconocen, pero que siguen con atención y simpatía sus actos y sus gestos, digan: ‘Murió como un valiente’; ustedes no encontrarán en esas palabras sino arrepentimiento por las locuras de una juventud desperdiciada en fáciles placeres hasta que la madurez, al despertar las capas más profundas de la

razón, los obligue a la disciplina y al trabajo, y los impulse hacia conquistas siempre más grandes y más bellas que iluminarán sus vidas para siempre con el fuego inmortal de la gloria. Que el hecho de que los ingenieros de caminos se agiten en mangas de camisa sobre excavaciones y obras de drenaje, bajo el calor de esos días caniculares, sea para ustedes motivo de remordimiento y deseo de emulación; cuando salga agua caliente sospechosa por los grifos de sus casas, cuando las moscas se encarnicen en sus platos y los alimentos se descompongan en sus alacenas, piensen en las cacerías en regiones polares, piensen en los leones marinos mordiendo a grandes dentelladas la madera de embarcaciones que se ladean de una manera inquietante; piensen también, en los grandes bosques de pino, en las faldas de montañas que se levantan cuando el sol desaparece con lentitud en el aire transparente detrás de las cimas rocosas y abre con el ocaso las puertas a los frescos vientos fríos que reviven a las plantas y a las flores, y sacan a los animales de sus guaridas y madrigueras, donde se habían refugiado del calor del mediodía. Piensen, también, en las benditas ciudades donde la bruma y la niebla extienden eternamente sus velos bienhechores, donde los niños albinos pueden mirar el disco solar en pleno día, donde los hombres tienen la piel clara y los ojos azules y los pintores trabajan mucho tiempo en retratos y marinas que, una vez terminados, se pueden examinar con lupa”. Los amigos y discípulos de Hebdomeros lo escuchaban apoyados en balaustradas o recostados en el piso. Después de estar en las hogueras, se encontraban ahora en los senderos interiores de la ronda, protegidos por profundas murallas; los pilares se alternaban en torno a ellos y las bóvedas ojivales elevaban, por todas partes, sus curvas armoniosas. Cuando terminó su largo discurso, le aplaudieron y se levantaron para mirar abajo el pequeño puerto donde, al despuntar el día, dos fragatas con banderas desconocidas habían echado el ancla. Los marinos, ahora, reparaban las velas, construían canoas para reemplazar a las que la tempestad había destruido y salaban alimentos, mientras los sabios, peludos y parlanchines, se disputaban ruidosamente los instrumentos científicos sobre

bloques de la mole en construcción. El emplazamiento de esa ciudad, que Hebdomeros consideraba la mejor situada del universo, en la desembocadura de un río que la dividía, fertilizaba sus campos y resultaba navegable hasta aquel lago rico en peces donde nacía, maravilló a esos jóvenes perspicaces y dados a la imaginación lírica. Mientras tanto, la noche había llegado y con ella cambió el escenario. Como ocurre a veces en los sueños, poco a poco se desvaneció el encanto de ese dulce panorama para ceder el sitio a la horrible silueta de las peñas inhóspitas que surgían en la sombra, ocultas durante el día por la neblina y el humo de las fábricas. El cráter de un volcán comenzó a vomitar torbellinos de humo y llamas breves, amarillas y azulosas; la lujuriente vegetación de los valles desapareció en las tinieblas. El lago se encontraba en un foso rodeado de paredes cortadas a pico; los indígenas contaban que en el centro se había sondeado sin tocar fondo, probablemente éste desaparecía en los abismos de la tierra; corrían extraños rumores, hombres serios aseguraban haber visto, en las horas más profundas de la noche, a monstruos de la era terciaria errando en la superficie. Lo cierto es que nadie osaba aventurarse al centro del lago; además, una hilera de pequeñas boyas flotantes, pintadas de bermellón, marcaba el límite donde la sonda dejaba de tocar el fondo. Hebdomeros estaba decidido, más que nunca, a dejar esa región que bajo un engañoso aspecto de fertilidad y tranquilidad ocultaba espantos y extrañas trampas. Todo iba bien mientras el sol brillaba, pero al caer la noche aparecía la otra cara de la moneda; los habitantes, sin embargo, no carecían de civilización ni de gustos refinados. Para darse cuenta, bastaba el menú que sirvieron a Hebdomeros y a sus amigos en el restaurante donde entraron a cenar:

*POTAGE CRÉCY*

*ALCACHOFAS*

*PIERNA DE CORDERO*

*PURÉ DE MANZANA*

*PASTEL DE SÉMOLA*

*COMPOTA DE CIRUELA*

De cualquier modo, no podía pasar todas las noches con la angustia de encontrarse con un ictiosaurio o de despertar bruscamente con una erupción del volcán. Hebdomeros habría soportado mejor lo contrario: vivir con inquietud durante el día, pero una vez llegada la noche, una vez corridos los cerros, bajadas las cortinas y cerradas las puertas, reposar con toda seguridad y tranquilidad. Consideraba el sueño como algo sagrado y suave, no admitía que su calma fuera trastornada por nada ni por nadie. Profesaba el mismo culto por los sueños, hijos del dormir; de allí que mandara grabar a los pies de su cama una imagen de Mercurio oniropompeo, es decir, conductor de sueños, pues como todos saben, Júpiter no sólo encargó a Mercurio que ejerciera la profesión de psicopompeo, guía de las almas de los moribundos al más allá, sino que condujera los sueños de los vivos cuando duermen. Hebdomeros había colgado del muro, sobre su cama, un cuadro muy curioso pintado por un amigo suyo, artista de gran talento, que por desgracia había desaparecido muy joven. Era un intrépido nadador que alguna vez quiso atravesar un río en plena crecida, pero la corriente lo arrastró y desapareció entre los remolinos, a pesar de sus esfuerzos y los de quienes intentaron auxiliarlo. En ese cuadro, Mercurio estaba representado como pastor, con un cayado en lugar del caduceo; arreaba hacia la noche, ante él, al rebaño de los sueños. La composición del cuadro era muy buena; al fondo, detrás de Mercurio y de su rebaño se veía un paisaje soleado, ciudades, puertos, hombres atareados en sus asuntos, campesinos trabajando los campos, la vida, en fin, mientras que alrededor de Mercurio y de su extraño rebaño todo era soledad y oscuridad, como si hubieran entrado en un inmenso túnel. Debido a los sueños, de nuevo, Hebdomeros se abstenía de cenar habas en la noche; en esto coincidía con Pitágoras, quien afirmaba que las habas hunden a los sueños en la confusión y la oscuridad. Hebdomeros lamentó sinceramente la muerte del joven pintor; conservaba una fotografía tomada unos días antes de aquella imprudencia que habría de costarle la vida; ésta mostraba al pintor de frente, con el rostro ornado con una barba negra que contrastaba con la expresión

casi infantil de sus rasgos. “Esa barba era su pasión —respondía Hebdomeros a sus amigos, cuando le pedían detalles de la vida de aquel joven pintor—, amaba algo del pasado, de aquel pasado un poco lejano que encontramos en los retratos de nuestros padres cuando eran jóvenes. Él se rasuraba, pero se dejó crecer la barba para tomarse la fotografía, como lo hacen a veces los actores de cine para verse más auténticos en los papeles donde ese adorno del rostro viril resulta indispensable; pero aquí se equivocan garrafalmente, porque una barba falsa en la pantalla siempre resultará más auténtica que una barba verdadera, al igual que una escenografía de madera y cartón siempre resultará más verdadera que un escenario natural. Pero vaya a decirles eso a los directores de cine, siempre ávidos de sitios hermosos y escenas pintorescas; ¡lástima! No entenderían nada”. Y Hebdomeros callaba mientras miraba con aire pensativo los tiernos arabescos de un tapiz oriental que acababa de comprar. A veces, en medio de sus ensueños, se pasaba la mano por la frente, como para ahuyentar las ideas tristes, las imágenes inoportunas y, levantando la cabeza, decía: “Hablemos de nuevo de ese joven artista, víctima de su temeridad. Es cierto que si hubiera tenido plena conciencia de su valor no habría expuesto su vida de ese modo, en un alarde, por un éxito deportivo que otros, más entrenados y más resistentes que él, de seguro habrían alcanzado; hubiera trabajado tranquilamente y se habría alejado con prudencia de riesgos y peligros. En materia de perfumes, sólo le gustaba el agua de Lubin y a veces también el agua de Colonia; sin embargo, decía que desde cierto punto de vista, el agua de Lubin resultaba más evocadora”. Y en cuanto Hebdomeros acabó de pronunciar estas palabras, se escuchó un cañonazo en su puerta; en seguida, numerosas palomas, asustadas por la detonación, pasaron como un torbellino por su balcón; todos, instintivamente, sacaron sus relojes suponiendo que era mediodía, pero Hebdomeros los detuvo con un gesto: “No, amigos, aún no hemos llegado a la mitad de nuestra jornada; el cañonazo que acaban de escuchar no significa que el sol en el espacio, las manecillas en los relojes y las sombras en los relojes de sol hayan alcanzado ese



punto fatal que según ciertas personas marca la hora de fantasmas mucho más interesantes y singulares que los que, por regla general, aparecen hacia medianoche en los cementerios abandonados o bajo la pálida luz de la luna agonizante tras los nubarrones de la tempestad, entre las ruinas solitarias de un castillo maldito, fantasmas, que ustedes todos y yo también conocemos, porque los hemos visto desde nuestra más tierna infancia. El cañonazo que ustedes acaban de escuchar, amigos míos, anuncia simplemente la llegada a nuestro puerto del paquebote *Argolide*. Este acontecimiento no tendría ningún interés si no supiera, por chismes del barrio, que en ese paquebote vuelve a su ciudad natal el joven Lecourt, sí, Thomas Lecourt, quien hace cinco años dejó la casa paterna para correr mundo y vivir su propia vida y a quien todo el país llama el hijo pródigo. Ustedes conocen a su padre, ese viejo de perfil severo que recientemente se sometió a una operación del hígado; ustedes saben, asimismo, que vive cerca de aquí, en una villa escondida en medio de eucaliptos; desde nuestro balcón se puede ver su jardín. Ese viejo, viudo desde hace tiempo, casi nunca sale de su casa, le otorga una gran importancia a la mantequilla y ha dedicado largos estudios a su fabricación a través de los tiempos; de vez en cuando, sus amigos lo buscan para burlarse del mantequillólogo, pero él no se enoja, casi nunca se enoja, siempre sonrío con tristeza bajo sus bigotes blancos; con frecuencia fija la mirada en el vacío, frente a él; sin embargo, hay momentos en los que un brillo de cólera enciende su mirada; sus rasgos se contraen, sus manos se crispan en los brazos del sillón y, entonces, con una voz temblorosa, donde se mezclan la ira, el odio y el dolor, dice estas tres palabras: “¡Ay, ese criminal!”. Y es que su mirada descubría el retrato de Clotilde, su hija Clotilde, Clotilde la jorobada, a quien su marido, un hermoso hombre de bigote rubio, abandonó embarazada, pocos meses después de su matrimonio. Pero volvamos a los hechos. Lecourt hijo, vuelve a la casa paterna; si ahora mismo saliéramos al balcón no tardaríamos en verlo. Y nada resulta más conmovedor, amigos míos, que ese regreso, sobre todo sin la escenografía del sacrificio de la ternera y del anciano de barbas

blancas que extiende los brazos en señal de perdón”. Invitados por Hebdomeros, algunos de sus amigos salieron al balcón, otros se acodaron en las ventanas y todos miraron el camino blanco que descendía hacia el puerto; pronto, al fondo del camino apareció un hombre que avanzaba con paso fatigado, apoyado en un largo bastón, con un pesado bulto a la espalda y una cobija enrollada y atada con cuerdas. Una delgada capa de nubes cubría el cielo y un suave viento soplaba de vez en cuando, silbando imperceptiblemente en las hierbas secas y los cables del telégrafo; por todas partes reinaba una gran tranquilidad; sin embargo, se sentía que no duraría mucho tiempo, los amigos de Hebdomeros dieron la señal; todos, en cuanto percibieron al que regresaba, gritaron a la vez: “¡Allí está, allí está!” y luego, con más fuerza aún: “¡Viva el que vuelve con nosotros! ¡Viva el que regresa! ¡Viva el hijo pródigo! ¡Viva el regreso del hijo pródigo!”. Los gritos y las exclamaciones se propagaron de casa en casa, amotinaron a todo el país y pronto aparecieron banderas en las ventanas, los hombres abandonaron sus trabajos para venir a ver al que pasaba, las pandillas de niños comenzaron a caminar frente a los soldados de la escolta, parodiando el paso de ganso y haciendo toda clase de ruidos inconfesables con la boca para imitar el redoble del tambor. Las golondrinas hendían el aire con largos trazos negros, lanzando gritos estridentes. Al fondo del parque de eucaliptos, la casa del padre se encerraba en el mutismo con sus postigos cerrados. La casa del padre se callaba y, pronto con ella, todo comenzó a callarse. Los ruidos se apagaron, el viento contuvo su aliento, las cortinas, que se inflaban románticamente en las ventanas abiertas, cayeron, como estandartes a los que el viento ya no agitaba. Los hombres que jugaban al billar, con las manos en la cintura, súbitamente dejaron de jugar, como si un gran cansancio se hubiera apoderado de ellos, un cansancio de su vida pasada, de su vida presente y de los años que les esperaban todavía con su cortejo de horas tristes, sonrientes o simplemente neutras, ni tristes ni sonrientes, ¡horas, nada más! Por todas partes se hizo el silencio y comenzó la meditación. Un pregonero, despreocupado del misterio e insensible a las complicaciones metafísicas,

comenzó a anunciar a todo pulmón las próximas salidas de los paquebotes y cuáles aceptaban pasajeros además de mercancías. Tenía cuidado de golpear violentamente su tambor, antes de cada anuncio. Un policía, salido de un callejón estrecho y tenebroso, puso fin a ese sacrilegio llevando al pregonero al callejón, como un león que vuelve a la espesura con el antílope sorprendido en el momento en que descansaba, a la orilla de un estanque. Hebdomeros amaba, sobre todo, ese momento; se le abría el apetito y pensaba, con alegría, en el almuerzo del mediodía; estaba muy lejos de ser goloso, jamás recordaba los placeres de la mesa con excesiva voluptuosidad, pero era algo antojadizo y lo era con tacto e inteligencia; le gustaba el sabor del pan, la grasa de cordero asada, el agua fresca y límpida, el tabaco fuerte. También le gustaban los judíos y todo lo que tenía que ver con ellos; en su compañía se abandonaba a un dulce y extraño arrebató que tenía algo de la emoción que dan los viajes, pues cuando viajaba siempre tenía la impresión de estar soñando; así que cuando se encontraba con los hijos de Israel, también salía de viaje: un viaje al fondo de la noche oscura de los tiempos y de las razas.

Para festejar el regreso del hijo pródigo, el padre ofreció, días después del acontecimiento, una recepción a la que invitó a Hebdomeros y a sus amigos. El jardín de la villa se iluminó con linternas venecianas, suspendidas de los troncos de los eucaliptos y se instaló, en la veranda, de la que se habían retirado para esta ocasión todas las plantas y macetas, un bufé despojado de cualquier lujo inútil pero donde los invitados podían encontrar muchas cosas buenas, sanas y apetitosas. Hacia el oeste, el cielo aún estaba claro porque en esa región occidental los largos días de verano se prolongaban hasta muy tarde y la noche caía con extrema lentitud. Arriba, en el cielo, las pequeñas nubes violetas que los últimos reflejos del poniente teñían tiernamente de rosa en uno de sus costados, se habían dispuesto en anfiteatro; pero la oscuridad comenzaba a invadir el campo alrededor de la ciudad, las formas de los árboles se volvían sombrías y la blancura de las casas se borraba cada vez más; a lo lejos se escuchaba el ruido de un tren que se alejaba

hacia el norte, en alguna parte. Pronto, el reloj de la alcaldía dio las nueve y comenzaron a llegar los primeros invitados. También llegó Hebdomeros, rodeado de sus amigos, pero al contrario de lo que esperaba y deseaba, su llegada y su presencia no fueron advertidas de un modo particular. Los invitados se abstuvieron de bailar por consideración de los dolores morales del anfitrión, mitigados, ciertamente, por el regreso de su hijo, pero no eliminados. Por su parte, habiendo previsto esa delicada atención, Lecourt padre mandó instalar un pequeño escenario en el salón principal y colocó algunas hileras de sillas, rentadas a un café del rumbo, frente a él. Sobre ese escenario, algunos actores aficionados interpretaron breves comedias, que fueron calurosamente aplaudidas. Sentado en la primera fila, con su hija Clotilde a su derecha y su hijo Thomas a su izquierda, Lecourt padre daba la señal para aplaudir. Todo iba muy bien, reinaba una hermosa cordialidad, una encantadora simplicidad en la reunión, a pesar de que algunas parejas se querían pasar de listas y se alejaban a pasos lentos hacia las sombras del parque, en medio de un silencio lleno de ensueños. Se habría jurado que esa agradable velada terminaría tan tranquilamente como comenzó, cuando sobrevino un incidente muy lamentable; dos actores que participaban en la tercera y última comedia fueron los culpables; en un acto de la comedia se representaba una clase en una escuela: mientras el maestro daba el curso los alumnos hacían todo tipo de bromas pesadas, pero uno de ellos, sobre todo, mostraba mayor maldad; su especialidad era atar con alfileres en la espalda de la levita del maestro un muñeco recortado en una hoja de cuaderno, aprovechando el instante en que se daba la vuelta para escribir en el pizarrón. El actor que interpretaba al maestro era un hombre cerca de los cincuenta, con un bigotito gris retorcido. Tenía un carácter particularmente irascible y puntilloso; era viejo amigo del anfitrión; se decía que en su tiempo fue cónsul en oriente y que le gustaba mucho la cacería de agachadizas. En el instante cuando el actor que actuaba el papel de oveja negra le colgó por décima ocasión el muñeco en la espalda de la levita y considerando, sin duda, que ponía demasiado celo en la acción, se

volvió bruscamente y le dijo en tono seco: “Señor, me parece que usted exagera”. A lo que el otro respondió en un tono no menos ofendido: “Y usted, señor, olvida que aquí somos actores, sobre un escenario y que lo que interpretamos es ficción; además, tengo el honor de conocerlo desde hace tiempo y me parece que usted nunca ha mostrado sentido del humor”. Esta réplica, muy razonable en el fondo, enfureció al máximo al ex cónsul; perdió el dominio de sí mismo y dando un paso hacia adelante, hizo el gesto de abofetear a su interlocutor. Los demás actores, a quienes se sumaron algunos espectadores que habían subido al escenario, se interpusieron rápidamente; pero hizo falta la venerable presencia del anfitrión, apoyado en los hombros de sus dos hijos, para apaciguar los ánimos sobreexcitados. La comedia se interrumpió. Los espectadores se dirigieron al bufé muy emocionados, comentando el desagradable episodio con excitación mientras la esposa del ex cónsul decía en voz alta, a quien quisiera oírla y arrastrando a su esposo, aún pálido de furor, hacia los eucaliptos, “¡Me siento orgullosa de tener un marido como él!”.

La velada llegaba a su fin. Los últimos invitados, Hebdomeros entre ellos, ofrecieron sus respetos al anfitrión y a sus hijos y dejaron la villa, cuyo jardín se había hundido en la oscuridad. Afuera, el cielo ofrecía un espectáculo inolvidable: las constelaciones estaban tan bien dispuestas que formaban auténticas imágenes trazadas con puntillismo, tal y como se ven en los diccionarios ilustrados. Hebdomeros se detuvo encantado y comenzó a señalarlas, lo cual, por lo demás, resultaba muy sencillo, pues era tan fácil reconocerlas que hasta el hombre más desprovisto de cultura astronómica las hubiera identificado. Se veía Géminis, con sus gemelos apoyados uno en el otro, en la clásica pose de la tranquilidad; se veía la Osa Mayor, obesa y conmovedora, llevando su piel contra la oscuridad del profundo éter y, más allá, Piscis, con sus peces girando con lentitud, siempre a la misma distancia uno del otro, como si estuvieran unidos al mismo eje, y Orión, el solitario Orión, alejándose en las profundidades del cielo con su garrote al hombro, seguido por su fiel perro; Virgo, con sus formas exactas

y opulentas, recostada sobre una nube, volvía la cabeza con un movimiento lleno de gracia para mirar allá abajo al mundo, aún dormido, en las últimas horas de la noche que llegaba a su fin; más lejos, a la izquierda, Libra, con los platillos de su balanza vacíos e inmóviles en perfecta horizontalidad. Había para todos los gustos y para las más locas exigencias. Los instintos noctámbulos se despertaron en todos ellos. Ya nadie tenía ganas de volver a casa. Hebdomeros, quien sentía todas las emociones con más violencia que los demás y siempre estaba dispuesto a entusiasmarse, propuso, olvidándose de cualquier dominio sobre sí mismo, ir en el acto a sentarse a la mesa de un pequeño café que permanecía abierto hasta la madrugada, pues allí llegaban a descansar y a comer algo los obreros e ingenieros que trabajaban de noche en las reparaciones del ferrocarril.

Los barcos de pesca soltaban sus amarras allá, en el puerto; el ruido de los coches subía por el camino y en las ventanas de las casas se encendían las luces; se sentía que no estaba lejos el día; la vida despertaba con lentitud un poco por todas partes. Los soplos frescos del mar pasaban por el aire con una muda llamada; al este, el cielo clareaba. “El insomnio”, pensó Hebdomeros de pronto y sintió un escalofrío en la espalda, pues sabía lo que eso significaba..., sabía bien lo que ocurría al día siguiente de una noche pasada en blanco, una de esas noches de verano, llena de los fantasmas de la gran escultura antigua, cuando los espectros de los célebres templos, desaparecidos hace siglos, levantan sus líneas profundas contra la grupa de los montes oscuros; conocía bien los días calurosos que siguen a las noches de grandes visiones, el sol implacable y el obstinado canto de las cigarras sagradas e invisibles, la frescura imposible buscada a mediodía, a la orilla de un río fangoso.

“Qué significa entonces, pensó Hebdomeros, aquel sueño de la batalla a la orilla del mar, las piraguas sobre la playa, las trincheras cavadas a toda prisa, en la arena, y esos minúsculos hospitales, allá, tras las trincheras, esos hospitales coquetos donde se atiende con habilidad y ternura incluso a las cebras, sí, a las pobres cebras heridas que salen de ellos vendadas, cosidas, zurcidas, desinfectadas, remendadas, con

compresas, renovadas, ¡en fin! ¿No sería la vida más que una inmensa mentira?, ¿la sombra de un sueño huidizo?, ¿un eco de aquellos golpes misteriosos dados contra las peñas de esa montaña que, al parecer, nadie ha visto por el otro lado y en cuya cima se perciben durante el día masas sombrías de perfiles irregulares que sin duda son bosques, pero de donde, por las noches, llegan suspiros y gemidos ahogados, como si algún gigante encadenado sufriera, allá arriba, sin esperanza, bajo un cielo tembloroso de estrellas”. Así hablaba Hebdomeros consigo mismo, mientras la noche descendía de nuevo sobre la metrópoli. La gente pasaba a su lado de un modo regular y continuo, como si estuviera atornillada a una cadena en movimiento perpetuo. La gente lo miraba sin verlo; todos tenían el mismo rostro; en ocasiones, alguno se soltaba de su cadena invisible para detenerse frente a las deslumbrantes vitrinas de los joyeros. *Luxus*, *Cameo*, *Irradio*, eran los sonoros nombres de aquellos célebres diamantes que habían decorado las coronas de monarcas asesinados durante las noches de luna, en palacios escondidos al fondo de oscuros parques. Ahora, esas piedras invaluable lanzaban por todos lados sus dardos iridiscentes y sus auroras boreales en miniatura; instaladas en pequeñas bases, hechas con cubos cubiertos de terciopelo rojo, brillaban con todo su esplendor en medio del escaparate, como brilla, al fondo del cielo, en una tranquila noche de verano, la estrella que a lo largo de los siglos ha visto cómo se abaten sobre el mundo las guerras, los cataclismos y las plagas, destruyendo lo que los hombres han construido. A veces, una mano rapaz y certera, como la garra de acero de un buitre adulto, pasaba a través de los densos paños que servían de telón de fondo a ese teatro, pequeño y obscuro, iluminado *a giorno*, donde el lujo, disimulando hipócritamente a la lujuria, exhibía sin vergüenza sus fuegos maléficos. Entonces surgían las revueltas, como surgen las tormentas en el ardiente cielo de un día de verano. Hombres decididos y feroces, guiados por una especie de coloso con barba de dios antiguo, arrojaban contra las puertas blindadas de los palacios enormes vigas de madera tomadas de edificios en construcción, a manera de catapultas. Los más

prudentes habían huido; otros habían sucumbido a los primeros golpes, justamente quienes nunca habían creído en la revuelta y suponían que sólo eran rumores que corrían, desprovistos de cualquier fundamento, puestos en circulación por algunos banqueros voraces para provocar alguna baja en los valores y especular, en seguida, con el alza que seguiría al desmentido de esos alarmantes rumores. Se trataba de las mismas personas que concluían siempre sus discursos optimistas con frases como: *nuestro pueblo tiene bastante sentido común*, etcétera, etcétera.

Ciertamente, no era el mejor momento para pensar en el trabajo. Hebdomeros había tomado partido desde hacía tiempo, había hablado incluso con sus amigos de manera que ninguno de ellos se sorprendió en lo más mínimo al ver que ese hombre, siempre tan activo, permanecía días enteros recostado en el sillón, con los pies sobre una silla, fumando una pipa y contemplando, con aire soñador, las molduras del techo. No se tenía ninguna noticia del palacio, de esa mansión lujosa y llena de un desorden indescriptible, cuya entrada principal estaba custodiada por unos molosos mansos como corderos con las personas que conocían, pero que erizaban el pelo de los lomos, ladraban y babeaban en cuanto veían a algún extraño. Una vez en lo alto de aquella escalera solemne del jardín que conducía al interior del palacio y cuando uno se internaba por ese inquietante laberinto de corredores, vestíbulos, antecámaras y salones, tras los biombos, al pie de los pesados portones donde antaño yacían, con las manos crispadas y las barbas al aire, cadáveres de caballeros asesinados a mansalva, en esa época cuando los lacayos usaban alabardas y seguían a los coches bajo antorchas humeantes, era necesario, pues, hacerse de un guía a toda costa, dirigirse a un mayordomo con levita, para que lo precediera a uno y le mostrara el camino. Uno se sentía, entonces, con el alma ligera, con el alma de un muerto, como Alcestes siguiendo a Hércules para encontrar a su esposo y, así, envueltos una atmósfera de mitología, se llegaba hasta el umbral del cuarto del soltero. La cama deshecha y los muros llenos de fotografías dedicadas decían más de un drama y un



lamento; él, pues era a él precisamente a quien buscaba Hebdomeros, estaba tendido en su lecho, con las piernas separadas y una bata corta que apenas le llegaba al bajo vientre, de manera que su órgano sexual, con las venas hinchadas, quedaba al descubierto; las compresas y las cajas de algodón hidrófilo, con las que se había curado una rodilla tumefacta, estaban regadas sobre los taburetes orientales con nácar incrustado que hacían pensar en el sombrío oriente y en aquellos infelices, cosidos en sacos y arrojados en las negras aguas del golfo durante las horas más profundas de la noche. Entonces, Hebdomeros evocaba a *la liberación*, a las máquinas voladoras y a las invencibles falanges de guerreros blancos con cascos de oro, que aplastarían a los malvados bajo sus talones justicieros y una vez pacificado el mundo, regenerarían a la humanidad a la sombra de sus estandartes, con los colores del cielo.

Las máscaras que ocultaban los rostros caían una tras otra. Hebdomeros se tranquilizó en seguida; esos rostros, que él había imaginado inquietantes hasta el máximo grado tenían expresiones tranquilas que inspiraban una gran confianza. Un abandono sensual, un violento deseo de paz y de aburguesamiento se apoderó de todo el mundo y, entonces, lentamente y sin empujones, se adentraron en la sólida banalidad de unas galerías donde los espejos, con marcos dorados, estaban cubiertos con velos violetas para que las moscas no los ensuciaran. Sobre los divanes, sobre los sofás, de un sillón a otro, se animaban las conversaciones. Hebdomeros contó, quizá por centésima ocasión, cómo conoció a aquel amigo que más tarde lo acompañó en todos sus viajes y el ardiente amor que desde la infancia profesaba por los grandes árboles, en particular, por el roble y el sicomoro. Después, al entablar conversación con una joven dama, describió su actitud ante el dentista, cuando por primera vez le extrajeron un molar. “Sí señora —decía, con cierta exaltación, como le ocurría cada vez que se encontraba en presencia de una mujer rubia, de piernas fuertes y ojos de gato—, sí señora, yo estaba sentado en la sala de espera, aguardando mi turno. Sentía frío en los pies y un ligero cólico. Para distraerme, concentré mi atención en una oleografía colgada

del muro, frente a mí, que representaba a un grupo de pieles rojas cazando búfalos a caballo en una pradera llena de matorrales. De pronto escuché el sordo ruido de una puerta capitoné, que se abrió tras la puerta de la sala, la cual a su vez se abrió y un hombre con porte atlético y ojos de búho protegidos con lentes, vestido de bata blanca, apareció en el umbral. Me levanté bruscamente y le dije con un tono decidido: ‘Buenos días, doctor’. Se inclinó sin pronunciar palabra y con un gesto de la mano me invitó a entrar a su consultorio. Entonces, lentamente, mirando hacia adelante, avancé con la frente en alto, sin pensar en nada...”. Hebdomeros concluyó su historia con estas solemnes palabras: “Se trataba, quizá, de aquel instante sublime que viven los héroes y también, quizá, de la baja y vil postración del esclavo con el rostro vuelto hacia la tierra”. Pero la dama, a la que creía impresionar con este discurso, le sonreía y lo miraba con aire burlón, sorprendido y benévolo, como si le hubiera cantado una canción en un idioma que ella desconocía.

“El ánimo, decía un quincuagenario sólido y de piel oscura, es lo que con frecuencia salva la vida a un hombre. Con toda seguridad, el príncipe, atacado por ocho sicarios enviados por los enemigos de la monarquía, habría muerto si no hubiera tenido la inspiración de tomar una de las planchas de metal que se encontraban en el jardín y emplearla como escudo; debo añadir que antes tuvo la precaución de apagar la luz, lo cual dificultó la puntería a los sicarios y, al mismo tiempo, facilitó su huida. Al día siguiente, el pueblo loco de alegría lo aclamaba en la plaza de la iglesia, los fuegos artificiales estallaban, las campanas repicaban a vuelo, y hermosas aldeanas le traían, con sus trajes regionales y rojas de emoción, regalos de todo tipo en canastas adornadas con lujosos bordados, y en el momento exacto en que se encontraba en presencia de aquella mujer única, de frente pálida y expresión amarga, de aquella mujer sublime que a lo largo de diez años tuvo la fuerza y la sabiduría para ocultar a todo el mundo su vergüenza y su desesperación, incluso a su padre y a su madre, encontró el valor para decirle, con la voz rota por la emoción: “¡Que Dios me perdone, señora, pero yo no soy el rey!”.

Las conversaciones se habrían prolongado por tiempo indefinido si el crepúsculo no hubiera descendido lentamente para cubrir de sombras el salón. La intensidad de las conversaciones disminuyó bajo el efecto de la oscuridad que comenzaba a hacer sentir su peso, todos parecían recogerse y pensar en sus propias inquietudes y en esos enigmas, siempre por resolver, que planean sobre la vida de los hombres como gaviotas sobre los mares en tempestad. Para romper la *stimmung* creado por el crepúsculo, Hebdomeros sugirió encender las lámparas, pero al ver que nadie se movía se levantó a prenderlas él mismo. En cuanto dejó su asiento, sintió que alguien lo detenía con fuerza por el antebrazo; se volvió y reconoció en la penumbra a un personaje con corbata negra, barbilla larga, rostro lampiño y huesudo, cuyo aspecto físico, particularmente desagradable, lo había sorprendido cuando entró al salón. “No señor, le dijo el hombre en un tono amable pero decidido, espere, todavía no encienda las lámparas, deje que la penumbra dure un poco más. Observe cómo cada persona y cada objeto adquieren, en la semioscuridad, un aspecto aún más misterioso: se aparecen los fantasmas de los seres y de las cosas; y cuando llega la luz, esos fantasmas se disipan en un reino desconocido. Los contornos se difuminan, como en esas épocas de la pintura cuando el oficio alcanza su más alto grado de perfección. Yo, señor, el que le está hablando, soy pintor y en más de una ocasión, cuando caen las sombras de la noche, me he quedado en mi taller sin encender las lámparas. Entonces, me pierdo en extraños ensueños ante el espectáculo de mis cuadros, que se hunden en una bruma cada vez más espesa, como si pasaran a otro mundo, a otra atmósfera, donde ya no los puedo alcanzar. Me gusta esa hora en que permanezco así, sin encender la luz, incluso cuando la noche cae por completo y debo buscar a tientas mi bastón, mi sombrero y avanzar como ciego para salir, tropezando con las sillas y los caballetes hasta alcanzar la puerta y bajar a la calle. Sí, me gusta esta hora, siempre me ha gustado. Sé que hay gente que prefiere la luz, la luz del sol, el mediodía en las plazas y las calles de la ciudad llenas de movimiento y de vida o bien a la orilla del mar, donde el agua centellea como metal fundido.

También sé que esa misma gente frecuente de noche los cafés y los teatros, iluminados por cientos de lámparas; a mí, en cambio, me gustan las sombras del crepúsculo; me parece que son más acogedoras, más relajantes y qué quiere usted, señor mío, me hacen soñar. Por eso le ruego, una vez más y de todo corazón que no encienda las luces” —y al decir esto, apretó aún más fuerte el antebrazo de Hebdomeros, que no había soltado a lo largo de su discurso. Hebdomeros, quien durante todo ese tiempo había prestado una atención forzada a su interlocutor, cuya extraña figura, sentada en un sillón de terciopelo rojo desaparecía casi por completo en la sombra, lo miró largamente con una mirada pensativa y reflexionó con tristeza en la estupidez y el inmenso egoísmo de aquel hombre que, para satisfacer su deseo de un romanticismo de mala índole quería obligar a decenas y decenas de personas a permanecer en la oscuridad, sin darse cuenta de que entre ellas había, quizá, fotómanos, es decir, individuos que aman con pasión la luz y también, quizá, escotófobos, es decir, personas que temen a la oscuridad. Todo esto resultaba, simplemente, indignante.

Por lo demás, Hebdomeros se adaptaba muy bien a esa sociedad desprovista de complicaciones intelectuales, pero cordial y bondadosa en grado máximo. Sin embargo, no faltaban maniacos, incluso algunos locos. Entre estos últimos se encontraba un profesor de dibujo que prestaba pequeñas sumas de dinero a sus alumnos, variaban de diez a quince francos a la semana, pero exigía en garantía ropa o prendas de vestir: las camisas y los chalecos eran sus predilectos. Acomodaba todas las prendas en cajones y roperos, con mucho orden, a cada una le colgaba de un botón, con un hilo, una tarjeta donde se leían, caligrafiados, el nombre y la dirección de su dueño, la fecha de empeño, la suma prestada, etcétera.

En ocasiones, después de comer, tomaba a un amigo del brazo y decía, con aire misterioso: “Debo ver a alguien a las dos, se trata de un asunto muy importante”. Ahora bien, ese asunto importante se reducía a buscar a un acreedor, de quien había recibido una camisa y un chaleco contra el préstamo de doce francos y proponerle la restitución del chaleco a cambio

de la devolución de cinco francos. A veces, el fondo moral de los negocios del profesor de dibujo resultaba muy sospechoso. Un joven, entre sus conocidos, se distinguía por su distracción y la facilidad con la que perdía las cosas. El profesor de dibujo se aprovechaba de los defectos de su joven amigo de la siguiente manera: le mostraba falsas joyas, sin ningún valor, fistleos, anillos, mancuernillas, brazaletes, etcétera. Obtenía esas joyas con los vendedores de ocasión de los barrios de las afueras de la ciudad y con frecuencia también las compraba por unos cuantos centavos a los vagabundos que encontraba a lo largo de sus correrías nocturnas. Al mostrarlas, se jactaba en términos líricos de su belleza y valor. Si su distraído amigo tenía la mala inspiración de mostrar cierta preferencia por alguna de las joyas, adoptaba un aire afligido, lo tomaba con las dos manos por los hombros y decía en tono patético, mirándolo fijamente a los ojos: “Mi querido amigo, si no fuera un recuerdo de familia que aprecio muchísimo, esa joya sería tuya; pero ya que te gusta tanto, tómala, te la presto por un tiempo, seré muy feliz dándote ese gusto”. El amigo, encantado, tomaba la joya falsa y, como era natural, a los dos días, a más tardar, ya la había perdido. Entonces, el profesor de dibujo lanzaba gritos de dolor, insistía en la pérdida moral y material que había sufrido, y después de muchos lamentos, acababa por embolsarse, así, una suma por lo menos veinte veces mayor que la que había gastado al comprar la joya. Esos fueron los principales motivos, los motivos madres, por decirlo así, que llevaron a Hebdomeros a dejar esa sociedad. ¿Dónde?, ¿cómo?, ¿por qué? Él mismo no acertaba a comprenderlo. ¡Recuerdos, dirá alguno! ¡Recuerdos! ¡Qué palabra tan sonora y tan profunda, tan evocadora y llena de sentimiento! Uno se estremece tan sólo de pronunciarla o, simplemente, al leerla. Pero esta vez no se trataba de un recuerdo. Hebdomeros salió al balcón de su cuarto de hotel. Bastó un paso para franquear ese umbral, un paso únicamente para dejar atrás aquel tapiz donde se desplegaba, con todo su horror, una cacería de leones en África y verse en el balcón; un balcón ni muy alto ni muy bajo; a Hebdomeros lo horrorizaban los balcones vertiginosos: era un balcón exacto.

En medio, atada con cuerdas a los arabescos de hierro forjado de la balaustrada, se elevaba un asta, viuda de bandera. En otras ocasiones, en aquel balcón había visto a demagogos de palabras flamígeras y altisonantes enardecer a las masas delirantes; a esas masas que gritaban su fe a través de miles de bocas abiertas en medio de rostros rojos y sudorosos, en el tórrido calor del mediodía o bien en noches iluminadas por pálidas antorchas. Ahora sólo se veían algunos bancos rústicos, alrededor de mesas sin desbatar; de vez en cuando, de lo alto de esos sicomoros seculares que sombreaban este sitio apacible, caía girando una hoja seca y danzaba sobre mesas donde nadie se sentaba. Cerca de allí, una fuente fresca y límpida mojaba unas ánforas de barro llenas de un vino color ámbar. Todo eso era más que suficiente para entusiasmar a Casca, el pintor meridional. Expresó su exaltación en términos simples y líricos, con Hebdomeros como testigo: “Para nosotros, los artistas, en esto radica la felicidad —decía—. Después de todo, ¿qué nos hace falta? Dos manzanas sobre una mesa, con sal y pimienta, un rayo de sol sobre nuestro piso de madera, una mujer dulce y fiel que nos haga más llevadero el peso de la vida y, sobre todo antes que nada —y aquí se detenía un momento para lanzar una mirada circular sobre las personas que lo escuchaban—, sobre todo y antes que nada, una conciencia tranquila; sí, una conciencia tranquila para poder o, mejor dicho, para tener el derecho de acostarnos en nuestras camas por las noches, cansados del trabajo del día, a disfrutar de un reposo bien merecido, para tener el derecho de decir no sólo el célebre: *yo también soy pintor*, que es muy bello pero no es todo, por desgracia, sino también el menos famoso pero no menos importante: *yo también soy un hombre honesto*”. Era el tipo de discurso que sacaba de quicio a Hebdomeros. Lo había escuchado en más de una ocasión. Su amabilidad instintiva, apoyada por una inteligencia superior y una educación de las más refinadas, lo obligaba, con frecuencia, a dar buena cara al mal tiempo y a mostrar una atención benévola hacia los discursos de todos esos maniáticos, cuya lógica inmensa sólo resultaba comparable con su locura, a veces aparente, pero otras veces tan

imperceptible que nadie la habría advertido, salvo un alienista genial, especializado en este tipo de casos, ¿ni aun así!

Hebdomeros se alejó algún tiempo de esos círculos y, un día, al salir de un café con sus amigos, bastante tarde en la noche, se detuvo al borde de la acera y comenzó a hablar de este modo: “¿Por qué todas esas revueltas, esas masas que se levantan como montañas bajo la acción de sacudimientos sísmicos?, ¿por qué esos credos murmurados con voz silbante y esa lúgubre obstinación de una voluntad feroz, intransigente, que no ve más que planos y formas rectilíneas, sedienta de una pureza deletérea, ensombrecida por el aguijón de ser siempre mejor, si no es que el de ser perfecto, y todo eso en las zonas desérticas, donde cualquier grano que se siembre se pudre y se muere sin fructificar?”. Hebdomeros se hacía estas preguntas más a sí mismo que a sus amigos y jamás encontraba una respuesta satisfactoria. Hubiera querido interrogar a esos ascetas del músculo que en ese momento descansaban de sus ejercicios brutales en poses llenas de estilo y de nobleza, como si, incluso agotados por el esfuerzo, quisieran ocultar al hermano de lucha y al profano la fatiga que torturaba sus miembros pesados como lingotes de hierro. Pero, los ascetas del músculo casi nunca respondían. Miraban a Hebdomeros con un aire de desprecio irónico y más tarde, al verlo a la salida del estadio, se golpeaban con el codo y reían entre ellos. Por lo demás, resultaba fácil explicar esa actitud malvada, taciturna e irritada. El oficio era duro y a pesar de los espectáculos de belleza indiscutible que ofrecían a los habitantes de la ciudad, no se podía decir que nadaran en oro. Los domingos, cuando organizaban esos simulacros de luchas a los que asistía el prefecto, acompañado de su esposa, éstos comenzaban a entrenar desde las cinco de la mañana y, en invierno, a la luz de las lámparas. En más de una ocasión, la mujer del prefecto insistió a su marido que le ahorrara a los atletas el cansancio de esos ensayos tan matinales y les permitiera limitarse a los cuadros alegóricos que representaban la muerte de Patroclo, los combates entre griegos y troyanos y otros pasajes tomados de los poemas homéricos. Sin embargo, sus suaves e insistentes súplicas siempre fueron en

vano. A veces daban lugar a escenas de un patetismo insólito. El prefecto trabajaba en un cuarto fresco, con vista al jardín. Las ventanas estaban abiertas y las persianas cerradas. A Hebdomeros le gustaban mucho esas persianas; a veces, cuando visitaba al prefecto, llegaba a pasar media hora contemplándolas, perdido en ensueños frente a ellas: veía sitios apacibles llenos de tranquilidad poética; lagos rodeados de colinas, sobre las que los castillos y las villas elevaban sus inofensivas torres y sus techos puntiagudos; los patos flotaban sobre el agua, cerca de la orilla; los pescadores ponían a secar sus redes al sol y algunas parejas de ancianos pasaban sus últimos días en la dulce armonía de una felicidad conyugal perfecta, dirigiéndose con lentitud hacia la iglesia de la aldea, cuyo campanario dominaba el grupo de casas rústicas, como una gallina entre sus pollos. Cuando por fin aparecía la mujer del prefecto, Hebdomeros se retiraba con discreción al pequeño comedor de al lado, de donde siempre llegaba un fuerte olor a melón. La mujer del prefecto caminaba lentamente hacia su marido, quien continuaba escribiendo en su mesa sin levantar la vista. Se veía muy hermosa con una diadema negra enmarcando su rostro de una palidez de marfil; la ropa que llevaba dejaba adivinar sus formas de matrona bien formada; y una vez cerca del prefecto, se deslizaba al pie del sillón y, con los brazos apoyados en los muslos del esposo, de rodillas sobre el duro piso, el rostro suplicante vuelto hacia ese hombre taciturno e intransigente, lo miraba con las mejillas rayadas por el llanto. Flotaba en el aire un olor a cera y a vino; algunos muebles estaban cubiertos con fundas; el parqué, pulido con celo, ofrecía una superficie extremadamente resbaladiza. Ella le suplicaba que les ahorrara el cansancio y el esfuerzo a los atletas. ¡Todo, lástima, era inútil! La tarde del día señalado, tuvo lugar el cuadro alegórico. Hasta el último momento se esperó una intervención sobrenatural; algo que hubiera impedido su realización: un temblor, una rebelión, el paso de un cometa, una marejada; pero como siempre ocurre en estos casos, no pasó nada; todo ocurrió dentro de un orden y una calma perfectos. Hebdomeros se mezcló en la masa que llenaba los cafés; aún aguardaba el *hecho imprevisto*;



interrogaba a la gente, leía los diarios, prestaba un oído atento a las mesas vecinas. Nada, no había tormentas en el horizonte; calma chicha en todas partes: en el cielo y en la tierra. Entonces, no quedaba sino rendirse ante lo inevitable. Por la tarde asistió al espectáculo, rodeado de sus amigos, y *comprendió todo*. Nadie, salvo él, entendió el enigma de ese inefable grupo de guerreros, de pugilistas difíciles de definir, que integraban un bloque policromo e inmóvil, con gestos de ataque y defensa, en una esquina del salón; se dio cuenta enseguida, al ver las caras que hacían los demás espectadores. Le perturbó el hecho de ser el único en darse cuenta de algo tan raro y profundo. De pronto, sintió miedo, miedo de la soledad, de la peor de las soledades e hizo partícipes de sus temores a sus amigos. Pero cuál no sería su sorpresa al constatar que ellos, en vez de lamentarse y prodigarse en reflexiones pesimistas sobre las cualidades intelectuales de sus contemporáneos, se apretaban en torno a él y le gritaban alegremente, todos a la vez, tomándolo de las manos y los brazos: *Alégrese, maestro, ¡es lo esencial!*

Esa noche, Hebdomeros volvió a su casa con el corazón atribulado. Ninguno de los principios que él quería y deseaba que se grabaran en la piedra, como las leyes de Moisés, tenía a sus ojos un valor inamovible. Más allá de las reglas y las costumbres, sumisas como ovejas, como borregos apretados en corrales para ganado, aguardando la hora fatal del rastro, él veía dos figuras simbólicas, la Piedad y el Trabajo, alejarse, tomadas de la mano y decrecer en un horizonte bajo y lejano. ¡Dios mío, qué confuso resultaba todo! Cintas encantadoras, llamas sin calor lanzadas como lenguas ávidas, burbujas inquietantes, líneas trazadas con una *maestría* cuyo mismo recuerdo creía haber perdido hacía mucho tiempo, ondas muy tiernas, obstinadas e isócronas, subían y bajaban sin cesar hacia el techo de su habitación. Y todo eso ocurría en espiral, en un zigzag regular o bien recto y lento, incluso perfectamente perpendicular, como las picas de una tropa disciplinada. Crear, investigar, refundir, revivir, romper esas leyes estúpidas que la incompreensión humana creó a través de los siglos, sin caer, por ello, en el peor de los errores y evitar estas impresiones, las más

fuertes que Hebdomeros hubiera conocido hasta entonces, pero que a veces excedían la potencia de su intelecto. Tenían lugar en su espíritu extrañas asambleas, como muchedumbres en la calle, tantas posibilidades latentes que a veces lo llevaban a burlarse de la realidad. ¿Y quién, al menos una vez en su vida, no ha abandonado la idea que seguía, para ir tras otra nueva, encontrada en el camino y juzgada aún más tentadora que la primera...? Según su abundante experiencia, Hebdomeros imaginó que la fiebre espiritual que lo fulminaba en ese momento no duraría más que las precedentes. Y como suponía que todo *volvería* a su nivel, esa tarde se detuvo en el pensamiento más allá de los límites permitidos.

Sin embargo, él sabía perfectamente, por desgracia, de dónde provenían todos esos trastornos y luchas intestinas. Las guadañas y los bieldos estaban regados en los patios de las granjas, cerca de las carretas volcadas, con los ejes al aire; los bandidos, haraganes, bostezaban y se estiraban hasta dislocarse los huesos, tras haber vaciado la última jarra de vino. *Por el trabajo te salvarás* y los salvarás; algún lictor, algunos apoderados, enarbolando todas sus insignias, de una autoridad irrefutable, sobre sus tórax atléticos, habían escrito esa frase con tiza, en la puerta de su casa, una noche cuando todo dormía y un profundo silencio pesaba sobre los campos y hasta los insectos, que por lo general hacen miles de pequeños ruidos, callaban esa noche, porque el cielo estaba muy bajo. ¡Tu vida será tuya! Ve y actúa. Que una música grave y continua acompañe tu difícil tarea con otro canto, un canto de una dulzura infinita, por el cual ni los dioses ni los hombres te podrán hacer jamás el mínimo reproche. Después de todo, eso sólo reforzaría tu constitución y aumentaría tus prodigiosas cualidades que cada año se desarrollan más y fructifican, como el árbol fecundo, santificando así tu razón de ser y tu paso por esta tierra, entre la muchedumbre de tus contemporáneos. ¿Acaso no somos todos hermanos y hermanas, amigos y quién sabe qué más aún?, ¿acaso no somos todos viajeros navegando sobre el mismo navío a lo largo de las riberas se desgranar sobre nuestro itinerario y que lenta pero seguramente cambian su aspecto

árido, rocoso e inhóspito por otro más suave y sonriente? Hebdomeros había presentido todos esos vuelcos, esas alegrías nuevas, esas estabilidades que ofrecen a los hombres vivos un adelanto en la tierra de lo que serán las alegrías celestiales; los había presentido como había presentido la guerra y, en seguida, la paz, lo mismo que otras calamidades y felicidades de la inquieta y loca humanidad.

*¡Trata de ser alegre y bueno!* Hebdomeros tenía la costumbre de saludar con estas palabras a sus criados, quienes más tarde lo abandonarían, burlándose de él, tras robarlo y explotarlo hasta los huesos. Pero ahora también él se sentía más tranquilo; aún soñaba, sí; aún seguía esas locas quimeras, pero de un modo más normal, como aficionado, sin frenesí, sin crisis de llanto, sin decisiones descabelladas y falsamente heroicas. Había *hecho* algo. Es cierto que no se trataba de un trabajo ciclópeo; de uno de esos trabajos poderosos y continuos que arrancan el respeto de los más escépticos y obligan a las generaciones futuras a inclinarse ante la *obra*. Pero en fin, era algo. No había *dejado pasar el día* por completo; los rincones de su habitación estaban muy limpios; las latas de conserva vacías se alineaban con una simetría consoladora en los armarios y los trasteros; los volúmenes avanzaban, numerosos lienzos estaban esbozados y algunos, casi terminados. Ahora había llegado la hora de descansar, Hebdomeros sintió que un dulce sueño invadía sus miembros; debía hacer un esfuerzo para levantar los párpados; el sueño lo vencía cada vez más; entonces, estiró sus extremidades inferiores en la frescura de las sábanas limpias, bostezó emitiendo notas en una gama decreciente y, después, volviéndose sobre el lado izquierdo, durmió el sueño de los justos.

¡Dormir el sueño de los justos! ¿Pero quién, de verdad, tiene derecho a llamarse justo? “El arte santifica todo”, eso piensan, a veces, los hombres. Pero, en el fondo, no son sino escapatorias, discursos, alegatos para darse buena conciencia y no padecer en seguida el malestar de los remordimientos, para no sufrir el peso de la mirada escrutadora de quienes, con razón o sin ella, se erigen ante uno en jueces, cuando no en

justicieros. Entonces, pensó Hebdomeros, hay que huir hacia los próximos exilios. No le resultan desconocidos esos hombres que adoptan actitudes heroicas mientras la calma y la tranquilidad reinan en torno a ellos, pero que se eclipsan ante el peligro y en seguida forman colonias, verdaderas sociedades de ayuda mutua, donde se reconocen entre sí con señas imperceptibles, que sólo ellos tienen la facultad o, mejor dicho, la habilidad de esbozar. “Estás aquí, eres, entonces, mi hermano y mi cómplice; *estamos en el mismo caso*; podemos pasear codo a codo bajo las palmeras, a la orilla de este mar sin catástrofe, a lo largo de esos palacios costosos, pero llenos de encanto, acorazados de un modo formidable contra los mil peligros que ignora por completo el hombre ordinario, el padre de familia, el trabajador con barba y lentes, el hombre peludo y atareado que corre por los andenes de la estación de trenes con una pequeña maleta de cuero en la mano, los zapatos cubiertos de polvo y la frente sudorosa, despreciado por todas esas hermosas damas que se polvean en las ventanas de los Pullman”. Así hablaban esos hombres que Hebdomeros conocía de tiempo atrás, pero con quienes jamás había podido establecer una relación cordial, pues no sentía ningún aprecio por ellos. Había llegado, entonces, la hora del recreo. ¡Por fin! ¡Por fin solos! La montaña era esa cosa alta, enorme, llena de ampollas, negra como un gigantesco anfibio varado en la playa, que ocultaba el descorazonador espectáculo de ciudades sometidas a leyes. Sin embargo, no todo resultaba color de rosa en este país y Hebdomeros lo sabía, de allí que siempre fuera precavido; esos suaves espectáculos, esos aspectos de la naturaleza que parecen creados por el gozo de un dios encantador y bienintencionado, nunca le habían inspirado más que una confianza muy relativa. La región era tan accidentada que había que hacer verdaderas acrobacias a través de las montañas, de esas peñas impresionantes que se elevaban de manera casi perpendicular sobre un mar sombrío y profundo. A veces, había que seguir el lecho de un río seco, sembrado de enormes bloques y ya, en la costa, abrirse paso con dinamita. Escaseaba el agua; se debía andar por la costa, utilizar las playas para rodear las peñas, como

acostumbraba Hebdomeros, con riesgo de ser arrastrado por la marea, lo cual, por lo demás, le sucedió una vez y lo puso en una situación muy crítica. Podría evitar con facilidad esos trabajos, pero siempre encontraba consuelo en la especulación filosófica acerca de diversos problemas que, ese verano tardío, lo asediaban particularmente. “Dada la orientación cada vez más materialista y pragmática que ha adoptado nuestra civilización, decía a sus amigos mientras caminaba con paso regular y cadencioso, no resultaría paradójico prever, desde ahora, un estado social donde el hombre, al vivir sólo de los placeres del espíritu, perdiera el derecho a reclamar un lugar a la luz del día. El escritor, el pensador, el soñador, el poeta, el metafísico, el observador, el que deduce, el que interroga enigmas, el que valora, el vidente, el cazador de nuevos cantos, el que selecciona cuadros de primer nivel, etcétera, se convertirán en personajes anacrónicos, destinados a desaparecer de la superficie del planeta, como el ictiosauro y el mamut. Sí, dirán ustedes, pero hay quienes practican la filosofía por un ideal eminente, cuya impronta, en las almas y en las inteligencias, resulta indeleble. Y especulan sobre frases y palabras sorprendentes por su monumentalidad, como: *la debilidad de los fuertes, vocación y fama*, o bien *la voz que se calló* y qué sé yo, pero en el fondo, nada de eso tiene pies ni cabeza y ustedes, queridos amigos, lo saben mejor que nadie. Hay que tener la impúdica ingenuidad de esos hombres indulgentes y optimistas para tomar en serio y discutir todas esas naderías sin estallar de risa en cada palabra; más aún, basta un poco de psicología para adivinar en todo eso, aunque no sólo en eso, cierta bajeza de aspiraciones, pues su precoz y claro positivismo les impide el deslumbramiento de los recién llegados ante los sentimientos y los espectáculos que conmovieron tan profundamente a sus antepasados. La humanidad deberá franquear, sin duda, ese negro túnel para alcanzar en la otra ladera, donde la frescura de jardines recién regados asciende desde los valles profundos, la luz del idealismo eterno, tan necesario, incluso indispensable, para el alma humana como el aire para los pulmones. Nuestro valor como seres actuantes y pensantes, y esto se los digo a ustedes, amigos

míos, que son los únicos que hasta ahora me han comprendido, nuestro valor no se encuentra en el mismo grado en los creadores en quienes ahora mismo estoy pensando, ustedes saben a quienes me refiero, incluso y, quizá sobre todo, cuando dan a sus expresiones los acentos del amor o el atractivo de la fantasía. En el primer caso, que según la opinión de la mayoría es el que más cuenta, se escenifica una porción infinita de nuestra humanidad, el contenido de una barca o de una lancha que boga entre las orillas de una ribera estrecha. Pero resulta muy difícil, y ustedes lo saben tan bien como yo, que los seres humanos se liberen de los prejuicios y las pequeñeces que son, con mucho, las principales causas de sus miserias en este bajo mundo. Por desgracia, la lección del peligro no dará frutos. Una vez devueltos al día, liberados de sus oscuros calabozos donde durante largos años expiaron faltas, de las cuales, después de todo, sólo eran parcialmente responsables, volvieron a sus escondites para secar la pólvora al sol y afilar, con paciencia, las hojas de sus dagas y puñales contra piedras lisas, recogidas a la orilla de los torrentes.

“Pastura infame ofrecida con toda conciencia a los eventuales y a quienes, ignorando cualquier oficio, buscan el camino fácil para escabullirse tras el largo telón grasoso, apenas levantado a unos cuantos centímetros del piso del escenario, bajo el cual los espectadores, sobre todo quienes están sentados en las primeras filas, pueden ver los zapatos llenos de lodo de los actores que van de un lado a otro. El objetivo de toda esa gente socarrona y llena de ideas escondidas es claro: esperar a que el telón se levante de golpe; aparecer a la luz de la rampa, iluminados violentamente de abajo hacia arriba, con la esperanza de que una enloquecida ovación salude su llegada y que más tarde, una muchedumbre en delirio los lleve en triunfo hasta la puerta de sus hoteles bajo la mirada divertida de botones y porteros. Sí, pero las cosas se complican en ese momento, pues si esa gente espera continuar así, tranquilamente, de placer en placer, sin conocer nunca la otra cara de la moneda, se equivoca garrafalmente. Yo, queridos amigos, vi actuar muchas veces a un inquietante aguafiestas; a un hombre calvo y musculoso de

apariencia fría, incluso glacial, pero cuyo corazón ardiente desbordaba de pasión. No era un hombre que dudara y se perdiera en discursos agobiantes e inútiles. Descargaba velozmente sus pistolas con una precisión de tirador infalible y, una vez vaciados todos sus cargadores y sembrado el pánico en esos lugares de lujo y placer, se limpiaba rápidamente las manos, ennegrecidas por las deflagraciones, con un pañuelo de batista y se sentaba tranquilamente a comer con apetito dos huevos con jamón”.

Asqueado de todos esos espectáculos, Hebdomeros se internó con paso lento en el polvoriento camino que conducía a las ciudades donde se llevaban a cabo elecciones municipales. Los muros estaban cubiertos de carteles; las luchas entre candidatos se exhibían en un idioma extraño. *El señor Sublato le hace llegar estas líneas en respuesta a la larga crítica de su gestión, que el comité Chiabani juzgó indispensable enviarle con toda oportunidad.*



*A falta de argumentos contra la gestión del señor Sublato al frente del municipio, gestión que todos los espíritus imparciales juzgan irreprochable, el comité Chiabani intenta distraer la atención con artículos confusos e incomprensibles acerca de la Cantera del cementerio.\* Se trata de involucrar a la administración del señor Sublato en una querrela que sólo compete al señor Chiabani y a su patrón, el constructor Lanteri Baptistin. Si esos señores tienen algún diferendo, que lo diriman, pues, ante los tribunales. Pero que por favor ya nos hablen de otra cosa y no de los intereses personales de ambos constructores, pues para eso cuentan con sus respectivos abogados.*



\*Hebdomeros jamás logró comprender el sentido de estas tres palabras.

Se publicaba, en seguida, un programa con *numerosos proyectos*:

- 1) Construcción de un Grupo Escolar en el barrio de Moneghetti con guardería y creación de un curso complementario.
- 2) Construcción de un dispensario para consulta de recién nacidos, de un servicio de profilaxis para combatir enfermedades venéreas y creación de una inspección médica escolar.
- 3) Reconstrucción y cimentación de caminos, instalación de un basurero público y de lámparas nuevas, mejora del alumbrado público.
- 4) Asfaltado de caminos. Ampliación de la plaza Montroni. Instalación de una fuente-guarnición, decorada con trofeos metafísicos y un espacioso andador, donde las mujeres, los ancianos, los inválidos y los niños no sólo encuentren seguridad, cuando la circulación de coches alcance su grado más alto de intensidad, sino descanso en unas cómodas bancas esculpidas con arte.
- 5) Instalación de un juego de bolos con iluminación artificial, donde los aficionados a esta recreación sana y honesta puedan, incluso durante la noche, disfrutar de ella a sus anchas.
- 6) Reconstrucción general del sistema de drenaje de la ciudad, con la participación financiera del Estado.

Y, por último, el llamado a los ciudadanos, lanzado por quienes buscaban un lugar bajo el sol.

*Queridos conciudadanos:*

*La municipalidad saliente, bajo la égida del Comité Republicano de Concertación y Prosperidad Comunitaria, ha decidido solicitar su voto para renovar su mandato.*

*El partido de Chiabani, que osa hablar de libertad, nos ofreció un anticipo de la manera como la entiende, al impedir al señor Sublato, alcalde, expresar*



*sus ideas durante la Reunión de Fuentes Cuadradas. El señor Sublato se proponía responder a las calumnias de las que ha sido objeto.*

*La verdad, expresada por un administrador íntegro, como el señor Sublato, inspira temor al señor Chiabani.*

*En la imposibilidad de replicar con seriedad a la argumentación del señor Sublato, a los partidarios del señor Chiabani no les queda más recurso que el alboroto y el desorden.*



El calor pesaba como una plancha de plomo. Hebdomeros sacó su pañuelo y enjugó su rostro. Había dejado atrás las últimas casas en compañía de sus amigos, y el paisaje quemado y desolado a su alrededor tenía algo grandioso. Hacía tiempo que los velos grises de la diosa Humedad se habían alejado hacia las brumas del norte, como las familias de las grandes aves migratorias. Largos chales amarillos y anaranjados, de una ternura infinita, colgaban del parapeto de puentes casi en ruinas, que con sus largos arcos saltaban, a muy baja altura, el lecho de arroyos secos. Todo tenía un aspecto profundamente *calcinado*. Los inmortales fantasmas del *Gran Calor*, hermanos de los fantasmas polares del *Gran Frío*, erraban por todas partes, presentes e invisibles. El corazón de Hebdomeros se alegró con el espectáculo; él y sus amigos se detenían de vez en cuando para descubrirse solemnemente ante los cadáveres de bandidos caídos bajo el plomo de los gendarmes que yacían ahora con la ropa hecha jirones, cerca de sus mosquetones rotos, en magníficas poses de sueño y hastío.

Una vez que las últimas murallas de la ciudad desaparecieron tras el horizonte, Hebdomeros se sintió algo cansado y rogó a sus amigos que lo siguieran a un pequeño bosque. Dejaron el camino y pronto se encontraron bajo la sombra de algunos árboles que se apretaban unos contra otros, en un grupo compacto, como si quisieran defenderse de un peligro invisible. Hebdomeros se sentó en un tronco caído y sus amigos

lo imitaron; y como siempre estaban ávidos de escucharlo, le suplicaron que les contara una de esas historias, perfectamente lógicas en apariencia y altamente metafísicas en el fondo, de las que sólo él tenía el secreto y el monopolio. Como siempre, Hebdomeros no se hizo rogar; se estiró muchas veces, bostezó, se rascó voluptuosamente el bajo vientre, bebió de su cantimplora algunos tragos de agua mezclada con vino tinto, cargó meticulosamente su pipa, la encendió y comenzó así:

“Queridos amigos, quizá ustedes hayan sentido, al igual que yo, la *stimmung* particular que se desprende cuando al salir a la calle, a la puesta de sol y al cabo de un caluroso día de verano, tras haber dormido la siesta (recuerden lo que tantas veces les he dicho a propósito de la siesta), se percibe el olor de las calles recién regadas. Si la ciudad se sitúa a la orilla del mar, el poder sugestivo de ese olor se ve duplicado o triplicado por ese simple hecho. Me lo decía siempre mi padre al evocar la ciudad donde había pasado su infancia. Mi padre era un hombre singular, a quien las aventuras reales y sobrenaturales de la vida habían vuelto sensible, alegre y desconfiado. A veces era muy difícil hablar con él, detestaba ciertas frases hechas, como *cada quien su cruz* o bien *la vida nunca resulta tan buena ni tan mala como se dice*.

Le gustaba mucho la música, sobre todo la música rica en melodías, y sentía horror por las camas con tambores de resortes. Para él, la cama ideal era de redes de metal colocadas sobre caballetes de madera muy bajos, con un colchón perfectamente plano. En cuanto a la almohada, afirmaba que jamás se debía descansar sobre esos largos cilindros con fundas de tela blanca, que dan pesadillas tremendas a quienes duermen, sino sobre una almohadilla que ocupe todo el ancho de la cama, del lado de la cabeza y cuya sección presente la forma de un triángulo isósceles. ‘Las estatuas de los etruscos —decía—, quienes sabían mucho en materia de lechos, siempre descansan en superficies perfectamente planas. En todo el litoral mediterráneo, donde se desarrolló y desapareció ese pueblo profundamente extraño y misterioso, aún se advierte la impronta que dejó sobre la tierra donde se recostó por última vez, antes de

descansar en los brazos de la muerte. Pero, ¿se imaginan ustedes a los etruscos recostados, para el reposo final, en montañas con lomos de burro? No, ciertamente no. Creo que no hay ningún hombre lo suficientemente alterado desde el punto de vista frenológico y, me atrevería a decir, lo suficientemente desentendido del encanto que se deriva del equilibrio y la armonía de las líneas, como para imaginar tal monstruosidad. De allí que afirme, con la profunda convicción de proponer una verdad irrefutable, que, al construir una cama, la malla metálica (superficie absolutamente plana) resulta infinitamente superior al tambor de resortes, de superficie convexa en el centro y cuya blandura, de la que se hace tanto alarde, sólo es una ilusión o en todo caso, una virtud muy efímera'. Eso decía mi padre a propósito de las camas. Otra de sus originalidades era la leucofobia o temor al blanco. Era profunda y sinceramente leucóforo. Había adiestrado a sus criados para que recogieran el mantel del comedor sin levantarlo ni agitarlo, como una bandera o una vela, sino doblándolo con cuidado sobre la misma mesa y retirándolo en seguida, a toda velocidad, como si tratara de un paquete inmundo.\* Su leucofobia lo asediaba, sobre todo, en el campo, cuando se retiraban los cubiertos, en el crepúsculo, tras la cena, en la veranda florida de la modesta villa que alquilaba para pasar los tórridos meses del verano con su familia, lejos de la ciudad.

Los hombres muy morenos, con cejas grandes, espesas y negras, le inspiraban la piedad más grande; hubiera querido decolorar sus cabellos, teñirlos de rubio cenizo, dar a sus personas el aspecto de páginas encantadoras y hacerlos radiar, una noche de gala, en medio de un palco de primera fila, en el teatro principal de una capital nórdica. Pero, por desgracia, nunca pudo satisfacer ese deseo.

El tema favorito de sus recuerdos era la ciudad donde había pasado su infancia; hablaba de ella con amor y ternura, a veces, incluso con exaltación; y, al hablar, sus ojos azules y muy dulces se encendían con un brillo inefable; miraba más

\* Por lo demás, todas estas preocupaciones y problemas inquietantes se resolvieron de una manera muy simple, más tarde, con el empleo de manteles de color.

allá del mundo y de las cosas, perdido en un ensueño sin fin: “Me parece verla —decía con voz sorda y temblorosa—, me parece ver esa ciudad sin par. Me parece revivir esos atardeceres de verano, tras el calor diurno. Los ingenieros, una vez terminados sus extenuantes trabajos en la vía del tren, entonces en construcción, volvían a sus apartamentos amueblados, llenos de polvo y muertos de cansancio. La ciudad, oculta tras los espesos setos de sus laureles rosados, se alargaba graciosamente al pie de una montaña imponente, pero de contornos armoniosos; ofrecía sus muelles de mármol a las pequeñas olas breves del puerto, que venían a acariciarlo, sin ruido. Las calles, cuidadosamente regadas, refrescadas por la brisa, ofrecían a la vista el espectáculo más sonriente y más animado. Los árboles que las sombreaban susurraban suavemente. El pasto verdeaba. Las flores de las jardineras abrían sus corolas y exhalaban sus aromas al mismo tiempo. Las casas sonreían, tranquilas y coquetas en su blancura. El aire era tibio y el cielo azul, como el mar que se reflejaba al final de las largas avenidas. Era la hora cuando cerraban las academias de pintura, de música y de escultura, al igual que la biblioteca, ubicadas en el mismo barrio, donde excelentes profesores enseñaban en cursos públicos, organizados en pequeños grupos, lo que permitía a cada alumno obtener, todo el jugo de la lección. Al salir de esos establecimientos, la muchedumbre ocasionaba, durante algunos instantes, ciertas aglomeraciones, sin embargo, no se escuchaba ningún grito, ninguna exclamación de impaciencia. El aspecto general era de calma y de satisfacción. Los cafés también resultaban tan agradables como uno los pudiera imaginar. A casi todos los completaba un restaurante. El más importante, cuyo dueño era mi amigo íntimo, se llamaba Café Zampani. Era una auténtica obra de arte. Su ubicación, en la esquina del bulevar principal y la plaza principal, lo convertía en el centro de toda la región. Las personalidades del comercio, de la industria y del arte se reunían en su terraza y en sus salas, lujosamente decoradas. Todo su aspecto revelaba un arte sobrio, elegante, distinguido. Los servicios del Café Zampani se habían beneficiado con los perfeccionamientos a que daban lugar las

técnicas más ingeniosas. La ventilación artificial de las salas garantizaba una atmósfera renovada constantemente con aire filtrado, dosificado higrométricamente y enriquecido con ozono.

Al elaborar sus menús, el Café Zampani había llevado a cabo, para los sibaritas, una selección de las mejores especialidades gastronómicas y todos los días servía un platillo sofisticado, en cada comida. La cava había sido objeto de toda la atención del propietario, él escogía y compraba los vinos directamente en el viñedo y sólo hacía acopio, para su clientela, de los mejores años y las mejores cosechas”.

—Así hablaba mi padre —dijo Hebdomeros tras una pausa. Poco a poco, al recordar el pasado, ese hombre singular que era Hebdomeros, a quien sus amigos más inteligentes no lograban definir, volvía a encontrar los mismos sentimientos que despertó en él la vista de aquellos hombres, primero condenados a muerte y más tarde indultados, que conservaban algo de las angustias y dolores pasados en la expresión de sus rostros barbados y jóvenes. Permanecían con los brazos cruzados, meditabundos y mansos, a pesar de la evidente fuerza muscular que se adivinaba por el aspecto de sus deltoides y sus bíceps, que sobresalían bajo las mangas de sus ropas estrechas (eran pobres y no podían comprar esos hermosos trajes ingleses, amplios y elegantes, que hacen felices a los hombres inteligentes y de buen gusto). Allá, en los viñedos dorados por el otoño, las mujeres, con las blusas arremangadas y los corpiños blancos, exprimían, con sus manos poderosas, racimos de uvas en copas de cristal.

Cansado de todas estas aventuras terrenales y metafísicas, Hebdomeros se fue a dormir y no despertó hasta muy tarde, a la mañana siguiente. Ya despierto, no se decidía a levantarse; permaneció algunas horas en su cama, meditando y, por fin, decidió mirar la hora en su reloj, el cual siempre dejaba sobre una silla cerca de su cama: eran las cinco de la tarde. Es la hora que corresponde, en los doce meses del año, a septiembre. Se dio cuenta, entonces, de que resultaría *lógico* de su parte cerrar su ciclo metafísico hacia el final de ese mismo día. La lógica y el orden le gustaban más que la armonía; y

puesto que el azar había dispuesto que consultara su reloj justo en el minuto cuando las manecillas marcaban la hora correspondiente al mes de septiembre, era mejor sacar partido de esa feliz coincidencia y no buscarle, como se dice, tres pies al gato. Comprendió que lo que esperaba no era la felicidad, como la entiende la mayoría de los hombres; no se trataba, para nada, de sentir ese cosquilleo en el estómago, esa sensación de malestar y de inquietud, esa imposibilidad de permanecer tranquilamente sentado en su lugar, esa necesidad de locuacidad y de expansión, ese deseo de contar, incluso al recién llegado, el acontecimiento que nos trastorna, esa especie de inconmensurable abandono y debilidad, en fin, todos esos síntomas que se pueden presentar cuando una felicidad repentina nos sorprende en medio del monótono devenir de la vida. Hebdomeros, al igual que todo el mundo, había vivido ese tipo de momentos, no de una manera muy violenta, no para morir de alegría como el perro de Ulises o para volverse loco, como le ocurrió al pintor Frank Sbyisko, a quien la demencia fulminó el día que supo que había ganado un millón en la lotería, pero sí de una manera bastante importante y significativa. Sintió, y sus sentimientos rara vez lo engañaban, sintió que esta vez no se trataba tanto de la felicidad como de la seguridad; lo invadiría un sentimiento de seguridad y se disponía a recibirlo dignamente, con recogimiento, como el creyente se apresta a recibir en él, bajo la forma de la hostia o de cualquier otro modo, al Dios en el que creen. Hebdomeros abrió la ventana de su habitación, pero evitó respirar con fuerza el aire del exterior y adoptar esa pose de prisionero recién liberado, de enfermo que se siente mejor, etcétera; por lo demás, no había por qué hacerlo, la naturaleza, o mejor dicho, los elementos mismos lo ayudaron a evitar esas actitudes comprometedoras para un hombre serio como él, de modo que, en lo que respecta a esas actitudes, sólo podía jactarse a medias de ser astuto, en el sentido metafísico de la palabra. El aire de fuera, en efecto, no era ni más puro ni más fresco que el de su recámara; pero eso no significaba que resultara malo, al contrario, el aire de la pieza donde se encontraba era excelente y el aire de fuera se le parecía a la perfección,

como dos gotas de agua. Nada de viento; equilibrio absoluto; en ese sitio, las casas de la ciudad estaban dispersas, aunque bastante próximas una de la otra; era una semifiesta y a cada hombre había descendido la esperanza de ser un semidiós. Ahora, los semidioses, vestidos como todo el mundo, se paseaban por las aceras y esperaban, en las esquinas, el paso de los coches. Y así como la quinta hora del mediodía se encuentra entre la segunda parte del día y la noche, el mes de septiembre se encuentra entre dos estaciones: el verano y el otoño. Eso corresponde, en un enfermo, al momento que precede a la convalecencia y que naturalmente marca, al mismo tiempo, el fin de la enfermedad propiamente dicha. En efecto, el verano es la enfermedad, es la fiebre, es el delirio y los sudores extenuantes, agotamiento sin fin. El otoño es la convalecencia, antes de que comience *la vida* (el invierno). “Sí, pensaba Hebdomeros, sé que parecerá extraño y eso me obligará a discutir con mis iguales, a riesgo de pasar por desequilibrado y escuchar enseguida, a mis espaldas, las burlas de los *lógicos*, de quienes creen que detentan la clave de las causas y los efectos y la tabla de los valores de cada cosa en este bajo mundo. Sin embargo, estoy seguro de que no es así; se trata sólo de malos hábitos, de falsos movimientos que la humanidad acostumbra hacer desde su infancia y que han falseado la ruta de la verdad o mejor dicho, la han ocultado, envuelta en bruma y vaho, opacándola, confiéndole el color de las cosas que la rodean sobre la tierra, de modo que se confunda con el ambiente y que el hombre distraído pase de largo junto a ella, la roce sin verla o la vea sin reconocerla, como pasan los cazadores, con el fusil al hombro, junto a las inmóviles codornices y no las reconocen, porque el color de sus plumas se confunde con el terreno en el que se posaron”. Esta vez, al menos, Hebdomeros sabía a qué atenerse y pensaba, con razón, que si en otros momentos había temido a la felicidad y ante su continua amenaza había agitado el avispero, a manera de exorcismo, esta vez sus temores hubieran estado absolutamente fuera de lugar y completamente injustificados; no le gustaba hacer cosas inútiles, salvo que se tratara de lo que él llamaba *inutilidad necesaria*, en cuyo caso ya no

sería inútil. Sus teorías sobre la vida variaban según el bagaje de su experiencia. ¿Qué podría él concluir, en este caso, si no es que el secreto de la felicidad, ese inestimable secreto que la mayor parte de los filósofos se esfuerza en investigar teóricamente y que la inmensa mayoría de los hombres se atarea en descubrir prácticamente, tal vez consista en no admirar nada, en no amar nada? ¿Qué era eso?, ¿escepticismo? No, puesto que eso, en lo que sus adversarios, en situaciones particularmente delicadas o graves estaban dispuestos a creer, sólo era cierto a medias, ¡y aun así...! Se jactaba, sin duda, pero, acaso ¿jactarse no era algo necesario, incluso indispensable? ¿Y no era mejor jactarse, aun a riesgo de irritar a nuestros contemporáneos, que hacer lo mismo que aquel célebre cortesano, cuyas memorias, al final, resintieron de una manera lamentable el ejercicio demasiado prolongado de su profesión de cortesano? Lo cierto era que, siempre que la ocasión se presentaba, Hebdomeros demostraba que él era infinitamente menos riguroso en la aplicación de sus reglas de conducta cuando se trataba de su propia persona. De hecho, habría resultado verdaderamente demasiado original afirmar que él era superior frente a los demás sin serlo, antes que frente a sí mismo. De cualquier modo y a pesar de su gran deseo de justicia, que siempre había prevalecido en cada uno de sus actos, no sentía ninguna envidia ante quienes lograban jugar ese doble juego. En cualquier caso, intentaría decir que los enemigos son necesarios. Sin ellos, la existencia corre el riesgo de volverse insípida y de una monotonía exasperante; pensaba que los enemigos cumplen una función importante en la organización de la vida social y en las manifestaciones de la vida humana, vistos así, los enemigos se asemejan a ciertos animales más o menos desagradables, con frecuencia repugnantes, cuya utilidad no aparece a primera vista, pero que ocupan, sin embargo, con pleno derecho su lugar en el plan de la creación. Y por lo demás, ¿se puede concebir así, a sangre fría, una existencia donde sólo se pueda optar entre no admirar nada, incluso no ilusionarse con nada y guardar celosamente, para uno mismo, sus admiraciones y sus ilusiones? De modo que Hebdomeros ya no hizo el intento de



apelar a circunstancias atenuantes ante sus contemporáneos, entre quienes contaba a sus más próximos amigos y hasta a sus admiradores más fervientes, ni intentó otras vías para reivindicar el derecho al elogio. Asimismo, durante mucho tiempo esperó, incluso durante esas épocas de transición, que le permitieron abrir nuevas puertas hacia espectáculos inesperados, que quienes lo seguían no le guardaran resentimiento por utilizar, con la discreción necesaria y cuando presentaba lo que él llamaba modestamente sus *maravillas*, con un lenguaje que en cualquier otra ocasión le habría valido no sólo el sarcasmo de la muchedumbre, muchas veces indispensable para los espíritus de envergadura, sino también el sarcasmo de la elite, de la misma elite de la que se jactaba, con justa razón, de pertenecer, pero de la que por desgracia estaba obligado a renegar, como los profetas reniegan de sus madres. Esto ocurría siempre que una creación de un tipo especial lo obligaba a aislarse por completo y a situarse por encima del bien y del mal, pero sobre todo del bien. La tarea, por lo demás, podía ser todo menos fácil. Lo que hacía y decía era dicho y hecho para cautivar, naturalmente, a los gustos más diversos. Había con qué agradar a los niños, a los niños que con frecuencia son jueces temibles y cuya voz, también con frecuencia, prevalece en el consejo; había con qué agradar a los aficionados y a los coleccionistas de imágenes, incluso y sobre todo, a esos grandes y falsos niños que son los artistas. ¡Ay! Es que el arte de ver y de decir lo que se ha visto, anterior como todos saben a la invención de la poesía propiamente dicha, había recorrido un buen trecho desde sus primeros ensayos. Pese a todo, siempre (y éste era uno de sus grandes lamentos), siempre había gente dispuesta a echarle en cara que se saliera del cuadro que, al parecer, le había asignado su propia naturaleza, aunque se sorprendieran de sus esfuerzos y de las enormes dificultades vencidas. De allí que él haya alcanzado una posición privilegiada, de la que sus antagonistas intentaban desalojarlo en vano. Sus cualidades singulares y el talento que él perfeccionaba sin cesar, lo preservaban, ciertamente, de las vicisitudes de la moda. El sistema que adoptó tenía ventajas ciertas e innegables, era especialmente rápido y

respetaba, con fidelidad rigurosa, el *carácter*, incluso, lo que por regla general resulta más difícil, el color de la inspiración originaria. Originaria y no original; Hebdomeros desconfiaba de la originalidad tanto como de la fantasía: “No hay que galopar demasiado en la grupa de la fantasía —afirmaba—, lo que hay que hacer es *descubrir*, pues al descubrir se vuelve posible la vida, en el sentido de que se reconcilia con su madre, la *Eternidad*; al descubrir se paga tributo a ese minotauro que los hombres llaman Tiempo y que representan bajo el aspecto de un anciano seco, sentado con aire pensativo entre una guadaña y una clepsidra”.

Hebdomeros se sintió atado de nuevo a la encrucijada, con el suave tableteo del agua que golpeaba los bloques del muelle. Entonces le llegaron la elocuencia y una especie de nueva inspiración romántica, se volvió hacia sus amigos que lo acompañaban y les dijo: “Nada podría remplazar a esta inefable dulzura, resultado de veinte años de experiencia y esfuerzo constante y nada tampoco podría superar la potencia evocadora de esta serenata divina, donde la ignorancia de nosotros mismos se mezcla con la misteriosa alegría, el temblor o mejor dicho, el latido del corazón bajo el claro de luna, cuando los acordes rítmicos de las guitarras caen y vuelven a caer, uno sobre otro, como el agua cae en el agua. Nuestras inclinaciones, nuestras debilidades, las inconmensurables tensiones donde el arte, que después de todo no es sino un invento de los hombres, nos ha hundido desde la pubertad, nuestros recuerdos, suavizados por el velo de los años, pasan con un silencioso batir de alas. Para luchar contra tu ignorancia, fecunda fuente de fracasos y decepciones, sigue, ¡oh poeta! los sabios consejos de tu musa; allí está ella, apoyada pensativamente sobre ese trozo de columna, donde se deslizan las lagartijas y la hiedra trepa... ¡Oh! ¡Flores de ternura! ¡Tesoros! ¡Lamentos! ¡Estancias infinitas en las estrellas! ¡Batidos de alas! ¡Alboradas de segadores! ¡Interludios encantadores! ¡Ofrendas! ¡Fiestas de aldeas bendecidas bajo el gran cielo azul! ¡Pastorales! ¡Hojas que caen! ¡Corazón que jamás has cambiado, escucha la lenta confesión de ese antiguo violonchelo! ¡Recuerda el beso de Eunice!

¡Recuerda el adiós de las rosas! ¡Escucha el canto del nido sobre el camino en flor! ¡Oh sinfonía inacabada de los eternos *voglio amarti*! ¡Cantos sin palabras murmurados en voz baja! ¡Tristes ensueños! ¡Remembranzas! ¡*Recuerdos!*\* ¡Oh noche estrellada! ¡Juanita! ¡Juanita! ¡El agua canta y sigue cantando en las laderas floridas de los hogares polacos! ¡Olas del Ródano y olas del Rin! ¡Tristeza de geografías a veces grises y de pronto verdes, pero siempre azules allá, donde se abren los lagos y se extienden los vastos mares! ¡Las falenas nocturnas queman sus alas en las lámparas de acetileno! ¡Las hojas del otoño, húmedas de lluvia, caen, girando, sobre la madera podrida de los balcones de nuestras villas! ¿Qué dicen tus ojos? ¡Siempre o nunca! ¡Abran de par en par las rejas de sus jardines, amigos de corazones fuertes! Nosotros tomaremos el relevo en sus trabajos; estudiaremos con ustedes de una manera fraternal, amistosa, cordial, todas las proposiciones que tengan a bien hacernos”.

Sin embargo, había que volver. ¡Hebdomeros lo comprendió y su corazón se sumergió en una gran tristeza! Las fatales transformaciones reflejaban hasta el infinito las más locas esperanzas y las decisiones jerárquicas se desplegaban triunfantes, impresas en caracteres negros y solemnes sobre la blancura del papel. Hasta los generales, los funcionarios y los altos dignatarios de rictus obscenos bajo bigotes grasosos se inclinaban con la falsedad de una humillación protocolaria cuyo único objetivo era salvar las apariencias, muy sospechosas por lo demás y de las cuales se podía prescindir muy bien. Hebdomeros conocía todo lo demás. Conocía bien esas tardes interminables en el cuarto de los mapas de geografía (del lado del jardín). Sí, se recluía allí tras el desayuno, para descansar, según él, pues hacía calor, un calor implacable desde las primeras horas de la mañana. Pero, una vez allí, ¿dónde quedaba el descanso? Sí, ¿dónde había huido ese dios tan dulce, hermano menor del sueño? Nostalgias, nostalgias sin fin, manos que se tienden en el extremo de los brazos, fuera de las ventanas cuyas blancas cortinas, con dibujos de una exagerada banalidad, se

\* En español en el original (N. del T.).

agitaban bajo el soplo intermitente de la cálida brisa que llegaba de los campos, de esos campos que se desplegaban, codo con codo, todos iguales, salvo muy ligeras variaciones de color que no contaban gran cosa en la monótona sinfonía de grises, de grises verdes, de ocres grises, de verdes ocres, etcétera. Después de todo, ¿por qué había que detenerse de golpe? Y renunciar a la oportunidad y a las posibilidades de una empresa bastante costosa, por lo demás, pero que prometía alegrías y descansos inolvidables e inesperados, aunque fuera una empresa de *descanso total*, como decía el propio Hebdomeros sonriendo irónicamente. Pero nada cuesta nada; dando y dando; bajo la aplastante cúpula del cielo ardiente, a las puertas de las ciudades orientales, los traficantes disentéricos gesticulan en torno al revoltijo de mercancías tiradas en el polvo caliente, sobre las que las moscas de trompas tanatóforas, es decir, transmisoras de muerte, se obstinan con el minúsculo ronquido de sus pequeñas alas iridiscentes que baten a toda velocidad. “Sí, decía Hebdomeros, el comercio, el tráfico, los negocios, los intercambios, las especulaciones, los valores, la confianza, el crédito, las utilidades, los negocios que son negocios y, durante la noche, extenuados de fatiga, con los pulmones sucios de la vil moneda, ¿cuál es nuestra recompensa? Un puñado de dátiles podridos y un trago de agua tibia, ensuciada por los pájaros del cielo, bebida en escudillas que huelen a madera mojada... Pero esta noche, la gran recompensa eres tú, ¡ay, Cornelia! ¡Tú, pastora con manos de madre y piernas ceñidas con cintas! ¡Tú, pesada gacela, tú, madrecita de los Gracos! ¡Oh! ¡Conmovedora y desnuda como borrico sin albarda! Si la plebe furiosa lapida a tu hijo en calles sórdidas y sombrías, el que adivinó el brillo de tu mirada, el ante quien todo retrocede, se lanzará, solo, contra la muchedumbre en delirio, en una monomaquia y te traerá en sus brazos a tu hijo, tu hijo sangrante, pero a salvo, tu hijo desmayado pero vivo y verá en el milagro de tus lágrimas, perlas que se deslizan, con lentitud al principio y después más rápido, a lo largo de tus mejillas, tan bellas, hasta caer en tus manos purísimas, ¡oh! ¡Cornelia!”.

El escenario cambió de nuevo. El crepúsculo descendió. Los sórdidos callejones de donde subía la peste de la basura en fermentación quedaban muy lejos ahora; ya no más masacres. La madre de los Gracos había *evolucionado*, por decirlo así...

...Tristes peatones vuelven a sus hogares con sus niños de la mano y esa vaga melancolía que da el sentimiento de una alegría que llegó a su fin, de una felicidad terminada. Hebdomeros abrió de par en par su ventana al espectáculo de la vida, al escenario del mundo. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la frente en alto, esperó, como un navegante de pie en la proa de su navío, la aparición de una tierra desconocida. Sin embargo debía esperar, pues entonces sólo se trataba de un sueño, incluso de un sueño dentro del sueño. En el horizonte, las últimas luces del crepúsculo iluminaban el cielo. Humaredas rectas como columnas subían y bajaban sin cesar... Hebdomeros volvió a su lecho... “¿Qué hora es? —siguió hablando consigo mismo en voz alta. ¿Cuánto falta?... Ya no tarda en salir la luna y con ella se levantarán el viento y las estrellas...; las pulgas me devoran y la enteritis me roe las entrañas. ¡Bebí mis últimas gotas de belladona y de jusquiame! ¿Qué debo esperar?, ¿en qué debo creer aún? Los dioses emigraron, las alegrías locuaces que se ocultan tras los arbustos y desde allí le hacen señas a usted para que se acerque, de lo cual se cuida usted muy bien, pues no habría dado ni dos pasos hacia ellas cuando, ¡lástima! ya estarían muy lejos, mucho más lejos... lejos los asesinos de las ciudades, la paz y la justicia reinan por todas partes. Y tú, a quien entreví antes de la siesta; tú, visible sólo para mí, ¡tú, cuya mirada me habla de inmortalidad!

...Desconfiado como siempre, se acercó con precaución, una mano en el bolsillo de su pantalón y la otra libre, dispuesta a detener el golpe. Escuadrones de hoplitas pasaban a su lado con algo taciturno y obstinado en su aspecto. Los cohetes subían al cielo, pero sin ruido; todos los ruidos estaban muertos. Parecía que todas las cosas duras del mundo: las piedras de la tierra, los huesos de los hombres y de los animales, habían desaparecido para siempre; una gran ola grasosa e irresistible, de una ternura infinita había hundido todo y, en medio de ese

nuevo océano, el navío de Hebdomeros flotaba inmóvil con las velas caídas. Entonces, lentamente, de un modo enigmático, comenzó a renacer en su alma una nueva y extraña confianza. Al principio tuvo miedo; incluso tembló, como temblaría un viejo inválido en su sillón, solo en el castillo vacío, viendo que la manija de la puerta gira lentamente, movida desde fuera por una mano misteriosa. Después, un soplo irresistible barrió de golpe el miedo, la angustia, la duda, la nostalgia, el descontento, las alarmas, las desesperaciones, el cansancio, la incertidumbre, las cobardías, las debilidades, los ascos, la desconfianza, el odio, la cólera; todo, todo desapareció de pronto en un torbellino formidable, más allá de los pequeños muros de tabique a medio derruir, en torno a los que se adherían los cardos y las ortigas, como una enfermedad tenaz. Olas cuya glauca profundidad estaba bordada en la superficie por la espuma, rompían en el costado e inmensos rebaños de yeguas salvajes, de cascos duros como el acero, desaparecieron en un galope desenfrenado, en una avalancha de grupas que se frotaban, se golpeaban, se empujaban hasta el infinito...

Y una vez más, el desierto y la noche. Todo dormía de nuevo en la inmovilidad y el silencio. De pronto, Hebdomeros vio que esa mujer tenía los ojos de su padre; y *comprendió*. Ella le habló de inmortalidad en la gran noche sin estrellas.

...“Oh, Hebdomeros —dijo— soy la Inmortalidad. Los sustantivos tienen género o mejor dicho, sexo, como dijiste alguna vez con bastante fineza y, por desgracia, los verbos se declinan. ¿Nunca has pensado en mi muerte? ¿nunca has pensado en la muerte de mi muerte?, *¿has pensado en mi vida?* Algún día oh, hermano...”.

No dijo más. Sentada sobre un trozo de columna rota, apoyó con suavidad una mano sobre su hombro y con la otra apretó la derecha de nuestro héroe. Acodado en la ruina, con la barbilla en la palma de su mano, Hebdomeros dejó de pensar... Su pensamiento cedió lentamente a la brisa purísima de las palabras que acababa de escuchar y terminó por abandonarse totalmente. Se abandonó a las acariciantes olas de palabras inolvidables y sobre esas olas bogaba hacia playas extrañas y

desconocidas. Bogaba en una tibieza del ocaso del sol que sonreía al caer hacia las soledades cerúleas...

Sin embargo, entre el cielo y la vasta extensión de los mares, pasaban con lentitud islas verdes, islas maravillosas, como pasan los navíos de una escuadra ante la nave almirante, mientras largas teorías de pájaros sublimes, de una blancura inmaculada, volaban cantando.

PARÍS, OCTUBRE DE 1929

## HEBDOMEROS

Se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2012, en los talleres de Gráfica, Creatividad y Diseño, ubicados en Avenida Plutarco Elías Calles 1321, Colonia Miravalle en la Ciudad de México, C.P. 03580.

Para su composición se utilizó la familia SABON (nombre que se debe a Jacques Sabon, fundidor francés que trabajó en Frankfurt con matrices originales de Garamond), diseñada por Jan Tschichold en 1967 para D. Stempel Linotype GmbH und Monotype y Gotham diseñada por Jonathan Hoefler & Tobias Frere-Jones en 2000.

El diseño de portada e interiores fue realizado por Tres laboratorio visual (Jorge Brozon Vallejo y Rafael Rodríguez Rivera), el cuidado de edición estuvo a cargo de Claudia Itzkowich, Luis Ernesto Nava Buenfil y Rodrigo Fernández de Gortari.

CIUDAD DE MÉXICO, MMXII